

FRANCISCO PIRIA

El hombre y la obra

Por
Jorge Floriano

*“Yo no pertenezco a la raza de los que aflojan,
ni siquiera de los que se detienen,
porque detenerse en el curso de una obra
es quedarse atrás.”*

Francisco Piria.

“Entre nosotros, hasta ahora, sólo se agradecen los servicios prestados por los héroes. Pero cuando la conciencia pública amplíe su concepto sobre la gratitud, los hombres que, como Piria han consagrado toda su vida a crear una obra de alta civilización, figurarán con justo título, en la galería de los grandes bienhechores del país.”

Baltazar Brum.

“Difícilmente se encontrará en el Uruguay un ciudadano más popular que Don Francisco Piria.”

Carlos M. Maeso

“El Uruguay a través de un siglo”, 1910.

*“Un quitasol amarillo;
puro bombo con platillo;
risas, charlas y rezongos;
y en tanto, Piria, sencillo,
donde pone su martillo
nacen casas como hongos.”*

Publicado con caricatura en “La Semana”.

Pág. 2 - INTRODUCCIÓN

Pág. 4 - NACE UN COMERCIANTE

Pág. 19 - NACE UNA EMPRESA

Pág. 39- NACE UNA CIUDAD

ANEXOS

Pág. 73 - PIRIA POR PIRIA

Pág. 77 - ¿PIRIA ALQUIMISTA?

INTRODUCCIÓN.

Un curioso anuncio se leía a mediados de febrero de 1874 en periódicos y volantes callejeros. En él se invitaba formalmente a los laboriosos montevideanos a convertirse en propietarios del modo que más les conviniera. Bastaba con pasar por la esquina de 18 de Julio y Andes el domingo primero de marzo a las tres y media de la tarde. Desde allí partía la gente y en un vagón de tren serían conducidos a los alrededores del poblado de Las Piedras, donde los esperaba una sorpresa para hacerse ricos.

Quien se lanzaba a esta aventura, muy confiado en la venta de terrenos de los entonces lejanos suburbios, era Francisco Piria, que contaba por entonces 27 años de edad. Entre soñador y prudente, anunciaba un “único remate de prueba”, con el sugestivo agregado de que “lo que usted economice en cigarrillos lo sacará de pobre de la noche a la mañana”.

¿Qué ocurrió con la prueba y la aventura? Que a los pocos meses, el descampado “Recreo de Las Piedras” tenía su plaza, varias calles trazadas y con su respectiva nomenclatura, veredas y arbolado... en suma, una localidad en marcha.

Francisco Piria fue un hombre que buscó resurgir de las cenizas (y no es metáfora, porque a su negocio lo arrasaron las llamas en el pavoroso incendio que destruyó parte del Mercado Viejo en 1870), lo cual implicó un doble curioso mérito: audacia para jugarse en la aventura extramuros luego de semejante golpe, y audacia para tentar muchos futuros propietarios sin defraudarlos.

Esto en una época en que el remate de tierras era un negocio que otros buenos expertos desarrollaban con eficacia, aunque con extrema cautela y una sobria propaganda. Pero la originalidad y audacia de Piria, esos dones que ya había revelado en sus ventas menores, luego en su tienda y más tarde en su empresa “La Industrial”, eran los rasgos de un hombre que no se arredró ante los contrastes. Por el contrario, buscó orientar su vida y tomar el camino de los remates de tierras, allí donde una psicología especial, un arrojo visionario y un sólido criterio le estaban proporcionando los elementos del éxito.

Veinte años después de haber bajado el martillo en aquel remate “de prueba”, declaraba con verdadero orgullo que había fundado 350 barrios; vendido 175 mil solares; creado más de 50 mil propietarios y realizado ventas por valor de 76 millones de pesos.

Con esta obra, cualquier personaje eminente podría haber abandonado la escena. Pero el tranquilo goce de la existencia no era la pasión de aquel millonario emprendedor y progresista como pocos. Hasta el momento de su muerte, a los 86 años de edad, lo obsesionó todo lo que fuera acción.

Piria, a pesar de haber sido un hombre público, a pesar de haberse perpetuado en el balneario que creó y lleva su nombre fue, y es, un hombre desconocido.

Y la razón es comprensible. Hay algo más misterioso que el más oscuro de los hechos de la historia: el alma de un hombre cualquiera. Piria no fue uno de esos hombres de espíritu simple, como el formado por un solo resorte que impulsa su vida por el camino único de la acción. Fue, es cierto, el más grande hombre de acción que tuvo Uruguay. Su obra fue tan extraordinaria que encubre por completo el resto de su personalidad. Pero tras este aspecto de hombre de acción hay un alma más compleja, llena de misterio, apenas entrevista en algunos de sus hechos y algunos de sus escritos.

Aún hoy, a tantos años de su muerte, la figura de Piria permanece difusa: una mezcla de gran vagabundo, de hombre audaz y fantástico, hábil diplomático a veces, a veces simple soñador; infantil a ratos y a ratos dueño de una certera y maravillosa visión de la realidad; hablador y hombre de negocios; luchador lleno de voluntad, trabajador encarnizado e incansable.

Un hombre y una vida llenos de contradicciones, de matices y tornasoles, que en los demás se excluyen entre sí. Unos guardaban de él un recuerdo de simpatía y de grandeza inolvidables; otros, con los mismos motivos, le odiaban y calumniaban.

¿Quién fue Piria realmente?

¿Era un vulgar aventurero o un hombre extraordinario?

Tal vez nunca se sepa con certeza.

NACE UN COMERCIANTE.

Al aproximarse el siglo XIX a su mitad, Montevideo estaba lejos de parecerse a la convencional y cansina aldea de grabado antiguo que acostumbramos imaginar. Eran los años del Sitio Grande.

Esos años, que corren de 1843 a 1851, fueron únicos. Una exaltación desmesurada transformó a esa lejana ciudad del sur americano en la luz de occidente y la elevó casi al plano de leyenda.

Al menos en la lírica versión romántica que nos llega a través de obras como “Montevideo la nueva Troya.”, de Alejandro Dumas (h), esta ciudad era la avanzada de la civilización frente a la barbarie americana, representada por las tropas de Oribe, acampado en el Cerrito frente a 12.000 hombres, y la sombra amenazante de Don Juan Manuel De Rosas.

La vieja San Felipe y Santiago estaba sitiada por los cuatro costados. Su única vía abierta era el Río de la Plata, por el cual le llegaba la ayuda militar y económica de Francia e Inglaterra.

Era, además, una ciudad cosmopolita como ha habido pocas en la historia moderna, donde se codeaban “españoles, brasileños, italianos, franceses, ingleses, portugueses, hamburgueses, suecos, prusianos y a veces rusos”, al decir de un viajero de la época.

Tan cosmopolita era que llegó a tener más habitantes extranjeros que autóctonos. En efecto: de 31.000 habitantes que tenía la ciudad al iniciarse el Sitio, sólo 11.000 eran orientales...

Otro viajero, un joven emigrado argentino, llamado Domingo Faustino Sarmiento, dejó escrito, refiriéndose al mismo tema: “Todos los idiomas viven, todos los trajes se perpetúan haciendo buena alianza la roja boina vasca con el chiripá. Descendiendo a las extremidades de la población, escuchando a los chicuelos que juegan en las calles, se oyen idiomas extraños, a veces el vascuense que es el antiguo fenicio, a veces el dialecto genovés que no es el italiano...”

Y más adelante Sarmiento agrega: “Cubren la bahía sinnúmero de bejeles extranjeros; navegan las aguas del Plata los genoveses como patrones y tripulación de cabotaje; sin ellos no existiría el buque que ellos han creado, marinan y cargan. Hacen el servicio de changadores robustos vascos y gallegos; las boticas y droguerías tienen a los italianos; franceses son por la mayor parte los comerciantes al detalle. París ha mandado sus representantes en modistas, tapiceros, doradores y peluqueros; ingleses dominan en el comercio de consignación y almacenes; alemanes, ingleses y franceses en las artes manuales; los italianos cultivan la tierra bajo el fuego de las baterías, fuera de las murallas, en una zona de huertas surcadas todo el día por las balas de ambos ejércitos...”

Entre los tantos genoveses mencionados por Sarmiento, a quienes tentó la peculiar situación montevideana, se encontraba un joven marino llamado Lorenzo Piria, quien solía llegar a nuestras aguas comandando la fragata “Francisco José” - al igual que antes lo había hecho su padre, quien a partir de 1810 comenzó a surcar las rutas hasta estas costas en una nave llamada “La Concepción”.

En uno de esos viajes, en medio del fragor de la guerra, Lorenzo decide radicarse en esa ciudad acorralada pero estimulante. Poco tiempo después, piensa que la mejor manera de echar raíces en nuestro suelo es formar una familia, y contrae enlace con Serafina Grosso, también italiana como él. El nuevo matrimonio pasa a vivir en una casa situada en la calle Treinta y Tres, entre Cerrito y Piedras, y allí, el 21 de agosto de 1847 llega al mundo el cuarto de los cinco hijos que tendría el matrimonio. Lo bautizan Francisco. Ni sus padres ni nadie podían

prever que aquel marco bélico y cosmopolita de la sociedad en que nació le preanunciaba a Francisco Piria una vida nada común.

*

El mando de la fragata “Francisco José” había sido delegado a Ricardo Piria, hermano de Lorenzo, pero este último, genovés al fin, no pudo con su vocación aventurera y, casi un año después del nacimiento de Francisco, vuelve al mar, a su viejo barco, a surcar un océano Atlántico que por ese entonces era peligroso y excitante. Y ese océano Atlántico fue su tumba y la de su barco. En uno de los viajes, en 1850, en un lugar impreciso, naufragó la “Francisco José”, perdiéndose su muerte en el misterio del oleaje.

La muerte de su padre fue decisiva en la vida de Francisco Piria, quien, de no haber ocurrido aquel hecho, seguramente hubiera seguido la tradición familiar, convirtiéndose también en navegante. Pero el destino tenía otros planes para él, planes más amplios.

Aquella desgracia dejó en muy mala situación a Serafina. Sin esposo, en una ciudad sitiada, con cinco hijos que alimentar y educar... y pocos recursos. Es entonces que decide enviar a Francisco a Italia, para ser cuidado y educado por un hermano de su padre, sacerdote jesuita.

Así fue como aquel niño recorrió el camino que tantas veces habían hecho su padre y su abuelo, desandando el camino hacia el ancestro.

*

Cerca de Génova existía una pequeña aldea de gente de mar llamada Dianomarinno –que hoy es un suburbio más de la gran ciudad, pero que entonces tenía el arcaísmo y el clima propios de lo meridional -, y en ese ambiente de mujeres de negro que esperan siempre, desde hace siglos, de hombres musculosos que diariamente se baten con el mar para lograr el pan de cada día, se formó, en años decisivos como son los infantiles, quien iba luego a tener una influencia tan fundamental en la sociedad uruguaya de entre siglos.

Aquellos años pasados entre los muros del antiguo monasterio que ahora ocupaba el colegio de la Compañía de Jesús fueron años de forja. Bajo la tutela del tío, el niño se formó en ciencias y humanidades, con la mejor cultura de la época.

Además recibió la disciplina de la voluntad y el carácter que peculiariza a esa orden fundada por San Ignacio de Layola como una milicia a la vez mundana y metafísica, combinando dialéctica y retórica, latín y literatura, lógica y ciencia, con curiosos ejercicios espirituales que en la actualidad muchos comparan con las técnicas hindúes de meditación, sin dejar de lado ciertas disciplinas más antiguas y herméticas.

No debemos descartar en absoluto que la marca que dejaron las huestes del “Papa Negro” –como suelen llamar aún en el presente al superior de la orden jesuítica- en el futuro hombre de acción fue inmensa.

He allí, quizá, el secreto de su fuerza, su tesón, su empeñado sortear la adversidad hasta las metas más utópicas. He allí el origen de su vocación emprendedora y visionaria como pocas.

Pero hubo algo más, y definitorio para Piria en aquellos años de aprendizaje. Si bien en aquella época estaban produciéndose en el mundo hechos importantes y revolucionarios, en algunos lugares, tal vez en la mayoría, se vivía aún en un puritanismo, desde el principio hasta el fin: orden.

Contra ese destino y contra ese ambiente estaba el temperamento y las ambiciones de aquel joven monje jesuita. Y muy bien supo transmitirlo a su sobrino. Fue así que, además de toda la cultura y el conocimiento recibido, se le permitió a Francisco cierta libertad, se le indujo a desear cosas lejanas, se cultivó su fantasía, se le hizo amigo de los libros. Se le

permitió, en suma, lo que entonces era una excepción, lo que casi ninguna escuela hubiera podido permitirlo: desarrollar su propia personalidad.

El periplo italiano de Francisco Piria – que prácticamente abarcó toda su infancia- , se desarrolló en su totalidad junto a la milicia ignaciana. Bajo la tutoría de su tío clérigo, y con los auspicios del hermano de éste, el químico descubridor de las piritas de hierro, a las que dio su nombre, el futuro visionario, como ya dijimos, recibió la mejor y más completa formación que su época y circunstancias podían darle.

Tuvo oportunidad de viajar a Roma y Nápoles, empapándose de belleza al contemplar las ruinas del viejo imperio de los césares. Es posible que allí, frente al Arco de Tito, entre los vestigios del Foro, pudo comenzar a soñar su propio imperio, diferente del que le sugerían esos despojos, pero poderoso y admirable.

El tiempo en que todo esto sucedía, era en Europa pleno de acontecimientos y personalidades. Francia, luego de las aventuras revolucionarias, debía marchar a paso firme bajo la dictadura de Luís Napoleón. Inglaterra surcaba los mares y establecía en todo el orbe sus emisarios bajo el maternal reinado de Victoria Eugenia. Estados Unidos estaba muy lejos aún – guerra de secesión mediante- de aspirar a potencia mundial. En Moscú aparecían los primeros ácratas y nihilistas, que tiraban bombas y tenían la delirante pretensión de derribar el fortísimo imperio de los zares.

La revolución industrial estaba en marcha. Grandes fábricas cambiaban a todo vapor la faz de las ciudades, alimentaban las fortunas y creaban un tipo humano distinto, triste y desolado, atado al engranaje durante doce o quince horas: el proletariado, hueste integrado por hombres, mujeres e inclusive niños.

Paralelamente, un alemán barbudo – entre sobresaltos para poder alimentar a su numerosa prole, gastando sus pocas rentas de pequeño burgués- escribía en su oscuro exilio londinense un enorme tratado de economía que titularía “El Capital”. Claro que contaba con el apoyo de algunos amigos de fortuna, entre ellos quien iba a ser con él co-autor de otros libros y folletos no menos famosos.

El París de los “misteriès” de Eugen Sue, el tradicional, que se remontaba al medioevo, daba paso al nuevo, de grandes boulevards, que había proyectado un famoso barón por motivos estéticos, pero también por la necesidad de evitar de esa forma que el revoltoso pueblo de la ciudad pudiera en el futuro levantar barricadas como en 1830 y 1848.

En Nueva York y otras ciudades de Norteamérica eran también niños los Rockefeller, Carnegie y otros “self made man” que en mucho se parecerían a Francisco Piria. Se puede decir que serían sus compañeros de generación... y destino. Y no es extraño que todos ellos, al norte y al sur fueran hijos de un continente nuevo, donde todo se estaba haciendo, sin el agotamiento milenar de Europa y Asia.

Se puede bien afirmar que estos hombres que de la nada llegaron a manejar imperios económicos, eran los pioneros de un nuevo mundo –más vertiginoso y complejo que el conocido hasta el momento- mundo que es el que hoy vivimos en su plenitud.

Y así fueron pasando los años. Un día Génova vio un nuevo buque desplegar sus velas y partir para América, como tantos desde la época del Renacimiento. En la cubierta del mismo iba un joven –casi un niño- pálido y melancólico, bastante desarrollado para su edad. Se le podía confundir con uno de los tantos hijos de familia pudiente de Latinoamérica que volvía a su tierra: pero no, algo especial, penetrante, lúcido y empecinado latía en su mirada, delatando al hombre llamado a la acción, que sabía que le aguardaba un destino duro pero que a pesar de ello iba a llegar.

Tal vez, al entrar una mañana el barco en la rada del puerto de Montevideo, el joven Francisco Piria, acodado en la cubierta, miraría con fijeza esas colinas peladas que rodeaban la ciudad, sin pensar que, algún día, gracias a él, estarían cubiertas por calles y casas.

Era la noche del 17 de febrero de 1870. Montevideo dormía, reposando de un día de actividad y agobio, de trabajo y calor. Estaba por sonar en los relojes la medianoche, cuando un integrante del Cuerpo de Serenos hizo sonar el silbato de alarma: había fuego en la ciudad.

Se multiplicaron los silbatos y unos minutos más tarde, el sacristán de la Iglesia Matriz trepaba las escaleras de la torre y lanzaba al aire las campanas.

En la sosegada noche, la voz del bronce sobresaltó a los montevideanos con su acento solemne, anuncio de grandes acontecimientos y grandes desgracias.

A esas horas nada bueno podía anunciarse, y había que imaginar lo peor. ¿Una revolución? ¿Un atentado? ¿Había caído el gobierno?

Tomados por la alarma, todos los habitantes de la ciudad se lanzaron presurosos a las calles, y en la clara noche vieron cómo una terrible espiral roja se alzaba al cielo, del lado del murallón, no lejos del Teatro Solís.

El Mercado Viejo estaba ardiendo.

La ciudad no poseía elementos especiales para combatir el fuego. Desde hacía años existía en el Cabildo un “carretel” con una corta manguera. Cuando se la necesitaba, la misma guardia del histórico edificio salía a la calle con ese primitivo y único elemento de extinción.

Por eso aquella noche las campanas de la Iglesia Matriz tocaron insistentemente, llamando a la policía, a la guarnición militar y a los civiles para trabajar en la extinción del fuego, que amenazaba devorar todo el Mercado frente a la Plaza Independencia.

En medio de la zozobra, mientras corrían los mensajeros y se movilizaba toda la población, el fuego se propagaba a las tiendas, las roperías y los depósitos, casi todos de madera, que componían la parte del mercado donde se inició el fuego.

Nadie en la ciudad se sustraía a las tareas de emergencia, ya fuera tratando de desalojar los locales amenazados, ya haciendo de eslabón humano en las cadenas de baldes.

Montevideo vivía momentos angustiosos: si se levantaba brisa del mar las llamas alcanzarían también a los edificios contiguos al mercado.

El agua, de balde en balde, cayó toda la noche sobre la inmensa hoguera. Bastante después de la aurora – con la feliz complicidad de una madrugada serena- se logró vencer al fuego.

Nunca pudo saberse qué había originado el siniestro.

Tal vez – fue en el momento una hipótesis- un español que moraba en el recinto del mercado, se durmió olvidando apagar un brasero donde había cocido esa noche su cena. Pero el desdichado no pudo aclarar nada de lo sucedido. En la remoción de los escombros se encontró su cadáver, carbonizado y deshecho con el derrumbe.

Ardió en la trágica noche un almacén, cuatro depósitos, dos roperías y una gran tienda.

La parte central del Mercado Viejo se salvó del fuego. Pero no sucedió lo mismo con una casa de remates ya muy famosa en la época. Se trataba de un exótico negocio para nuestro medio: una casa de remates en la que liquidaban ventajosamente gran variedad de mercaderías.

Era su propietario un joven que se había destacado por la liberalidad de sus negocios, por la estridencia de su propaganda y por la novedad de vender al mejor postor. Toda la ciudad conocía ese comercio.

El comerciante-rematador, joven de 22 años, perdió aquella noche toda la mercadería, pero no su férrea fuerza de voluntad. Aquello era un desgracia, sin lugar a dudas: ver su propio negocio convertido en escombros hubiera sido un golpe mortal para cualquier comerciante, pero no para él, no para Francisco Piria.

Muy pronto se recuperaría, puesto a trabajar con mayor ahínco, y como el mitológico Fénix resurgiría de aquellas cenizas.

*

El Mercado Viejo era casi un mundo aparte dentro de la aún fortificada Montevideo. – recién en 1877, bajo la dictadura de Latorre, se demolieron sus muros, quedando sólo la entrada principal que se conserva hasta nuestros días- Las instalaciones del Mercado conformaban una especie de colmena humana, de toda edad, nacionalidad y color, repartida en cientos de locales y puestos volantes, además de cantidad de familias que vivían allí.

La creación del Mercado data de 1836, pero en algunos sectores, más antiguos aún, el desaseo era algo clásico, y fue en aumento a medida que los locales de esas zonas iban envejeciendo, infiltrándose de humedad las paredes, desvencijándose puertas y ventanas, pudriéndose las cabezas de los tirantes y resquebrajándose los techos.

Cierta novela de costumbres capitalinas, publicada en el folletín de un diario, aludía a las legiones de ratas que corriendo en el silencio nocturno del Mercado, “daban la sensación de la marcha tumultuosa de un arroyo fuera de cauce”.

De nada servían reglamentos, ordenanzas ni multas, y un domingo del mes de septiembre de 1866, se llegó a carnear públicamente una vaca en la calle Juncal entre Sarandí y Buenos Aires, dándosele a los matarifes medio comino de inspectores, comisarios o policías... Color local, dirían algunos.

Lo cierto es que tantos y tan variados eran los ramos de actividad mercantil representados en aquella populosa feria por patios, corredores y locales, que inventariarlos resultaría muy extensa tarea.

Digamos nomás que se recorría toda una escala de la ferretería de Mojana a la imprenta de El Uruguay, de la fotografía de La Libertad hasta la librería de La Maravilla Literaria. Y desde el puesto en que se vendían bolas de pororó hasta el cuarto y último local de la derecha, rumbo a 18 de Julio, donde estaba el popular remate de Piria.

Para él todo había comenzado allí, en el Mercado Viejo. Este había sido su primer campo de batalla, y representaba largos años de aprendizaje, de lucha, de preparación para cosas mayores.

Desde que Piria diera sus primeros pasos en el ámbito comercial, hasta la noche en que las llamas arrasaron su tienda-remate, habían transcurrido once años.

Apenas llegado de Italia, Piria, sin dinero, pero con un capital invaluable, fruto de sus años de educación, dio comienzo a una carrera laboral firme y sostenida que habría de seguir sin desmayo hasta su vejez. Ya entonces se había propuesto una consigna en la lucha, basada sólo en dos palabras que formaban la palanca de este nuevo Galileo; palabras que lo guiarán toda su vida, fuese cual fuese la actividad emprendida: “Yo llegaré”.

Pero para llegar, en lo que fuera, era necesaria la lucha, y para Piria, lucha era sinónimo de vida. Posteriormente escribiría: “No hay duda de que la vida, en toda su majestuosidad, es la lucha. Los que no saben luchar, los que no han luchado nunca, no comprenden los placeres inmensos que el batallar nos proporciona”.

Francisco Piria, pues, comenzaba a luchar.

*

Mirado según los conceptos actuales, Piria era sólo un niño cuando inició sus actividades comerciales, ya que tenía apenas 12 años. Pero en aquellos días se vivía de otra manera, y a los doce años se tenían responsabilidades que hoy corresponderían a un adulto. Era común que a esa edad ya se trabajara. (Es interesante consignar que, casi al mismo tiempo, en la ciudad norteamericana de Detroit, otro “niño” de igual edad que Piria empezaba a abrirse camino en la vida vendiendo diarios y dulces en los trenes. Este novel comerciante también llegaría a ser famoso, pero en áreas ajenas al comercio: se llamaba Thomas Alva Edison.)

Piria, como tantos otros, se puso a trabajar por necesidad, pero no tanto por necesidad económica, - que existía- sino también por algo que estaba más allá que el dinero: por el sentido de independencia, por saber valerse por sus medios, por demostrar a los demás y en especial a sí mismo que él podía llegar.

Es posible que aquellos años pasados lejos de su familia, sin el calor del hogar y sin amigos, lo hayan vuelto un poco frío y cínico respecto a algunas cosas, además de hacerlo madurar precozmente. Pero, así es la vida, de haber tenido una infancia “normal” tal vez no habría llegado a lanzarse con tanto ímpetu en sus años adultos.

Para él, lo más importante era la obra: ésta estaba por encima de todas las cosas; y la base de la obra era el trabajo. Y fue el trabajo al que amó y le rindió culto.

Puede pensarse que todo lo que le interesaba era el dinero, pero el único móvil de Piria no era el beneficio material. Lo buscaba, desde luego, y lo consiguió; pero había algo más, y no es exagerado pensar que su tremendo impulso brotaba del mismo manantial que empujó a Genghis Khan y a Napoleón Bonaparte.

En este aspecto, como hombre de acción, Piria puede ubicarse perfectamente junto a grandes contemporáneos suyos: Rockefeller, Vanderbilt, Carnegie, Du Pont, Morgan y otros magnates de la riqueza. Hombres de empresa y al mismo tiempo hombres de presa, duros conquistadores o mogoles de una nueva época.

Hay que tener presente además, ahora que comienza su vida activa, que Piria actuó siempre en dos planos al mismo tiempo: el externo y el interno. Su frenética actividad exterior fue visible y más que evidente para todo el mundo. En cambio, su actividad interior, nadie, o casi nadie la conoció.

Es que una llama muy especial ardía en su interior, una llama que había sido encendida por su tío, allá en Italia, y que se avivaría más y más a medida que pasaron los años.

Aquella llama representaba un conocimiento antiguo, tan antiguo como el hombre mismo, un conocimiento reservado sólo para elegidos. Y él era ahora uno de ellos.

La gran obra que perseguiría Piria, pues, no sería sólo externa, sino también interna.

*

Montevideo, a pesar de haber sido su lugar de nacimiento, le resultaba a Piria una ciudad desconocida. Habiéndola dejado tan temprano era muy poco lo que recordaba de ella y todo le resultaba nuevo.

Incluso su madre y sus hermanos eran como extraños para él. De ahí que pasara buena parte del día en la calle, queriendo revivir quizá aquella libertad que había gozado con su tío en Italia.

Recorría los embarcaderos y, viendo tantos barcos en la bahía tal vez pensara con tristeza en su padre, sobre todo al oír hablar en italiano a algún marinero, genovés acaso como él.

En busca del bullicio donde se cultivan las oportunidades, el joven Piria recorría a diario el tumulto de gente del Mercado Viejo, con miras a la actividad comercial con la que empezó a conquistar el éxito.

Pronto los habitués del Mercado Viejo comenzaron a conocer y apreciar al laborioso y emprendedor muchachito que, a cambio de algunas monedas, siempre estaba dispuesto a prestar ayuda. Desde bien temprano Piria adquiere ese don de la oportunidad, don tan importante que sabría capitalizar a lo largo de su vida. Consciente o no, estaba aplicando aquel viejo refrán español que decía “Más vale llegar a tiempo que madrugar un año”.

Piria no sólo esperaba la oportunidad, sino que la buscaba, y con ella venían pequeños ingresos. Se ofrecía caballerosamente a llevar las compras a las señoras que no tenían sirvientes, y era retribuido por ello. Esperaba la llegada de la diligencia de La Unión – que combinaba con diligencias que venían de Minas y Maldonado- y acompañaba a los pasajeros, llevándoles sus maletas hasta el hotel más cercano, y en esa operación recibía doble propina, la del pasajero y la del hotelero.

Hacía además algunos mandados para los comerciantes y puesteros del Mercado, repartía volantes de propaganda de tal o cual casa, barría veredas o acarreaba cajones. Todo le parecía bien. A veces recibía dinero por sus trabajos, a veces mercadería. Lo que era comestible lo llevaba a su casa; lo que no, lo vendía, y redondeaba así sus modestas ganancias.

En su incansable ir y venir era natural que fuera ampliando el círculo de gente conocida y pronto ésta comenzó a confiar en él. Alguien, un día, le dio una bandeja de colgar al cuello y algunas baratijas para que vendiera por su cuenta, cosas de poco valor para empezar. - había que ver si servía como vendedor...-

Lo cierto es que Piria sorprendió a su reciente empleador vendiendo toda la mercadería en menos de una hora. Y aquella noche volvió a su casa no sólo con un empleo fijo –vendedor ambulante -, sino también con una comisión de varios pesos, fruto de sus ventas del día. Para empezar no estaba mal, más cuando le había resultado bastante fácil vender todo aquellos entre sus múltiples conocidos.

Había empezado a vivir del esfuerzo propio, y se emancipa así de toda tutela familiar. Esa tutela que ata y limita a los jóvenes de gran voluntad y porvenir, y beneficia a los descuidados y poco orientados de sí mismos.

La carrera económica comienza con pasos lentos y peldaños bien medidos. Refuerza su sueldo con pequeñas especulaciones. Su prosperidad no es todavía, ni mucho menos, vertiginosa. El coloso está dándose a sí mismo una lección de tenacidad y paciencia.

Sin embargo, pronto, después de haberse convencido de su capacidad para reunir algunos salarios, planteó su primera reivindicación de independencia económica. Prefiere acumular y administrar sus propias ganancias, y aunque su empleador rezonga por la actitud, no deja en el fondo de reconocer personalidad en ello.

Cuando, reuniendo sus jornales, consigue el monto de una pequeña suma, comienza a pensar en un negocio propio. Estima que no es un procedimiento práctico trabajar sabiendo exactamente la remuneración por cada hora, y que hay que obtener rendimiento del dinero que se ha logrado reunir.

Más nótese bien que desde muy joven Francisco Piria no piensa en guardarse las ganancias acumuladas, ni en que se enmohezcan y destilen el cuentagotas de su interés en una Caja de Ahorros. Por el contrario, piensa en hacer algo que haga mover el capital continuamente.

Recién en la madurez pensaría en lujos, castillos y palacios. Pero para ello había que cimentar firmemente su fortuna, vivir por y para el trabajo, sabiendo interiormente que la recompensa llegaría en su momento.

Es así que sigue en las ventas por iniciativa propia, como vendedor ambulante, con mercadería que se renueva y amplía de continuo. Su capital crece y su seguridad en sí mismo también. Aquel lema suyo, “Yo llegaré”, estaba convirtiéndose en hechos concretos.

Algunos días Piria dejaba el Mercado Viejo para ir a otro lugar importante, no tan cercano pero que le proporcionaba buenas ventas: la Plaza de Frutos. Esta, cuya denominación oficial era “Sarandí”, se hallaba ubicada en la Aguada, donde se levanta hoy el Palacio Legislativo.

Allí llegaban, provenientes de los más remotos puntos del interior del país, las carretas, grandes como casas, con sus toldos de paja o de cuero peludo, tiradas por cuatro o cinco yuntas de bueyes, repletas de lanas, de corambres varios, de cerda y otros productos de la zafra.

Los viajes duraban semanas enteras al paso lerdo de los animales, y las filas movedizas de los toldos dibujaban un gusano largísimo, estridente, avanzando por la extensión del campo que era todo camino.

En las estancias se aprovechaba la venida de las carretas para bajar a la capital, trayendo a la familia, a un muchacho al que había que dejar en la escuela o un enfermo grave que necesitaba ver médico.

De regreso, las carretas transportaban con destino a las pulperías y demás comercios del interior, la mercadería que llegaba a Montevideo en los barcos de ultramar: vajillas, piezas de tela, alambre, bebidas, guitarras, medicinas para boticas, ponchos, calzados, aperos y otros artículos necesarios en la campaña.

Al igual que el Mercado Viejo, la Plaza de Frutos – o de las carretas-, era una especie de feria permanente por la animación del polifacético conjunto, diferente cada día, que la llenaba desde el clarear de la aurora. Y tanto para Piria como para otros comerciantes menores, aquel lugar era un señuelo de prosperidad y un atractivo dispensador de ganancias.

Desde temprano en la mañana hasta bien pasado el mediodía, Piria recorría los lugares habituales de reunión de los carreteros y peones -posadas, fondas, despachos de bebidas, billares, boliches- ofreciendo su mercadería vistosa y variada.

La mayoría eran hombres de campo, rudos y generalmente incultos, el polo opuesto de su clientela enteramente familiar del Mercado Viejo. A veces no resultaba fácil hacer negocio con aquellos hombres, pero él no se desanimaba, seguía adelante, y persistía hasta lograr sus fines.

Piria estaba haciendo su aprendizaje. Al poco tiempo adquiriría la práctica necesaria para presentar sus argumentos en la forma más agradable y convincente posible. Aprendería a conocer y a tratar los diferentes caracteres para vencer su instintiva desconfianza. Conocería las objeciones y la mejor manera de refutarlas. Pero, sobre todo, comprendería, de una vez y para siempre, el valor inestimable de la simpatía, esa prenda tan necesaria para la tarea de vender, prenda que abate todos los muros en todos los órdenes. Y al igual que Shakespeare, Piria podía también decir: “Te valdrá más la sonrisa que la espada para lograr lo que deseas”.

A medida que pasan los años, las ideas del joven Piria se vuelven más definidas. No sólo quiere ser libre, sino también poderoso. No acepta la medianía, ni se contenta con ser un empleado subalterno, un humilde comerciante o un propietario de poca importancia, y quiere emprender grandes negocios.

Si desea la riqueza, no es para disfrutar de ella pacíficamente en la vejez, después de trabajar durante la juventud, sino para intentar empresas más considerables con los grandes capitales que hubiera reunido.

El dinero es para él, más que elemento de goce, instrumento de trabajo, una especie de palanca; no es un fin sino un medio.

El ardimiento que emplea para conseguir este fin resulta, así, ennoblecido, y es diez veces más poderoso. No hay tarea demasiado penosa, ni trabajo demasiado rudo para un hombre a

quien animan tales sentimientos; y ninguna consideración le detiene en sus empresas, cuando ve al final de ellas la esperanza del triunfo.

No teme los grandes riesgos porque ha empezado solo su fortuna, y la ruina no es para él más que la vuelta a la situación que ya conoció y de la cual supo salir.

En cuanto a las dificultades, siempre espera vencerlas, y hasta son para él una especie de juego. Entre la rápida pendiente y el camino sinuoso que conduce al apogeo de la fortuna, elige la primera, porque es más corta, y con pies y manos se agarra a todas las asperezas, a riesgo de romperse los huesos, si esta gimnasia le permite llegar más pronto.

De semejante hombre no basta decir que lucha por la vida, hace más: la expone, para alcanzar el objetivo que se propuso.

*

Una vez que, luego de un trabajo firme y disciplinado, sus ventas y operaciones callejeras le redondearon utilidades efectivas, Piria dio un paso más en su camino hacia la fortuna.

Ya era tiempo de establecerse en algún lugar, tener una base de operaciones fija y, al mismo tiempo, ampliar de alguna forma su negocio.

Si su precoz carrera comercial había comenzado en el Mercado Viejo, allí debía seguir, pero ya no en sus calles sino en uno de sus locales.

Por espacio de algunas semanas Piria desapareció por completo de escena, dejando el negocio a cargo de uno de sus hermanos: éste se convirtió en ese ínterin no sólo en su empleado, sino también en su espía. Piria quería saber qué efecto causaba su ausencia en sus clientes, comprobar si aquellos eran consecuentes o no con él.

La respuesta no se hizo esperar, y no pudo ser menos agradable: todo el mundo estaba preguntando por Francisco. Su hermano había recibido orden de decir que él se encontraba en cama, enfermo –pero no de cuidado- y, lo más importante, que bajo ninguna circunstancia diera fiado o hiciera rebajas. Sin embargo, las ventas se mantuvieron al mismo nivel, y hasta subieron un poco. Esto satisfizo mucho a Piria: aquello lo convenció de que contaba con clientes más fieles de lo que pensaba, algo ideal para sus nuevos planes.

Piria volvió a su puesto de trabajo más animoso que nunca y, en apariencia, las cosas siguieron como antes. Pero todo había empezado a cambiar.

Si bien no había estado enfermo como creían sus clientes, tampoco utilizó su ausencia para no hacer nada y quedarse de brazos cruzados. Él no estaba cansado del negocio, y por el contrario estaba organizando en la mente y en los hechos mayores emprendimientos.

Algo lo tentaba desde hacía cierto tiempo, y ahora se había decidido a llevarlo a cabo. Buena parte del dinero que había ahorrado durante varios años se transformó en la más insólita variedad de artículos imaginable. Recorrió todas las casas importadoras y de venta al mayoreo que encontró y, por medio de señas, dejó reservada gran cantidad de mercadería.

Luego concretó el alquiler de un local del Mercado Viejo, al otro extremo de donde entonces tenía su puesto. No era uno de los mejores, pero al menos era espacioso y tenía grandes vidrieras.

Por último se dirigió a un impresor y a un pintor de carteles, personas esenciales para lo que se proponía hacer. Por el momento el presupuesto hizo que los diarios quedaran afuera, pero ya llegaría a ellos.

Todo estaba pronto para dar el gran paso, un paso largamente meditado y en el cual se jugaba el todo por el todo: dejar la calle y abrir una casa de remates. Pero no se conformaba con que fuera una casa más. Tenía que ser la mejor casa de remates de la ciudad.

“La Exposición Universal” había nacido. Piria tenía entonces 17 años.

Si bien las casas de remates no eran una novedad –la primera había aparecido en Montevideo en 1814-, sí lo fue la forma de encarar el asunto. Piria le dio al negocio un carácter espectacular y atrevido. Lo convirtió poco menos que en un carnaval, lo cual atrajo gente como moscas a la miel. Y es a partir de este momento donde Piria demuestra que además de un hábil comerciante, había en él un agudo y sutil publicista. Porque si hubo algo que cimentó su rotundo éxito en los negocios, además de sus varias y valiosas cualidades personales, esto fue su clara y audaz visión publicitaria, sin duda una de las más grandes que haya tenido este país.

Sí, como suele decirse, cada hombre tiene su estrella, la estrella de Piria era un signo de admiración. A pesar de su juventud, Piria entendía por completo el arte de la publicidad, no simplemente en lo referente a la letra impresa, que siempre utilizó con liberalidad y a la que debió muchos éxitos, sino al hecho de inclinar a su favor todas las circunstancias posibles.

Tenía la monomanía de hacer de su “Exposición Universal” la maravilla y el tema de conversación de toda la ciudad, lo que logró ampliamente, al igual que lo haría con sus futuros remates de tierras.

Sus signos de admiración no sólo acentuaban lo que él quería acentuar, sino que también hipnotizaban a sus lectores, obligándolos a someterse gracias a la persistente reiteración.

Cuando un anuncio aparece por primera vez –pensaba acertadamente Piria-, el hombre no lo ve. La segunda vez lo advierte. La tercera lo lee. La cuarta piensa en él. La quinta habla de ello con su esposa. Y la sexta o séptima vez está dispuesto a comprar lo que se le ofrece.

Tal pensamiento es algo muy común en estos días de poderosas agencias de publicidad y medios masivos de comunicación, pero en aquellos tiempos constituía toda una novedad que Piria bien supo explotar al máximo de sus posibilidades.

Sobre todo, y desde luego, Piria utilizaba a la prensa. Llenaba columnas enteras en los periódicos cantando las maravillas de su establecimiento. Los comerciantes anticuados abrían los ojos asombrados ante un hombre que podía gastarse cientos de pesos para anunciar su negocio. Les parecía una locura.

Pero para Piria aquel no era dinero gastado, sino invertido, ya que sus anuncios traían público, y éste representaba ventas, y por lo tanto el dinero “gastado” en publicidad volvía multiplicado a sus bolsillos.

Su publicidad empezó con la tienda en sí.

Un día era un local gris y vulgar, y a la mañana siguiente se había transformado como por arte de magia en un arco iris emocionante, un caleidoscopio de color y curiosidades.

Estaba casi totalmente cubierto de carteles y cartelones pintados con colores estridentes, en los que Piria propagandeaba las bondades de su negocio y mercadería.

Nada lo arredraba, y con frecuencia se le vía aparecer a la puerta del local, sobre una tarima, voceando en forma atractiva sus novedades. Hubo incluso quienes le vieron discutir con los clientes en la vereda para convencerlos. Ponía en la aldea montevideana, de costumbre tan formal y circunspecta, un toque pintoresco e insólito, hasta escandaloso para algunos, pero que a la postre redundaba en beneficio y éxito para el negocio.

La “Exposición Universal” funcionaba desde las primeras horas de la mañana hasta las diez de la noche, hubiese o no concurrentes, con sol o lluvia, con calor o frío, oyéndose siempre el continuo pregonar del vendedor, cuya voz se enronquecía a medida que avanzaba el día, y que al llegar la noche se hacía de todo punto incomprensible.

Se ha dicho que los dependientes de Piria apenas duraban una semana, y que “si se formase una estadística de los que en Montevideo padecen de la laringe, seguramente que figurarían en crecida proporción los que llevaban el martillo en la tienda del arco del Mercado Viejo”.

Había momentos del mes en que entraba poca gente, a veces nadie, y eran de verse los esfuerzos que hacía el martillero para atraer clientes.

“-¡Vamos a ver, señores! –repetía con énfasis- ¡cinco reales! Cinco reales... ¿No hay quien de más? Fíjense que esto es tirado a la calle... ¡Cinco reales! ¡Cinco reales!” – Y al mismo tiempo que con la mano derecha repicaba con el martillo sobre el mostrador, cada vez que ante la puerta pasaba un transeúnte, mostraba con la izquierda en alto un calzoncillo o una camisa cuya bondad ponderaba inútilmente, pues ni los bancos ni las sillas, únicos concurrentes, se dejaban convencer por la elocuencia del orador.

Pero no por eso Piria se echaba atrás.

Cuando el público no acudía de suyo, él buscaba el medio de atraerlo. Alquilaba llamadores, cuatro o cinco individuos de esos que haraganeaban en los bancos de las plazas, los cuales servían de gancho para hacer entrar los paseantes desocupados, que a su vez iban formando un núcleo que poco a poco aumentaba hasta que la concurrencia llenaba el local.

Entonces aquí entraba en juego la habilidad de Piria para ofrecer los artículos que él juzgaba convenientes para la clase de público que lo rodeaba. Si las camisas y calzoncillos no encontraban acogida, salían a relucir los sacos y pantalones; si se presentaba un paisano, ponía en venta, como quien no quiere la cosa, un par de bombachas; y cuando creía distinguir a algún parroquiano acomodado, sacaba a la luz sus alhajas, cuyo mérito pregonaba con toda honradez, porque en medio de todo, Piria era incapaz de engañar a nadie.

“-¡Vamos a ver, señores! ¡Un anillo con brillantes falsos! ¡Garantidos falsos! ¡Aquí no hay engaño!” –Y sin esperar postura, marcaba ya de antemano el precio: “¡Un peso, señores, un peso por este magnífico anillo! ¿No hay quién de más? ¡Aprovechen la pichincha de ocasión!”

Y mientras seguía la cháchara interminable, circulaba la prenda de mano en mano, hasta que alguno se tentaba y ofrecía un real más, y caía el martillo, y reaparecía otro anillo y otro, mientras la demanda de anillos no aflojaba. Casi a gritos, gesticulando para convencer a todos de la baratura, accionando con ademanes trágicos como si realmente fuese a consumir un sacrificio.

Luego iban apareciendo, para “ser quemados por lo que den”, los artículos que figuraban en el catálogo entregado por Piria, artículos que ascendían a más de 200, entre los que figuraban relojes, sombreros, cigarros, gemelos, medias, géneros, colchas, muebles, candelabros, camisetas, paños, enaguas, vestidos, cubiertos, paraguas, acordeones, tijeras, y un largo etc.

Mientras tanto aparecían en los principales periódicos de la capital sus llamativos avisos, cuyos ingeniosos textos, claro está, eran acompañados de un derroche de signos de admiración. Veamos algunos ejemplos:

<p>¡¡¡ASOMBRO DEL MUNDO!!! ¡Acuda el pueblo en masa! ¡Ojo especuladores! ¡No pierdan el tiempo! ¡No es farsa! ¡Acudan a la realidad! ¡Se vende por la mitad de precio! GRAN LIQUIDACIÓN DE LA “EXPOSICIÓN UNIVERSAL”.</p>

EXPOSICIÓN UNIVERSAL

Gran Bazar y Remate,
bajo el arco del Mercado Viejo.
¿Hay casa que venda tan barato? ¡No!
¿Hay casa que posea un surtido tan variado? ¡No!
¿Hay casa que venda tanto? ¡No!
¡Peines, pañuelos de toda clase, cigarros, tabaco, losa,
cristales, pianos, rasos, sedas finas, perfumes, aceites aromáticos,
álbumes... en fin, hay de todo!
¡Acuda Ud. y verá lo que nunca ha visto en Montevideo!

Comerciante de campaña, no hay tiempo que perder.
Pueblo en masa, acudid a la:
EXPOSICIÓN UNIVERSAL
Que allí se vende por la mitad de precio.
¡No es metira, corran y verán!
¡No hay, no ha habido, no puede haber casa
que venda más barato que la
Exposición Universal!
Se vende todo de Europa, directamente de las mejores fábricas de
Francia, Inglaterra, Italia, España, Rusia, Alemania y de Norteamérica.
¡Vengan y se convencerán!

Puesto que la prosperidad de Piria dependía de que se dieran cuenta que él existía, conseguía de esta forma hacerse notar. Y cuando ya no podía llamar la atención valiéndose de actos normales, echaba mano a todos los recursos sensacionales que le venían a la mente. Cultivaba así el arte del asombro, y de esto dio buen ejemplo con una frase publicitaria que empleó para vender una yerba mate, y que decía:

“¡Esta yerba no contiene Precipitatum Rojus Arenilla!”

¿Qué quería decir? Nada. Era la psicología práctica de Piria, explotando uno de los argumentos más eficaces en publicidad: el temor. Nada, absolutamente, significaba la frase. Su único valor era su ingenio aplicado a la propaganda y promoción de ventas.

La yerba que él vendía, era mejor que la de sus competidores, porque no contenía “precipitatum rojus arenilla”. Con esta inocente frase, que suponía una sustancia perjudicial para la salud, sin decir que era una droga, ni que perjudicaba la salud, Piria vendía su yerba. En un sentido estricto literal, no faltaba a la verdad, en tanto su yerba de verdad no contenía ese precipitatum, ya que el mismo no existía.

Como se ha visto en sus avisos, las liquidaciones estaban a la orden del día en la “Exposición Universal”, y ésta fue otra novedad que trajo avalanchas de montevidianos a su local.

Sin duda nadie podía competir con la inventiva de Piria, con su ductilidad y su rapidez, y de esta forma fue progresando a pasos acelerados. Se aseguró así su futuro económico de tal modo que el incendio posterior de la tienda -catástrofe para cualquiera-, no le hizo ni pestañear.

Dado el éxito rotundo que tuvo la tienda-remate en lo económico, Piria pudo entonces dedicar sus pensamientos a cuestiones no comerciales. En 1866, cuando tenía 19 años, contrajo enlace con una joven de ascendencia francesa llamada Magdalena Rodino.

Pasan la luna de miel en Buenos Aires, y el joven comerciante establece entonces el primer contacto con un medio que, muchos años más tarde, sería también campo de fascinantes negocios.

De vuelta en Montevideo el nuevo matrimonio pasa a vivir en una casa de altos ubicada en la calle Misiones, entre 25 de Mayo y Rincón, la cual había adquirido Piria unos meses antes.

Al principio, el manejo de la casa se hacía un tanto complicado para Magdalena, porque las tareas de su esposo hacían que éste fuera bastante irregular en todos sus hábitos. No tenía hora fija para comer, ni para dormir ni para levantarse. Pero de a poco Magdalena fue adaptándose a las costumbres de Francisco, y el matrimonio resultó muy feliz para ambos.

Un rasgo que caracterizó a Piria desde muy temprano fue su actividad infatigable, sin desfallecer ni un instante. Pero ese vigor no sería simplemente un impulso propio de la juventud. Cuando, siendo ya un hombre de ochenta años, la gente se admiraba ante el vigor físico e intelectual que desplegaba Piria a semejante edad, posiblemente no supieran que, ese aspecto del pionero, había sido, al igual que su fortuna, cultivado desde muy temprano.

Desde que iniciara su carrera comercial, por más atareado que estuviera, siempre encontraba un momento para hacer sus ejercicios, o para retirarse a un lugar tranquilo y solitario, y practicar la relajación. Esa era la mejor terapia para contrarrestar las tensiones del día, y poder volver luego al trabajo fresco y renovado, tanto física como mentalmente.

En el suntuoso palacio de la calle Ibicuí que levantó Piria a finales de la década de 1920, y en el cual vivió sus últimos cinco años, no olvidaría poner una gran sala de gimnasia. La misma estaba dotada con los aparatos más modernos y sofisticados del país.

Y así como cuidaba el cuerpo, también cuidaba el intelecto. Omnívoro lector desde sus más tiernos años –tío mediante-, Piria no dejó libro sin leer de la escasa pero selecta biblioteca que había dejado su padre al morir. Continuó luego por iniciativa propia la educación que había recibido en Italia. Después formó, lenta y pacientemente, su propia biblioteca, la que con el tiempo llegó a contar con varios miles de volúmenes que versaban sobre las cuestiones más diversas.

No había tema que no le interesaba. Leía incluso, íntegros, todos los diarios que se publicaban en Montevideo, en especial las gacetillas que aparecían en los mismos. Posteriormente diría al respecto: “Las gacetillas de los periódicos son un libro abierto de enseñanza cotidiana, así como la lectura de los avisos son una fuente de negocios lucrativos, para los que los leen y para quienes los publican. Yo he ganado mucho dinero leyendo los avisos de la última página, y tanta es mi afición a esa lectura, que empiezo siempre a leer cualquier diario por donde concluye”.

Cuando se produjo el incendio que consumió la “Exposición Universal” en febrero de 1870, aquello preocupó más a la esposa de Piria que a él mismo. (La familia había aumentado con la llegada de tres niños y Magdalena tenía razones fundadas para preocuparse).

Pero para el propio Piria no fue tan así. Contaba con capital suficiente como para volver a levantar el negocio y, sobre todo, contaba con su inveterado ingenio. Y a tal punto llegó su ingeniosidad en aquella ocasión, que el incendio del comercio dio a Piria pretexto para hacer propaganda con ello. Lograba, de alguna manera, sacar provecho publicitario y económico de su propia adversidad. Como dijo un diario de la época, “el incendio sirvió de reclame”.

Lo cierto es que al poco tiempo Piria trasladó su “Exposición Universal” a la primera cuadra de la Avenida 18 de Julio, sobre la Plaza Independencia, en el número 29 del arco principal del Mercado Viejo.

Es interesante decir que cerca de allí, en un local del costado oeste un joven llamado Julio Mailhos, armaba él mismo, solitario y silencioso, cigarros y cigarrillos a la vista del público. Con su faz sonriente de francés bonachón, preparaba con confianza y con el mismo anhelo que Piria el opulento porvenir.

A pesar del cambio de local –el nuevo era más reducido–, el negocio de Piria se mantuvo tan exitoso y popular como siempre, más cuando al clásico remate le había anexado ropería y sastrería, vendiendo a precios sin competencia.

Casi cuatro años siguió en el nuevo local, hasta que el gobierno decretó el desalojo del Mercado Viejo para su posterior demolición con vistas al ensanche de la Plaza Independencia.

Piria empezó entonces a hacer sus últimas ventas, a publicar sus últimos avisos, sin dejar, claro está, de sacar partido de la situación. Este es uno claro ejemplo de ello:

¡¡BRILLANTES!!
Lo que se ha de hacer mañana se hace hoy.
¡El tiempo es oro!
Los brillantes que se vende en la Gran Exposición Universal
son siempre oro en polvo.
Por 10 pesos se vende un brillante de 100.
Por 100 pesos se vende un brillante de 1.000.
Parecerá imposible a quien ignore las grandes ventajas
que ofrece al respetable público esta gran casa.
¡No hay tiempo que perder!
¡No dormirse!
El Mercado Viejo va abajo irremesiblemente.
Y la Exposición Universal afuera.
No perder el tiempo que sólo faltan dos meses
para el desalojo del Mercado Viejo.
¡Brillantes regalados!
¡Tirados! ¡Sacrificados!
¡A lo que den!
¡Necesitamos dinero!

Otro de los tantos recursos que utilizó Piria con muy buen ojo, -y oído- para atraer gente a su comercio, fue le llamado “Corneta Sayago”, un negro muy popular en el Montevideo de aquellos días, especie de pregonero que, con su clarín, anunciaba de todo y para todos.

Un periodista de entonces llegó a decir que “su clarín forma ya parte de su organismo, y va tan unido a él, que separarlo sería dejar incompleta su personalidad de uno de sus más pronunciados rasgos”. Creemos que bien vale la pena dedicarle algunas líneas a este popular personaje.

Sayago fue uno de esos personajes que, sin estar rodeados de los prestigios que granjean el talento y el valor, alcanzan a veces más popularidad que las personalidades eminentes. Individuos de todos conocidos y por todos estimados, sin que muchas veces haya más razón para esa popularidad que la de imponerse ellos mismos por alguna peculiaridad. En este caso el toque marcial de su clarín, que sonaba a cualquier hora del día o de la noche.

Sayago, cuyo verdadero nombre era Antonio Lucango Cabanga, nació en Lucango, población situada en la costa occidental de África, comprendida en el reino del Congo, bajo la dominación de Portugal. Corría por sus venas sangre aristocrática, ya que su padre era el cacique Lucango Cabanga.

Tan precoz se mostró Antonio, que a los diez años entró ya al servicio de su patria, embarcándose en calidad de ordenanza en el bergantín de guerra “Promptidào”. Esa nave estaba al mando del comandante José Clemente Guimaraens Silva da Costa, quien, por lo visto, podía lastrar el buque cargándolo tan sólo con sus nombres y apellidos.

Hacía el “Promptidào” oficio de crucero para impedir el comercio de esclavos, y en una de sus excursiones, llegó por primera vez a Montevideo el año 1811, trayendo a bordo al hijo del cacique del Congo.

El “Promptidào” levó anclas un día y se llevó nuevamente al pequeño Antonio, quien siguió creciendo a bordo hasta que el bergantín no pudo más y vino a dar con su casco en los peñascos de Punta Yeguas en 1839. En ese lugar se hallaba el saladero de Sayago, regentado por un tal Julián Contreras, quien tomó a su servicio al moreno. Entonces decidió suplantar su apellido de regia estirpe africana por el del dueño del establecimiento donde trabajaría. Fue así cómo Antonio Lucango Cabanga pasó con el tiempo a ser conocido como Antonio Sayago.

Poco tiempo después vino el Sitio Grande, y sin más ni más tomó el uniforme, valiéndole su buena disposición el ser pronto promovido a sargento de órdenes del Batallón de 2ª de Guardias Nacionales.

Nueve años combatió Sayago, y por cierto que, según cuentan las crónicas, no era el último en las guerrillas, ni de los que dormían con los dos ojos cerrados, pues era siempre el primero en presentarse listo y pronto ante cualquier contingencia.

Vino después la calma, se hizo la paz y los soldados volvieron a sus casas convertidos en simples ciudadanos. Pero no volvió Sayago, quien quedó en servicio, e ingresó como corneta pistón en la banda del Regimiento de Artillería.

En el año 1859, aprovechando la oportunidad de un buque que partía para Loanda, creyó de su deber Sayago ir a saludar a sus ilustres padres. Sólo encontró vivo al cacique Lucango Cabanga, tan fuerte como si no hubiera pasado por él un solo día, y siempre querido y respetado por sus súbditos.

Grandes festejos hubo con tal motivo en la aldea de Lucango. Se bailaron candombes interminables, se destaparon sendas botijas de chicha, y en retribución de aquellos obsequios, Sayago tocó algunas piezas en su clarín. Aquellas notas estridentes despertaron ecos en la selva africana.

Después de algunos meses de candombee y jolgorios, Sayago habló de volver, y después de una tierna despedida de su venerable padre y todos los dignatarios de la corte, se embarcó en el bergantín “Oriente”, llegando a Montevideo a mediados de 1860.

Sólo entonces se le ocurrió poner su clarín al servicio del público, y libre ya de sus compromisos militares, se dedicó a pregonero y distribuidor de anuncios. Atraía la atención de los transeúntes con los acordes marciales de su inseparable clarín.

Luego de tantos años de trabajo ininterrumpido, Piria siente la necesidad de tomarse unas largas vacaciones. No sólo deseaba respirar nuevos aires y conocer lugares que lo atraían, sino que también necesitaba meditar. La “Exposición Universal” era un capítulo aparentemente cerrado, y él estaba ponderando el nuevo rumbo comercial que tomaría.

Se embarca, entonces, hacia Europa. Viaja solo, y su mujer que ya esperaba el cuarto hijo se queda en Montevideo. Aquel sería el segundo de los casi treinta viajes que haría Piria al viejo continente a lo largo de su vida.

Su primer parada es, naturalmente, Génova, y de allí se dirige a Dianomarino. Tras catorce años de ausencia se reencuentra emocionado con su tío. Éste, que lo había visto casi un niño por última vez, se encuentra ahora con un hombre de 26 años, apuesto, fuerte, más bien bajo, de mirada penetrante y luciendo un espeso bigote que lo hace parecer un poco mayor. Su tío parece no haber cambiado nada.

Varios días pasa Piria con él, contándole de sus logros, de su vida, de la familia que ha formado; recordando aquellos años de la niñez, el estudio, y las veces que sus travesuras lo

hacían rabiar. Discuten otros temas, como aquellas disciplinas que tan extrañas le parecían entonces a Francisco, pero que ahora comprende y le apasionan. Le habla de sus progresos al respecto, y el tío se entusiasma y lo estimula para seguir adelante. Se comportan como viejos camaradas, como si no hubieran pasado tanto tiempo sin verse, como si se hubiesen separado días y no años atrás.

Es que, aquel hombre, de alguna manera, había sido más que tío un padre para él. Y Piria no lo olvida. El día en que deja el viejo monasterio para seguir su viaje, le entrega a su tío un sobre lacrado, con la condición de que lo abra recién cuando aquel se hubiese marchado. En el interior había una considerable suma de dinero, el cual, según decía una carta adjunta, debía destinarse para hacer mejoras en el monasterio, adquirir libros para la biblioteca, o lo que fuera que su tío considerase necesario. Era lo menos que podía hacer Piria por aquel hombre y aquel lugar que tanto habían significado para él.

Francisco Piria regresaba a su patria, a su familia, a reiniciar la lucha, aunque aún no tenía muy claro lo que iba a hacer en el futuro. Los lugares que había visitado llamaron tanto su atención, que ni tiempo había tenido para pensar en los negocios. Sin embargo, aquel capital suyo, al igual que él, luego de tres meses de descanso, necesitaba ponerse otra vez en movimiento.

Europa iba quedando atrás y Montevideo lo esperaba. Tal vez allí, en su propio medio, entre su gente, encontraría las respuestas que andaba buscando. Acaso como había ocurrido ya otras veces, la Fortuna estuviese esperándolo para tentarlo quién sabe en qué nueva empresa.

NACE UNA EMPRESA.

Como comerciante adolescente y promotor joven, Piria había dado muestras de un talento notable. Era inteligente, avispado, audaz, enérgico e ingenioso. Pero le faltaba coordinación, una meta real. Pensaba que reconcentrándose y limitándose a propósito, a una actividad más definida, podría conseguir aún más un sólido renombre.

En 1873 Piria tenía 26 años. A pesar de tan corta edad había logrado mucho hasta entonces. Era joven, contaba con capital y un método propio de trabajo gracias al cual había conseguido un buen número de clientes. Tenía que organizar esos elementos, darles forma y salida. Cómo aplicar esos elementos en otra actividad... con éxito.

Atento observador de todo lo que lo rodeaba había visto cómo en los últimos tiempos ciertos individuos estaban logrando éxito y dinero en una actividad bastante diferente al negocio de tienda o sastrería: los remates de tierra. Piria se planteó la cuestión, pero no de cualquier forma, sino a fondo, con un análisis completo de la cosa.

Muchos años después, en uno de sus libros diría: “En todas mis empresas yo concibo, abarco, mentalmente ejecuto, y lógicamente procedo como quien resuelve una operación de álgebra; resuelvo mis operaciones y no me equivoco nunca. Mi guía es mi criterio”.

Con esa línea de pensamiento no es de sorprender que Piria, una vez decidido a ello, entrara en una nueva actividad para triunfar ampliamente, no sólo alcanzando a sus competidores, sino superándolos por lejos. Pero antes de los hechos estuvo el análisis de la situación.

Estaban los Fomentos.

Los Fomentos eran sociedades anónimas que sólo buscaban buenos dividendos. Lo esencial, para ellos, era sacar precios fabulosos. Poco les importaba el incremento y valorización que pudieran adquirir después de enajenados los terrenos que vendían. Era tan así, que casi todos los terrenos vendidos a precios fabulosos por los Fomentos permanecían despoblados por muchos años.

Esas sociedades anónimas sólo consultaban su propio interés, mientras que la empresa imaginada por Piria, al plantear y llevar adelante un verdadero plan de operaciones tenía en cuenta también los intereses de todos los participantes en el proyecto. El resultado obtenido de esta manera era inmenso y beneficiaría al mismo tiempo al joven emprendedor, a sus clientes, y a toda la sociedad en sí al convertirse en un generador de desarrollo real.

La idea lo tentaba cada vez más. Su entusiasmo por llevarla a cabo iba en aumento. Sabía lo que quería hacer, pero aún no estaba claro de qué forma lo haría. Lo esencial era cómo atraer a la gente que él quería que fueran sus clientes. A su vez, este problema se dividía en tres.

La gente de pocos recursos no podía adquirir grandes áreas de terreno y, en realidad, tampoco lo necesitaban. Para ellos era suficiente una pequeña fracción donde poder construir su vivienda. Una fracción... Allí estaba la clave del problema. Él compraría determinada cantidad de tierra, la fraccionaría en solares y la vendería.

Pero algunas de esas personas quizá ni siquiera pudieran pagar en su totalidad el precio del solar. Y en este caso la solución resultó idéntica a la del problema anterior: si podía fraccionar los terrenos también podría fraccionar los precios. Así, el comprador podría ir pagando su solar a plazos mensuales, en pequeñas cuotas. Paralelamente, esto daría a Piria la seguridad de buenos ingresos todos los meses. Y a más compradores más ingresos. Había que atraer compradores.

De los problemas planteados el tercero era, en cierta forma, el más sencillo. Las dos ideas anteriores eran nuevas y revolucionarias, y se le habían ocurrido ahora. Para el tercer problema bastaba echar mano a una vieja idea ya puesta en práctica, y con éxito, en la tienda del Mercado Viejo. Atraería a la gente a sus remates de tierras con los mismos métodos con que había atraído gente a su tienda: llamando la atención.

Pero pensaba que esta vez no serían suficientes los carteles llamativos y los profusos avisos en los diarios. Sin descartarlos, había que intentar algo más. Ya no se trataba de vender cosas, objetos: se trataba de vender tierras, de hacer propietarios a personas que jamás habían soñado con esa posibilidad. Tenía pues, que convencerlos de las ventajas de su nuevo sistema de ventas: hacerles comprender que aquello era una inversión segura y de gran porvenir, más segura quizá, que invertir los ahorros en el banco.

La mejor forma de explicar todo eso era por medio de folletos, escritos no en forma académica, sino clara y directa, que fueran entendibles para todo el mundo.

Pero la clase trabajadora, que rara vez compraba libros, difícilmente compraría folletos. La única solución era darlos gratuitamente, y en grandes cantidades. Sería poco económico al principio, pero crearía conciencia en la gente, y a la larga daría buenos resultados.

Sin embargo, la sola lectura de los folletos, por más efectivos que fueran, no bastaría para que los posibles compradores fueran a sus remates. Tendría que llevarlos él mismo... y en forma gratuita. Sería costoso alquilar tranvías y trenes para llevar a todo el público pero, al igual que los folletos, ya sería rentable en su momento.

Por último estaba el remate en sí mismo. Los remates de la época eran sobrios y mortalmente aburridos. Y lo serían aún más para la gente que él pretendía llevar, que ni siquiera los frecuentaba.

Lo suyo tenía que ser diferente, y muy diferente.

Piria no quería que sus futuros remates fueran tan sólo la acción rutinaria y monótona de la puja entre el público y la voz del subastador incitando a mejorar la oferta. Tampoco el negocio frío y deshumanizado, la operación mecánica entre el que vendía y el que compraba.

Sus remates deberían tener un tinte pintoresco y exclusivo, una calidez sentimental que los convirtieran en un espectáculo familiar, así fueran miles los asistentes. Allí Piria se sentía más en su elemento y, a medida que imaginaba lo que serían sus remates –poco menos que romerías-, se daba cuenta de que toda aquella publicidad rimbombante y sensacionalista que había hecho popular a su “Exposición Universal” y a él mismo, había sido sólo el comienzo. Lo mejor estaba por venir.

La nueva empresa necesitaba un nuevo local, y a fines de ese año de 1873, Piria se muda a un lugar cercano a la casa que lo vio nacer. A partir de ese momento, y hasta el año 1909 en que nuevamente se muda, su cuartel general estaría situado en la calle Treinta y Tres N° 160.

Pronto todo Montevideo conocería la nueva “locura” de Piria: “La Industrial”. Este sería por algún tiempo un negocio múltiple. Los muchos clientes de Piria podrían seguir comprando su ropa de confección (sus famosos Remington aún estaban por venir), pero ahora también tendrían la ocasión de hacerse propietarios “con lo que economizaran en cigarrillos”, como les diría pronto Piria. Y no exageraba.

Los habituales lectores del diario “El Siglo” se sintieron intrigados al ver un aviso bastante curioso que se publicó en sus páginas el 11 de febrero de 1874. No les llamaba tanto la atención quién ponía el aviso –era difícil no conocerlo-, sino lo que ponía. Leían y no terminaban de comprender todo aquello.

FRANCISCO PIRIA - ¡¡El 1° de marzo!! ¡¡Importante remate!!
¡¡Terrenos en solares!! En el Recreo de Las Piedras,
frente a la estación del Ferrocarril Central del Uruguay.
Los terrenos más importantes. La mejor calidad.
Terrenos de gran porvenir. Único remate de prueba.
Los detalles se publicarán mañana.

Este aviso –o preaviso, si se quiere-, marcó la entrada oficial de Francisco Piria en el negocio de la compra-venta de tierras, un poco vacilante, es cierto, pues decía que aquello era un remate “de prueba”. Pero pronto se vio que Piria había entrado en el negocio para quedarse, y no como uno más, sino como el mejor.

Tal como había prometido, publicó al día siguiente su aviso definitivo y explícito de lo que iba a hacer en la subasta... y de qué manera lo explicaba.

Entre los numerosos avisos de distintos martilleros, como era costumbre en ese periódico, se destacaba el aviso de Piria, el cual decía:

-FRANCISCO PIRIA-
Importante remate de terrenos en solares en
El Recreo de las Piedras. Único remate para prueba.
Aquello es un cielo. El aire más puro se respira.

Hay comercios, médicos, cinco mil habitantes, etc.
 Acaba de construirse un nuevo circo de carreras nacionales
 a 2 cuadras del pueblo.
 ¡Allí se goza de salud y sobra!
 Sólo los doctores en medicina se mueren de hambre.
 ¡En Las Piedras nadie muere antes de los 100 años!
 ¡La tierra prometida! El dinero mejor invertido.
 Los bancos pagan un interés insignificante (cuando no quiebran).
 Con lo que economiza en cigarrillos se puede salir de pobre
 de la noche a la mañana.
 ¡Rotschill, el gran Rotschill, el primer banquero hizo
 su fortuna con un alfiler de cobre que encontró en la calle!

Este tipo de frases componían sus avisos, y terminaba en este mismo anuncio ofreciendo asado con cuero, carrera de sortijas, fuegos artificiales, cigarrillos y una gran fiesta campestre. Y entre todo no perdía la oportunidad para atacar los sistemas bancarios que ofrecían inseguridades, en aquel entonces, (ahora no, claro) por las repetidas crisis financieras.

Sin duda Las Piedras le resultó lugar propicio para su “remate de prueba”, porque el jueves 30 de julio de 1874 publicaba lo siguiente:

FRANCISCO PIRIA
 ¡EN EL RECREO DE LAS PIEDRAS!
 La verdad triunfante. Ni bombo ni farsa. Importante venta de solares
 en el pintoresco RECREO el domingo 2 de agosto.
 Salida del Ferrocarril, GRATIS a la 1 y media.
 GRAN FIESTA CAMPESTRE
 Asado con cuero, carreras de sortijas, ricos vinos, habanos...
 La mejor banda de música y fuegos artificiales.
 ¡Todo lo que se promete se cumple!
 ¡Todo se ha cumplido al pie de la letra!
 Hemos colocado en el RECREO el agua corriente.
 Colocamos árboles en las calles.
 Colocamos la estatua de Garibaldi.
 Colocamos la nomenclatura de las calles.
 Colocamos la Plaza y construimos veredas en las calles.
 Colocamos bancos de hierro.
 ¡Todo se ha hecho, nada falta!
 Si hay algún comprador de solares que no esté conforme
 se le devuelve el dinero.

Desde el primer remate, donde habían transcurrido cuatro meses, Piria anunciaba todo lo que había prometido y cumplido. Como se ve, trazó la urbanística de ese pueblo, hoy ciudad, en sólo cuatro meses. Y continuó, por largo tiempo rematando en Las Piedras, ya que no alcanzó a subastar todos los terrenos, como se ve en el siguiente aviso:

¡¡ RECREO DE LAS PIEDRAS !!
 Ensanche del pueblo con ese nombre. Sitio veraniego importante.
 Hay dos solares distantes a dos cuadras de la estación,
 en la más importante situación del pueblo.
 ¡Los regalamos a 2 reales la vara, a 40 meses de plazo!
 ¡En el mismo pueblo, cuatro solares a 0,30 la vara a 60 meses de plazo!

Los slogans de Piria eran eficaces y pintorescos. Sostenía que había hecho de ese paraje un pueblo próspero, al que llamaba, de modo enfático: “El Paraíso Terrenal”, “el chiche de la República”, etc.

Luego de este aprendizaje –hay que pensarlo así-, en Canelones, Piria entró de lleno a efectuar remates en la ciudad, creando barriadas populosas, y extendiendo en gran medida los límites. Cientos de manzanas, ayer suburbios alejados, hoy centros residenciales, fueron adquiridos por Piria y desfibrados en células de dimensiones domésticas. Creó así, en su gran contienda comercial, más de cincuenta barrios.

Fundó Joaquín Suárez, a 8 kilómetros de Pando y a 30 de Montevideo, dividiendo 100 hectáreas en quintas, chacras y pequeños solares urbanos. Y sobre la misma ciudad de Durazno, delineó en 1874 el barrio “Economía”, fraccionando 200 hectáreas al costado de la vía del ferrocarril.

Ningún martillero –ni siquiera Reus o Florencio Escardó- pudieron en Montevideo darle alcance. Piria superó a cada uno de ellos y a todos en bloque, muy largamente.

*

En plena ciudad, como en los suburbios, empleaba para promocionar sus remates los mismos términos atractivos y directos, véase por ejemplo:

¡¡EN LA AGUADA!! ¡Ojo a la ganga!
¡El dueño lo vende porque está ahorcado!

En 1879, al rematar los solares frente a la estación Pocitos, que él bautizó con el nombre de barrio “Castelar”, decía así:

FRANCISCO PIRIA
Remata el BARRIO CASTELAR. ¡¡Frente a la Estación Pocitos!!

Y después de exponer, extensamente, las bellezas del lugar y el porvenir que le esperaba a esa zona, agregaba, para atraer, debajo del aviso, el programa festivo a cumplirse:

media gran refresco. La concurrencia será obsequiada con licores y los famosos alfajores de las Hermanas Catalina de Córdoba.
Cigarros habanos.
A las 3 y 40 corrida de sortijas a pie.
A las 4 corridas de sortijas a caballo.
media gran carrera entre los famosos bípedos Cabagliari, Chincholini y Engeltbrekens.
Habiendo aceptado el desafío Belizardo Fiasco, Conde de Cremona, hay
500 pesos de apuesta.
A las 5 corrida de los Fericci Romanos. (Gran sorpresa, merece verse).
En seguida gran baile campestre.

Posiblemente este sea uno de los avisos más curiosos de Piria. Véase de qué modo exalta el interés del público al decir que había un desafío con apuestas de 500 pesos para la carrera de caballos de donde corrían los “bípedos” (¿) del Conde de Cremona, personaje popular de la época.

Piria apelaba a cuanto recurso le venía bien para hacer su propaganda. La cuestión era conseguir el fin de su negocio, y lo hacía eficazmente y con honestidad, cumpliendo al pie de la letra con todo el programa festivo y de atracciones que ofrecía.

Un fenómeno del cual Piria supo valerse, y que le rindió no pocos beneficios, fue el de la inmigración, sobre todo en el correr de la década de 1880. Según el censo efectuado por Nicolás Granada en 1884, el 45% de los habitantes de Montevideo eran extranjeros, constituyendo los italianos el 20% de la población. Cinco años después, el censo municipal asigna a la capital y su departamento una población de 114.322 orientales y 110.739 extranjeros.

Piria, a la expectativa siempre de todo suceso que atrajera la atención del público, aprovechó con habilidad el momento oportuno para hacer su negocio, halagando al mismo tiempo los sentimientos populares de aquella gran masa de inmigrantes.

Muere el Rey Galantuomo y Piria funda el barrio Victor Manuel, cuyos obligados compradores han de ser los súbditos del llorado monarca. Pero como entre los mismos italianos hay algunos que no miran con buen ojo al rey que había destronado al Papa, Piria, para contentar a todos, traza a pocas cuadras del barrio "Victor Manuel" las líneas de la villa "Pío Nono". En el primero levanta una estatua, y en la segunda pone la piedra fundamental de una iglesia, presumiendo, con razón, que los habitantes de aquel centro pontificio han de ser fieles devotos de la religión católica.

Más allá funda el barrio "Garibaldi", para los admiradores del león de Caprera. En el Reducto establece el barrio "Nueva Savona", cuyos solares vende en menos de un mes. Pero, como no sólo los italianos han de comprar tierras, Piria tienta a los franceses con el barrio "Gambetta", y a los españoles con el barrio "Castelar".

En la víspera de uno de esos remates ruidosos es cuando entran en acción la corneta y los pulmones del popular Sayago, quien, así como era políglota hablando, lo era también tocando en su corneta. Así, si lo que se anunciaba en venta eran los solares del barrio "Gambetta", ejecutaba La Marsellesa; si del barrio "Castelar" se trataba, hacía oír los acordes del Himno de Riego; y entonaba la Marcha de Garibaldi si la venta era en barrio "Victor Manuel" o "Nueva Savona".

*

Nada mejor que citar a un periodista de la época para ver, en detalle, lo que eran los remates de Piria.

Luego de una introducción en la que pondera a Piria como "el más conocido, el más activo y el más ingenioso de los martilleros populares; el protector de las clases jornaleras, creador de pueblos y aldeas, y propagador incansable de la división de la propiedad"... entonces pasa a describir el cartel de remate de turno:

"El cartel contiene el plano del terreno, con su rosa de los vientos y todo, que maldito si la entiende la mayoría de los interesados. En seguida viene el programa de las fiestas, en las que hay carreras en un solo pie, o de espaldas, corridas de sortijas, juegos atléticos y otras diversiones estafalarias, que terminan con un lunch, copiosamente regado con sendas damajuanas de una bebida oscura que no sólo parece vino por el color, sino que hasta lleva el nombre de tal. ¡Cómo calumnian a las viñas!"

Continúa la crónica:

"En 18 de Julio y Andes, frente al Almacén de la Feria' y junto a la gran bandera blanca con los emblemas martilleantes de Piria, su banda de música, dirigida por el maestro Androvaldi, ejecuta lo más selecto de su escogido repertorio".

"A una docena de coches del 'Tranvía Unión y Maroñas' y a varias volantas descubiertas del servicio de Urta, asciende el público que había estado agolpado en torno a los músicos. Los filarmónicos se ubican en el primer vagón abierto, desde el cual rompen con la marcha 'Furore di combattente' el andar pintoresco de la colorida caravana."

“El terreno del remate es una verdadera romería. Aparte de los interesados en la compra, concurren allí todos los que no tienen qué hacer los domingos, aprovechando la ocasión de tener un día de campo y hartarse sin que les cueste un centavo, merced a la generosidad de Piria, a quien poco se le da sacrificar algunos pesos a trueque de ver su remate bien concurrido.”

“Piria sube entonces a la tribuna guarnecida con grandes afiches de futuras quemazones y enardece a la multitud con su decir crepitante y ocurrente, el gesto medido, bien timbrada la voz y exento su discurso de esas rectificaciones congeladoras de la euforia pública.”

“Nadie como él para despertar en el obrero el amor a la propiedad. Con la palabra sencilla y fácil le hace entender la conveniencia de tener un terreno propio, adquirido sin el menor esfuerzo, con sólo ahorrar cada semana lo que el domingo gastaría en placeres perjudiciales para su salud y oneroso par su bolsillo.”

“¿Quién no puede poner de lado veinticinco centésimos cada semana? Pues con esa friolera, cualquiera puede hacerse propietario, y con poco más, puede también edificar una casa, cuyo costo va pagando insensiblemente, haciéndose cuenta que paga un módico alquiler, que día más, día menos, alcanzará a cubrir el precio del edificio, que después queda siendo suyo, sirviéndole de refugio para los malos tiempos en que el trabajo escasea, sin verse expuesto a carecer de un techo bajo el cual pueda cobijar a su mujer y sus hijos.”

“Así habla Piria a los obreros, y más de uno ha de bendecirle cuando, al volver de su ruda tarea, se encuentra junto al hogar rodeado de los suyos, feliz al sentirse dueño del terreno que pisa y de las paredes que le protegen contra las inclemencias del invierno y los ardores del estío.”

“Caliente, pues, y bien laudado el ambiente, Piria lanza su primer oferta: un real la vara, real y medio, dos reales, y ¡tácate! cae el martillo empuñado con enérgico donaire. Una señal visual al maestro Androvaldi y la banda, ya atenta al percance, suena con la polca de Becucci ‘La Canutiglia’, y la concurrencia aplaude.”

“En seguida entra en liza con el segundo, con el tercero, con el undécimo quinto solar. Es aquello una seguidilla de palo y chimango al suelo. Se venden todos los solares a precios bajísimos.”

Es necesario acotar aquí, en honor a la verdad, que la táctica de Piria consistía en vender al mínimo costo, la tercera, la quinta y a veces sólo la décima parte del área total. Los adquirentes primeros, pobladores al firme, que se instalaban al otro día en su propiedad... en promesa, serían los valorizadores automáticos y auténticos del paraje, como en un panorama georgeano. En los sucesivos remates, espaciados en uno o dos años de espera, se pagaba por el resto de la tierra el quíntuplo, por lo menos, de su valor real, debido a la subida en espiral de los valores. Por otro lado, las cuotas de los valores debían pagarse con puntualidad. Cuando se dejaba de hacerlo en tres vencimientos seguidos, quedaban perdidos *ipso facto* todos los derechos anteriores y posteriores, incluso las cuotas ya abonadas. Piria, no debe olvidarse, era también un comerciante.

El periodista citado, sigue hablando sobre otro aspecto de Piria:

“Piria, no contento con hacer propietarios a los pobres, se encarga también de vestirlos a módico costo, y al efecto instaló un vasto taller de sastrería donde se confeccionan trajes a precios inauditos. Él fue el introductor del ‘Remington’, no del que mata, sino del que abriga, unos capotones largos que no desdeñan usar muchos que la echan de elegantes; regalados, tirados a la calle, como dice Piria en su fraseología martillera, por la bicoca de cinco pesos!”

Y para terminar agrega:

“Piria es verdaderamente un hombre útil. Yo, sin conocerle, le estimo como se estima generalmente a todo el que a costa de su actividad y trabajo logra crearse una posición, procediendo siempre con honradez. Así ha procedido Piria siempre, y a esa honradez debe el crédito de que goza y la confianza que en él depositan sus comitentes.”

“En cambio, no poco debe el país a este activo especulador de tierras. Por iniciativa suya cuenta Montevideo con numerosos núcleos de población en sus alrededores; grupos de casas hoy, verdaderos pueblos mañana, que no sólo contribuyen al bienestar de los habitantes, sino también al aumento de las rentas y a la valoración de la propiedad.”

“¡Y cuántos que por vía de bromas han comprado ayer un solar, alentados por las facilidades que se ofrecen para el pago, se encontrarán mañana siendo dueños de valiosos terrenos, y recordarán con cariño al que les tentó a colocar con tan lucrativo rédito los ahorros que hubiesen malgastado en futilidades!”

“Como perpetuación de su nombre, y como acto de justicia hacia el fundador de tantos pueblos, yo propongo que el primer plano de las nuevas poblaciones que proyecta el antiguo martillero del arco del Mercado Viejo sea el de ‘Pueblo Piria’, cuya inauguración se ha de festejar, no con iglesias ni estatuas, sino echando los cimientos de una escuela pública, donde reciban educación los hijos de los artesanos, convertidos en propietarios merced a esas ingeniosas combinaciones ideadas por Piria, que le permitieron hacer su negocio, haciendo al propio tiempo la felicidad de muchas familias”.

Y remata el artículo diciendo:

“Desde ya hago postura por el primer solar que se ponga en venta del Pueblo Piria”.

Y hablando de escuelas, otra crónica de entonces, no menos interesante y que merece ser citada, es la referente a la inauguración de la escuela “Juan Manuel Bonifacio”. La misma, donada por el propio Piria al pueblo Joaquín Suárez, fundado por él mismo. Esta crónica pertenece al mismo autor de la anterior, periodista del diario “La Razón”.

“A la una de la tarde estaba ya lleno el andén de la Estación Central del Ferro-Carril del Este. Sobre los rieles descansaba la larga fila de vagones y zorras que habían de conducir a aquella multitud hasta las cuchillas al otro lado de Toledo, en que está trazado el plantel del pueblo Joaquín Suárez, fundado por el infatigable Piria.”

“Dada la voz de tomar posesión de los asientos, se precipitó la multitud como una avalancha, asaltando los vagones por todos lados, a pesar de los esfuerzos de Piria para reglamentar la subida y fiscalizar a los paseantes a fin de expulsar a los que sólo van con el objeto de pasar un día de campo, sin la más remota intención de comprar ni una vara de tierra.”

“En pocos minutos la mercancía humana estibada dentro de aquellos vagones, y sonada la hora de partida, y dada la señal, empezó la locomotora a desentumir con pausados movimientos sus músculos de acero y poco a poco empieza a rodar el convoy.”

“El tren atraviesa primero una parte de la ciudad, a su tránsito se pueblan las dos aceras de la calle de todas las comadres y pilluelos del barrio, atraídos por los acordes de la música de la banda y el estampido de los cohetes con que Piria festeja la partida.”

“Luego van raleando las casas, y el tren recorre un largo trayecto franjeado a ambos lados por las sementeras de las huertas que median de Montevideo a la Unión. El panorama es magnífico. Allá atrás, el hacinamiento de casas de la ciudad, que a los lejos parecen superpuestas unas sobre otras por las desigualdades del terreno; a la izquierda, la bahía, azul y mansa, poblada por barcos y barquichuelos de todo porte; y como guardián que a todos vigila, el Cerro, dibujando el perfil de sus empinadas laderas en el fondo azulado del horizonte.”

En seguida el autor pasa a describir con más detalles y poesía todo lo que se alcanzaba a ver en el viaje. Y llegan a destino:

“Al cabo de una hora de camino, la locomotora empieza a contener la respiración, rechinan los hierros de los frenos y a poco andar se detiene el convoy frente a un elegante edificio de piedra: es la estación Joaquín Suárez.”

“Los vagones vomitan en le andén todo lo que traían en sus amplios vientres, y la multitud se derrama por los alrededores, en dirección a una casita pintada de azul que corona la loma.”

“Las calles del pueblo, en embrión, están pavimentados con césped, lo que hace suponer que el tránsito no es allí muy frecuente. Largas filas de banderolas delinear las manzanas, vírgenes todavía de toda vivienda, si es que no se cuentan tres o cuatro edificios que rodean la estación.”

“Piria preside el cortejo, que marcha al son de la música en dirección a la escuela que va a inaugurarse, y los vecinos de aquellos alrededores, jinetes en sus caballos, se adelantan a la comitiva para presenciar la ceremonia.”

“La escuela regalada por Piria es bastante amplia y decente. Una pieza de doce varas de largo por seis de ancho, bien ventilada, el piso asfaltado, por techo un cielo raso que oculta el tinglado. Una puerta y dos ventanas se abren al frente que da a la estación, y sobre la primera, esculpido en una chapa de mármol, se lee:”

ESCUELA JUAN MANUEL BONIFAZ

“Presente allí la autoridad escolar, representada por el Inspector Nacional, el Departamental, y los miembros de la Comisión de Instrucción Pública, dio principio la ceremonia, entregando Piria la escritura de la propiedad y las llaves del edificio al Inspector Nacional, como donación que hacía al Estado, donación que el señor Ballesteros agradeció en breves palabras, prometiendo que una vez reabiertas las tareas escolares, después de los exámenes de fin de año, dotaría a la nueva escuela del personal y útiles necesarios para que empezase a funcionar.”

“En seguida el padrino designado al efecto dijo cuatro palabras alusivas al acto, y concluyó bautizando a la ahijada con el nombre de Juan Manuel Bonifaz, decano de los educacionistas.”

“El buen viejo, que allí estaba, seguido de su José Cárcamo, especie de Lazarillo de Tormes que hace cuanta travesura puede a su amo; el buen viejo, repito, conmovido por el acto, no encontró más palabras para agradecer el homenaje que se le hacía que recitar una invocación piadosa al Señor de todo lo creado, oyéndosele con respetuoso silencio por todos los presentes.”

“Tras él, trepó el arrapiezo de Cárcamo sobre una mesa, y desde allí, con el mayor desenfado, recitó el siguiente acróstico, obra de don Juan Manuel, y que dice así:

Fecundo es en recursos su talento,
Redobla su entusiasmo cada día;
Anda, recorre, escribe con porfía,
No pierde en sus tareas un momento

Conocedor profundo de su gente,
Infatigable en todas sus empresas,
Sabe llevar a cabo lo que empieza;
Creará en este sitio un pueblo hermoso,
O cambiará en miseria su riqueza.

Proteged orientales, con empeño,
Iayudad en su empresa al sin segundo
Rematador mejor del Nuevo Mundo;
Ivereis un milagro en sus afanes
Ah, de las piedras toscas hará panes!”

“Tocole el turno a Piria, y dijo... muchas cosas. Habló de Demóstenes, de los dioses de la mitología, de la civilización y de la barbarie, y, Dios me perdone y le perdone a él, hasta de los cuarteles habló el muy atrevido, haciendo votos por verlos convertidos en escuelas... ¡Tiene unas cosas este Piria...!”

“Aquello fue el punto final de la inauguración, que se selló y remojó con abundantes tragos de cerveza.”

“-Ahora, vamos al grano –dijo Piria, y aprovechando la reunión, empezó a preconizar las ventajas de aquella localidad como punto comercial, higiénico y de gran porvenir.”

“Distribuyó profusamente entre los concurrentes planos del pueblo cuyos solares iba a vender, y explicó en términos claros y convincentes las ventajas que reportarían los que comprasen terrenos en las condiciones a que él los ofrecía.”

“-Voy a vender los solares 7 y 8 de la manzana 45, -gritaba Piria- Es la esquina frente a la escuela. ¡Vamos a ver! ¡Un precio, una oferta!”

“-¡Fíjense bien; -continuaba- es la manzana número 45. Plano en mano, caballeros.”

“Y los caballeros desdoblaban el plano, y parecía que se lo querían devorar con los ojos, sin poder explicarse cómo aquel tablero de damas que veían pintado en el papel, podía representar el campo que tenían por delante.”

“-Es una esquina magnífica –seguía vociferando Piria desde su elevado puesto-, el que compre, puede contar con que tiene asegurada la fortuna. Vamos a ver, tengo veinte pesos de oferta!...veinticinco!...treinta pesos!...treinta pesos!... ¿No hay quién dé más?... Es una vergüenza tirar por este precio un solar tan bueno!... Vamos a ver, ¿No hay quién dé más de treinta pesos?... Treinta pesos!... Treinta y uno!...y uno...y uno!... y dos!... Treinta y dos pesos!... Adelante caballeros! No desperdicien la pichincha de la ocasión! Treinta y dos pesos!...y tres... y cuatro!... Treinta y cuatro... y cuatro!... Vamos, no podemos perder tiempo!... tengo treinta y cinco pesos de oferta!...¿No hay quién dé más?... Treinta y cinco!... Tengo treinta y cinco pesos de oferta!... Treinta y cinco... lo digo por última vez, ¿No hay quién dé más de treinta y cinco pesos?...¡Es suyo!”

“Y al decir esto, apuntaba con el martillo al último postulante, que se separaba del grupo para ir a firmar el boleto de compra con toda la prosopeya de quien ingresa en el respetable gremio de los propietarios.”

“La verdad es que, si bien Piria exageraba algo en cuanto a la importancia real de la localidad, no mentía en cuanto a ponderar las condiciones de la posición.”

“El pueblo Joaquín Suárez está situado a poco más de una legua del arroyo Toledo, en una altura que domina un vasto paisaje.” (...)

“Piria sigue entretanto impertérrito en sus ventas, llevando de un lado para otro la mesa que le sirve de tribuna para arengar a la multitud, pero los compradores empiezan a ralea en su torno y, refugiándose dentro de los vagones, protestan con toda la vehemencia de quien siente el estómago hueco y tiene todavía por delante una hora de camino para llegar a la mesa.”

“Por fin Piria se decide a suspender la venta, y en medio del clamoreo de los viajeros, emprende el convoy el regreso.”

“La naturaleza se prepara a dormir en medio de una completa calma y silencio, sólo interrumpido por el silbato de la locomotora que chilla repetidamente para espantar a los animales echados en la vía.”

Y luego de otra descripción del viaje, entonces de regreso, termina el artículo diciendo: “Y ahora, como decía Piria, vamos al grano, porque ya es tarde, y el estómago pide algo más que paisajes. ¡Pide comer!”

*

Las anécdotas referentes a sus remates son innumerables. Nos limitaremos a reproducir algunas de las ocurrencias y chistes de Piria durante sus conocidas arengas.

El paraje comprendido por las calles Navarra y Gadea, donde se levanta hoy el Hospital de Clínicas, era en aquel entonces un baldío con terrenos pantanosos y una profunda laguna. Al fraccionar los lotes, quedaron dos de ellos separados por la laguna. Mientras Piria subastaba estos terrenos, trepado sobre su banquillo famoso, martillo en ristre, ofrecía y exponía la ventaja de los mismos... diciendo que era un “Espléndido lugar para criar patos”. Lo más curioso fue que la gente no captó la ironía y creyeron a pie juntillas lo que él decía.

La puja se hizo a veces encarnizada entre los interesados, llegando en ocasiones al exceso. Era entonces cuando intervenía Piria con sus desplantes ocurrentes y geniales como sucedió en el siguiente remate:

Un señor –el último que se le ocurrió a Piria-, ofreció diez centésimos más que el anterior ofertante, con todos sus derechos para adquirirlo. Entonces Piria interrumpe bruscamente el remate y dirigiéndose al que ofreció el último precio, ante sorpresa de la gente, le dijo:

-¿Sabe Ud. lo que está haciendo? ¿Sabe que diez centésimos más en 400 metros suman 40 pesos?

Y antes de que el hombre abriera la boca, continuó:

-Vamos a ver: ¿Es Ud. obrero? ¿Cuánto tiempo va a tener que pagarlo?

Empleando un tono paternal agregó:

-¡No ve que le saca el terreno a este buen hombre! –mientras señalaba con el martillo al que había ofrecido diez centésimos menos y al que nunca había en su vida. Y frente a la mudez de ambos decidió enérgicamente:

-¡Está bien, quédese con él! –y bajó el martillo al mismo tiempo que señalaba al ofertante de los diez centésimos más.

Cuando el comprador había pagado su primera cuota y llenado el requisito legal, Piria se dirigió hacia él, y en tono grave le dijo:

-Si no puede seguir pagando el terreno, cómprese una cuerda, póngale una piedra en un extremo atándose el otro a su cuello y se tira en esa laguna...

En una oportunidad, en otro remate, se le acercó una mujer solterona y bastante fea e hizo una oferta. Enseguida otra persona interesada subió la oferta. La mujer no habló. Piria, que se dio cuenta de que el silencio obedecía a la falta de dinero, salió en su auxilio de una manera original y chistosa. Paró el remate y, dirigiéndose al último ofertante le dijo:

-Mire, amigo, vamos a vendérselo a esta señorita, porque creo que en su juventud debió haber sido linda moza...

Este es uno de los tantos rasgos de humorismo que se gastaba Piria, aunque el chiste le costara dinero.

Cuando remataba los terrenos de Punta Carretas, partió con una base de \$ 0,10 la vara. Los concurrentes, entusiasmados, fueron subiendo hasta llegar a \$ 2,40 la vara. Entonces, Piria, con sus gestos y desplantes que le caracterizaban, se encolerizó con el público diciendo una serie de adjetivos fuertes, para terminar el sermón de esta manera:

-¡Son unos bárbaros! ¿No ven que están pagando demasiado? ¡Estos terrenos no valen lo que ofrecen! ¡Empecemos de nuevo!

Comenzó el remate como si nada hubiera dicho, y cuando llegaron los ofrecimientos a \$ 0,40, dijo:

-¡Este es el precio que deben pagar! – y los vendió a \$ 0,40 la vara.

Pero sus bromas y ocurrencias no siempre fueron dirigidas al público concurrente, personas anónimas. También llegó a descargar sus dardos sobre algunos personajes eminentes. Y demostró su osadía haciéndole una broma bastante pesada a alguien como Lorenzo Latorre.

Piria repudiaba abierta y francamente la dictadura de Latorre, y cuando remató el barrio “La Economía”, regaló uno de esos terrenos, sin decirle nada, el peor y más barato de todos, al Dictador. Y luego, cada vez que anunciaba allí un remate, publicaba la lista de compradores, poniendo en primer término el nombre de Latorre.

Así pasó bastante tiempo, hasta que un día se encontró con Latorre, el que le dijo:

-¿No le parece, Piria, que ya me ha embromado bastante?

Recién entonces Piria quitó aquel nombre de la lista.

Raro, tal vez generoso o maniático, pero sus sistemas de ventas eran amplios y liberales. La filantropía a *modus propius* practicada por Piria era censurada por algunos y alabada por otros, pero de cualquier manera estaba encaminada al bien común: su obra tiene sello propio y es un símbolo de lo que puede la voluntad y el dinamismo de un hombre emprendedor.

*

Dejemos un momento los remates para detenernos en otra faceta de Piria.

En 1880 los montevideanos conocieron a un pintoresco personaje, el cual, sin que el público lector lo supiera, era el “alter-ego” de Piria. Lo conocieron por medio de un folleto publicado y distribuido por La Industrial. Más que un folleto aquello era un libro, ya que tenía formato bastante grande y contaba con 216 páginas. El título: “Impresiones de un viajero en un país de llorones”. El autor: “Henry Patrik”.

Si bien era fácil conocer el escrito de Henry Patrik, desde que el folleto libro se regalaba, conocerlo a él personalmente era un asunto más difícil. Imposible, en realidad, porque tal persona no existía. Henry Patrik era producto de la imaginación de Piria, un personaje creado por él.

Aquí se pone una vez más de manifiesto el agudo sentido publicitario de Piria. Era poco elegante y nada modesto publicar un libro en el que se exaltara a sí mismo y a su empresa, y todavía firmarlo con su nombre. Entonces no encontró mejor solución que inventar un personaje que fuera vehículo para todo lo que quería decir. Un personaje que no sólo hablara por él y de él, sino también con él, ya que Piria aparece en el relato como un personaje más.

Henry Patrik, luego de presentarse como “hijo de la gran patria de Washington, comerciante de profesión y natural de Massachusetts”, no explica que, “después de haberme formado en pocos años una modesta posición (500.000 dollars) a fuerza de trabajo, hoy me he propuesto visitar todas las ciudades de América, habiendo ya recorrido la mayor parte de ellas”.

La última ciudad visitada fue Buenos Aires, y de ella nos dice: “He estado 10 días en Buenos Aires. He visitado sus paseos, sus edificios, el gran parque, sus teatros. En una palabra, aquello marcha; todas las casas de negocio se afanan en vender; los diarios allí viven y hacen fortuna; sus columnas están atestadas de avisos. En Buenos Aires no he oído hablar sino de grandezas. Todos comentan fortunas, todos tienen rentas, giran miles y millones, aquello parece una California! Casas he frecuentado yo en Buenos Aires, en las que sus dueños me dibujaban las más grandiosas operaciones, ventas y compras a granel, marchantes de provincias en abundancia, giros enormes”.

Luego, bajo el título “El reverso de la medalla”, y refiriéndose a Montevideo dice: “Aquí es otra cosa. Sucede todo lo contrario que allende el Plata. Entra Ud. en una tienda y no oye más que un clamor: puro llanto, pura miseria, puro quejido. Aquí he notado en los negocios demasiada seriedad. La mayor parte de las tiendas no ponen ni muestras y esto contribuye a dar cierto aspecto serio a las casas de revoltijo, que de igual clase tienen muestras colgando hasta de las ventanas en Buenos Aires, y dan un aspecto más alegre a los barrios en donde se encuentran.”

Pero Patrik-Piria no se detiene allí, y sigue opinando sobre lo que ve, y de manera nada suave por cierto: “En este país he notado una gran falta, y falta capital, pero fácil de explicarse, porque es debida en gran parte al puro y continuo gimotear. Es el caso, que aquí no tiene uno dónde pasar el día de fiesta y de noche, apenas funciona un teatro. Esto me prueba o que la gente es muy pobre, o que no hay iniciativa. Aquí falta iniciativa, pero mucha iniciativa.”

“A la verdad que muy poco se puede esperar en un país como este, en donde no existe ni un gran montepío, como he visto en Buenos Aires y en todas partes, en donde se facilita en dinero a un interés muy módico, ni un Banco Hipotecario que preste apoyo al individuo que quiera emprender una operación mediante valores en garantía a favor del establecimiento.”

“Supongamos que un negociante de esos llorones, se encuentre apurado un sábado: ¿cómo hará para salir del apuro, cuál es la expectativa que tiene?... ¡la horca!”

“Si va a una casa de préstamos, por lo que vale 1000 pesos le dan 100 pesos, cobrándole un interés del 10% mensual, y con la condición de fundirse.”

“¿Por qué sucede esto? Por falta de iniciativa!”

“De modo que si todo está en idéntica proporción, no es extraño que aquí todo el mundo llore.”

Luego reflexiona que, “si antes de ayer hubiera conseguido pasaje en el paquete que partió para Río de Janeiro, a estas horas no estaría en esta ciudad de lágrimas. Pero sucedió que cuando quise acordar, fue tarde, y no tuve más remedio que quedarme.”

Como ese día hacía mucho frío Patrik entra en una sastrería para comprarse un Levington. Lo que se presentó a su vista fue bastante triste: dos dependientes sentados en el mostrador lo reciben del modo más lacónico, tanto que uno de ellos ni se levantó de su asiento. Otro dependiente estaba cabeceando en un sillón, y dos empleados más estaban sentados alrededor de una mesa y jugando ajedrez...

El dependiente que lo recibe empieza a quejarse de la situación pésima, y Patrik, viendo tanta flojedad no hace más que una pregunta:

“-¿Tiene Ud. Levington?”

-Sí señor, ahí tiene uno colgado a una percha. –y ni siquiera se tomó la molestia de descolgarlo.

-¿Cuánto vale? –pregunté.

-Diez y ocho pesos, caballero.

-¡Pero si me han dicho en el Hotel que eso se vende a 7 pesos!

-Caballero, Ud. querrá un Remington. Nosotros no vendemos ropa de pobres; eso sólo lo encuentra en lo de Piria. –dio media vuelta y se fue a sentar sobre el mostrador.

Ante tan brusco tratamiento salí a la calle. Todavía sonaban en mis oídos, como un eco lejano, estas palabras: Remington, Piria.

En la esquina había como una docena de changadores sentados en la vereda. Di un palmetazo en el hombro a uno de ellos, el cual se levantó desperezándose... ya iba a decir llorando...

-Amigo, -le dije- ¿no sabe Ud. decirme dónde es lo de Piria?

Mi pregunta no tuvo ni los honores de una respuesta, y ya iba de nuevo a sentarse el individuo, cuando lo contuve entregándole una moneda de 20 centésimos y renovando mi pregunta. El “lazaroni” guardó la moneda en el bolsillo y contestó:

-Señor, yo creí que Ud. tenía ganas de embromar, porque preguntar por lo de Piria aquí, es como preguntar si hay agua en el mar.

-Tendrá Ud. razón, -le dije- pero como soy forastero...

-Ya se conoce, repuso, pues sólo así se explica que Ud. ignore la casa que es más conocida que la ruda... Mire Ud., siga derecho dos cuadras y doble a la izquierda una cuadra; en la esquina Rincón, 82 y calle Treinta y Tres, 160.

Dicho esto volvió a su cómodo asiento, pues ya había trabajado mucho.”

EN LA MODERNA TROYA.

“Yo seguí en busca de mi incógnito: calle Treinta y Tres, núm. 160, una casa pintada de rojo, llena de inscripciones y cuadros, en el centro una puerta con varios letreros: dudo de si me habrá equivocado; pero el número es el mismo: aquí debe ser.

Doy un pequeño golpecito en la puerta, la que en el acto es abierta por un dependiente que con toda amabilidad me recibe, con la sonrisa en los labios y me invita a tomar asiento.

En una palabra, me encuentro en un escritorio en el cual había unos 10 o 12 individuos.

La descripción de este escritorio es extraña: sus paredes están tapizadas de plano, los que ofrecen un raro contraste por la claridad de sus colores (se me olvidaba decir que este escritorio se halla subdividido en dos piezas, en una de las cuales se encuentra el que mueve todos los títeres); una de las paredes está llena de estantes con un sinnúmero de cajones con las siguientes inscripciones:

Planos del Recreo de Las Piedras, planos de La Economía, planos del Barrio Gambetta, planos del Barrio Garibaldi, planos del Barrio Nueva Roma, planos del Barrio Castelar, planos del Barrio Nueva Génova, planos de etc.; programa de tal y cual cosa; en una palabra, aquello es un emporio de poblaciones...

Mientras yo me entregaba a observar las inscripciones y planos, la gente entraba y salía a granel.

Un dependiente que se encontraba en la misma pieza, no hacía más que recibir dinero; aquello era un continuo entrar y salir de gente. Unos que iban a pagar, otros a comprar terrenos, otros a venderlos, otros que se ocupaban en firmar vales: en fin, aquello era un pequeño Banco!

Media hora hacía ya que me encontraba de plantón, cuando cansado ya iba a retirarme.

En ese momento acababan de salir todas las personas que se encontraban en la pieza inmediata, y en el dintel de la puerta de comunicación de una y otra pieza, apareció un hombre, joven aún, que apenas contaría más de 30 años.

En su fisonomía hay algo que a la primera mirada me hizo simpatizar con él. Con la sonrisa en los labios me invitó a entrar, lo que hice automáticamente; todo esto sin proferir ni una palabra ninguno de los dos.

Hay fenómenos que son inexplicables, por ejemplo la simpatía.

¡Cuántas veces nos encontramos con un individuo a quien vemos por primera vez y ya le profesamos simpatía y concluimos por ser verdaderos amigos al cruzar el primer saludo!

Lo cierto es que, después de 10 minutos, Piria y yo éramos dos íntimos amigos. Y habiéndole manifestado el objeto de mi visita, me condujo en el acto a su gran taller de sastrería, el cual está contiguo al escritorio, en donde compré un Remington por apenas 55 reales.

¿Deberé decir que la sastrería, lo mismo que el escritorio, era un mar de gente? Durante media hora que permanecí en ella, entraron más de 200 personas; y ¿cómo no ha de frecuentar

el público ese establecimiento montado a la yankee, o a la parisiense, que es la misma cosa? ¿Cómo no ha de frecuentar el público un establecimiento en el que se hacen ricos trajes de casimir por la insignificancia de 6 y 7 pesos?

Apenas había transcurrido un cuarto de hora que me encontraba en esa Babel, cuando se presentó un señor vestido de rigurosa etiqueta, pantalón, levita, y chaleco negros y sombrero alto.

-¿Ve Ud. ese caballero? –me dijo Piria, tomándome del brazo y enseñándome al recién llegado.

-Sí. –contesté.

-Pues bien, -continuó Piria- es el Sr. D. Juan A., diputado de las Cámaras. Ese traje que lleva puesto lo ha comprado en mi casa y le cuesta 14 pesos.

-Mozo, -decía el diputado en ese instante, dirigiéndose a uno de los dependientes- deme Ud. un pantalón negro de casimir fino de a 25 reales.

Compró el pantalón y después de habérselo envuelto, desapareció con él. Aún no había pisado los umbrales de la puerta, cuando Piria, dirigiéndose a mí, me dijo:

-Ahí tiene Ud. un hecho que merece la pena estudiarse: en nuestro país hubo una época en que hubiera sido un bochorno para el que entrase en un establecimiento en que se vende tan barato como este, a fin de surtirse de ropa para uso.

Hace dos años recién, cuando yo inauguré este taller, en el que las personas de mediana posición no se atrevían a entrar porque se vendía muy barato, y muchas veces cuando veían a un individuo mal vestido, por no podernos hacer la competencia, solían decir algunos sastres, en alta voz, para que todos oyeran: 'Ese se vestirá en lo de Piria'.

En ese tiempo, y conociendo un poco el carácter de este pueblo, resolví tomar una determinación extrema, pues me costaba trabajo el atraer cierta clase de público; y ¿sabe Ud. lo que hice? Fue lo siguiente: abrí una puerta que da la calle Treinta y Tres, o sea al fondo del negocio, una puerta trastienda como aquí le llamamos, y viera Ud., amigo mío, los episodios que pasaban diariamente.

¡Figúrese que había individuos que lo menos pasaban veinte veces por la consabida puertita, hasta aprovechar la ocasión de que nadie lo viera para colarse de rondón!

¡Oh pueblo, cuán voluble eres! Ayer sucedía esto, y hoy, amigo mío, hoy la puerta esa está condenada, pues el público entra al taller como Pedro por su casa.

-Pero los sastres trinarán contra Ud. que ha venido a entorpecerles el oficio. –le dije.

-¡Ay amigo mío! –repuso Piria- los sastres son sastres, pero no comerciantes, y en esto es necesario ser más comerciante que sastre! Al principio, cuando yo comencé a vender trajes a 10 pesos, todos trinaban, poniendo el grito en el cielo, y de buena gana me hubieran hecho meter en la tipa, pues claro está que los que vendían hasta entonces trajes a 20 pesos como baratos y que yo vine a hacerles la competencia vendiéndoles a 10 pesos, claro está que esos fueron mis más decididos enemigos; pero se fueron convenciendo de que podían hacerse trajes al precio a que yo los hacía, por aquello de que nos habla el refrán, de que 'el loco, por la pena es cuerdo', y hoy tiene Ud. que todos aquellos que decían que yo era un gasta-oficio, que perdía dinero, que me fundía: pues bien, todos ellos hacen los trajes a 10 y 12 pesos... Pero ahora tenemos que 'la sirvienta ha salido respondona', como suele decirse, y yo estoy haciendo trajes de rico casimir a pesos 7,25. ¿Me alcanzarán?

-Los imposibles no existen, amigo mío. –repuse- Y Ud. sabe que ¡Volere é potere!

-Mi amigo –me contestó Piria- ¡El día que los sastres me alcancen, yo me retiraré de la escena!

-¿Y cree Ud. que está muy lejano ese día? –le pregunté.

-¡No! –respondió- Ya vislumbro los fulgores.

En este mismo libro folleto que, recuérdese, data de 1880, Piria habla de un tema que demuestra su visión, no sólo para sus negocios, sino para lo que tiene que ver con el quehacer

nacional; Piria dice que Durazno tendría que ser la capital de la República, un tema del cual todavía hoy se habla como algo revolucionario pero de futuro. Decía Piria:

“Durazno tiene que ser forzosamente la Capital de la República, el local llamado a ser la sede de Gobierno.

El día que eso suceda se establecerá una gran corriente de inmigración a todos los departamentos del centro. El día en que la sede del Gobierno, en vez de ser ese peñasco que se llama Montevideo, esté en el corazón de la República, podrán atenderse con más facilidad todos los puntos, satisfacer todas las necesidades, manteniendo la paz y el orden.

El país entonces se poblará como por encanto y el tránsito que llegará a establecerse en nuestros principales puertos será inmenso. La República sería el emporio de la América del Sur y Montevideo sería el primer depósito del Río de la Plata.

La capital en la ciudad de Durazno, a más de la valorización que reportaría para los propietarios situados en el centro del país, llevaría al corazón de la República una gran corriente de inmigración, propendiendo al desarrollo de la agricultura de una manera extraordinaria.

Al mismo tiempo la acción directa del Superior Gobierno sobre los demás departamentos sería más inmediata, resolviendo de esa manera el problema de nuestra tranquilidad interna.

De ese modo llegaríamos al gran desideratum, lo que tanta falta nos hace: brazos en abundancia y vida barata”.

*

Volvamos a los remates.

Piria tuvo frases que pasaron a la historia y que siguieron empleándose por otros rematadores aún mucho después de la muerte de Piria; frases como “en el corazón de la ciudad”, “en el riñon del Cerrito”, “ojo a la ganga”, “pichincheros aprovechen”, etc, slogans de gran eficiencia publicitaria por su manera de decir las cosas en forma entradora.

Cuando remató los terrenos de “Belvedere”, realizó su acostumbrada propaganda por la prensa, pero tan pintoresca como ésta, eran sus volantes impresos, adornados con dibujos alegóricos y el trazado de los solares a subastarse, además de una buena dosis de literatura promocional.

El plano del barrio “Belvedere” marcaba los terrenos de la calle Pedro Visca, teniendo por fondo la vía del ferrocarril del antiguo tren que transportaba carne de los mataderos de la Barra de Santa Lucía para el abasto de la ciudad.

Por el frente, indicaba el plano “el gran camino que conduce al Cerro”, hoy avenida Carlos María Ramírez. Y por la parte izquierda, los terrenos que se extienden hasta la hoy cancha de fútbol del Club Liverpool.

La parte donde forma el triángulo de Agraciada y San Quintín, estaba formado por una quinta, a cuyo frente había un almacén llamado “Almacén de Campella”. En el volante se leía:

REMATA EXCEPCIONAL

El más notable de todos los remates.

Solemne inauguración del barrio BELBEDERE

en la cuchilla Juan Fernández.

¡¡Aquello es ni más ni menos que
la calle 18 de Julio 20 años atrás!!

Además de los solares se remataba un palacio con su quinta, ubicado junto a la vía del tren, vivienda veraniega del propio Piria. Su precio era de 500 pesos al contado y el resto a 60 meses de plazo. 50 vagones de tranvía conducirían a la gente hasta el remate.

Pero, según su método, no subastó todos los terrenos, publicando más tarde este aviso:

CALLE AGRACIADA, del otro lado del Paso Molino.
Dos solares de 80 varas cuadradas cada uno,
en la parte más elevada y pintoresca.
Tienen entre los dos 25 varas de frente.
Se sacrifican a 1,70 la vara, a pagar en 60 mensualidades.

En 1888 Piria remata el “Pueblo Victoria”, que comprendía la zona adyacente a la de Belvedere hasta el arroyo Pantanoso, bordeando el arroyo Miguelete, pasando por donde está hoy día la Planta de Ancap. Salvo algunos solares vendidos particularmente a F. Lussich e hijos, conocidos por las canteras de Lussich, se remataba toda el área. En el volante explicaba Piria las ventajas del lugar, entre las que hacía referencia al entonces proyectado Balneario Capurro que luego se puso de moda:

LO VICTORIA limita con el mar, es decir con el Puerto: en el mismo centro, en el riñón
Por otros costados, en toda su extensión, limita con el Pantanoso, y por otro costado con
el Miguelete.
¡Recuerden lo que era el Riachuelo de la Boca, en Buenos Aires,
hace 10 años, cuando se compraban terrenos a 2 reales la vara
y que hoy valen 100 pesos!!
¿Tiene el Riachuelo la importancia del Miguelete?
¡No vale la pena demostrar la superioridad de este último!
Acho, hoy abandonado, entraban hace 40 años las balandras y goletas y hasta bergantines
ras con toda comodidad, y los terrenos se pagaban 2 y 3 patacones antiguos de 8 reales
cada uno!!
Un gran establecimiento balneario proyectado limita con estos terrenos.
¡Un millón de varas se rematan!
¡Dentro de varios años venderemos estos terrenos a 8 y 10 pesos la vara.!

En Pocitos vendió terrenos frente a la Rambla y el viejo Hotel que estaba construido en madera, sobre la misma playa, el que desapareció en la década de 1930. Se remataban a 0,10 y 0,15 la vara, pagaderos a 15 reales por mes; y solares sobre Bulevar Artigas a 0,90 la vara a pagar en 60 meses.

Para este remate partían desde la Plaza Independencia 20 vagones, con 6 vagones especiales “para conducir a las damas”, según reza el volante, y pondrían 10 minutos hasta el lugar de la subasta.

Todos estos parajes eran quintas perfectamente cultivadas, desde la calle avenida Italia hasta la rambla por los cuatro puntos cardinales, donde abundaban los árboles frutales. En el volante decía:

venderemos la quinta del mismo barrio, con edificio de material, aljibe, parrales, monte

frutal y 900 varas de terreno.
¡Una monada! ¡Por 200 pesos al contado y el resto en 20 meses!

También anunciaba el infaltable lunch:

DESPUÉS DEL REMATAZO ¡LUNCH!
2.000 succulentos pasteles de carne a la VISILLAC!
500 alfajores con dulce de leche a la MANGONEO!
500 pasteles de “cremona” legítimos, a la PLAYITAS!
100 botellas de champagne GRANJA AMORTIZABLE!
500 litros de vino blanco REVOLUCIÓN!
Pan y bizcochos en abundancia!
5.000 cigarrillos marca MORAL ADMINISTRATIVA!
Toda la inmensa cantidad de fruta que hay en la quinta queda
a disposición del público, PARA POSTRES!

Como se ve los remates eran colosales. Todo era un banquete para satisfacer al más exigente, pero tan populares se habían hecho estos remates y la concurrencia tan numerosa, que acudían familias enteras a disfrutar del picnic gratuito. Por lo tanto Piria se vio obligado a hacer este agregado al volante.

Recomiendo mucho que los guisos y mamporras se queden en su casa y no vayan a ocupar un sitio en el tren que puede ser ocupado por algún interesado que puede ser comprador.
Hago esta advertencia porque hay una caterva de jovencitos orilleros que por variar la costumbre de callejear y dragonear a las muchachas, se dan el corte de invadir nuestros vagones tomándolos de asalto y sirviéndonos de estorbo.
A eso: no vengan, que se pelarán la frente.
Sigán dragoneando.

Y en seguida agregaba:

Hacemos extensivo el aviso a todos los que se largan con el colegio casero, y seis, ocho, diez o doce criaturas. Déjense de jeringar y vengan solos si quieren. Los chiquilines estorban y no los admitimos.

Aún con ese lenguaje fuerte y severo, Piria lograba su objetivo de llevar tras de sí grandes contingentes de probables compradores o simples curiosos. Algunos lo seguían a donde fuera, sabiendo que en cualquier momento podían encontrar la Gran Oportunidad.

Cuando remató los solares que abarcan las calles Constituyente, Eduardo Acevedo, Yaro, Jackson, Charrúa y Guaná, imprimió el consabido volante con el plano correspondiente, donde anunciaba:

¡EL PRIMER REMATE DEL RENACIMIENTO!
¡Fiado a todo el que se presente!
¡Por lo que quieran dar!
¡Lo que se pone a la venta pasa bajo las horcas caudinas del martillero
que ha hecho doce mil ochocientos sesenta propietarios

en la Nueva y Novísima ciudad y sus contornos!

En algunos de sus remates, al detallar el programa del lunch, recomendaba, a diferencia de otras veces como se vio, que trajeran a los niños, como cuando remató el barrio “San Martín”. El mismo estaba comprendido entre las calles Tapes, Asencio, Abayubá y Suarez.

La jornada empezaba con una banda de música encabezando un convoy que partía desde 25 de Mayo y Maciel, al que se le sumaban 10 vagones en Ibicuy y Uruguay, con otra banda, transportando gratis a la concurrencia. Los trenes salían a la una y debían llegar a las dos de la tarde. Inmediatamente empezaba el remate, terminando en una hora, y a las 3 ofrecía el lunch, según rezaba el volante:

unto refresco general: cerveza, licores y refrescos con hielo.

Los que quieran helados se les servirá jícara de chocolate con bizcochos.

En seguida 3.000 postres de la Cremona y 5.000 cigarros habanos.

nuo: palo enjabonado, sortijas, carreras, y cuando llegue la noche todo el mundo a casa, que para eso habrán 22 vagones para conducir gratis a todo el que quiera visitar la localidad.

Se recomienda a los padres de familia que lleven hasta los niños de teta, pues como estos remates van siendo los últimos que va a efectuar

La Industrial, es nuestro deseo que concurra el mayor número posible y que lleven sus mujeres, pues en ciertos momentos la opinión sensata, previsor y conservadora de éstas, podrá resolver al marido a que se haga propietario, mientras que estando solo tal vez titubeará.

¡YA ESTÁN NOTIFICADOS!

¡No faltar!

Además, y paralelamente, Piria seguía publicando folletos que distribuía gratis en La Industrial. Uno de los más interesantes es el que publicó a principios de la década de 1890, época de graves crisis económicas. En el folleto explicaba la conveniencia de su sistema de ventas a plazos, a la vez que fustigaba a las sociedades anónimas y a los constructores de barrios –refiriéndose sin duda a Reus-, y a los que invertían dinero en acciones para esas empresas.

iedades anónimas que se fundaron con tanta profusión y entusiasmo y espontaneidad, hubieran tenido a la cabeza algo más que soñadores, otro gallo cantaría, y al desastre lo hubiéramos esperado con el valor real y positivo y productivo. Lo decimos por los que invirtieron construcción de barrios enteros, que malamente y como óptimo resultado, producirán el 6% al año.

Se refería, claro está, a las crisis sufridas por el país durante los últimos años de la década de 1880, donde la propiedad territorial sufría alzas y bajas desastrosas. Muchas veces el gobierno tuvo que tomar medidas en el asunto para evitar mayores proporciones. Pero Piria también criticaba a los gobernantes, que para salvar el desastre, creaban impuestos como medida urgente.

¿Merma la renta? -se dijeron.

Pues ¡aumentemos los impuestos!

Ahí tienen el botón para muestra el pueblo que espera la iniciativa oficial.

Esa viene siempre, ¡pero es para desplumarlos!

Piria tenía una tremenda decepción, porque nunca fue oído en sus obras, huérfanas de todo apoyo oficial. No creía en esa clase de iniciativa tomada y prometida por los políticos, que no se preocupaban –según él del progreso del país, y sí de entorpecer toda iniciativa privada.

En uno de los volantes de propaganda que imprimió cuando remató los terrenos del Pueblo Victoria, decía refiriéndose a la desidia oficial.:

Las cosas han llegado a esta situación por la RAZÓN DE ESTADO de que:
antes que el país está la política, y ante todo están los trapos blancos y rojos
que de tanto andar con ellos ya parecen fregones de cocina!

Nosotros, en cambio, vivimos a la bartola, mientras que con una
indiferencia que raya en la estupidez, observamos con toda CACHAZA los
rápidos progresos de la República Argentina, de esos YANQUEES SUD AMERICANOS! ¡Y
se nos cae la cara de vergüenza!

¿Nosotros qué hacemos?... tomamos mate, símbolo de la holgazanería,
y hablamos de política, de partidos, de blancos y colorados, de Oribe y de Rivera, de
escándalos y vergüenzas, de robos y degüellos!!!

Cualquier país medianamente organizado que poseyera una Bahía como
la nuestra y dos riachuelos como el Miguelete y el Pantanoso y se encontrara en nuestras
condiciones, ya haría tiempo que tendría un puerto
de primer orden y canalizados ambos arroyos!

No está lejano el día que Montevideo recupere a perpetuidad la supremacía
Marítima que le corresponde en el Río de la Plata!

Cualquier gobierno moral puede hacer un gran puerto sin desembolsar un peso y haciéndose
una fuerte e importante renta anual.

Continuemos con el folleto anterior y su jugoso contenido:

Las sociedades anónimas operan en tierras dentro de la capital, mientras que a siete leguas
afuera tenemos desierto, ¡el abandono! ¡la miseria!

Y la tierra subía de precio cada día más, a medida que subían los papeles litográficos que se
llamaban acciones, como pudieran llamarse,
con más propiedad, ¡clavos!

“Papeles litografiados” llamaba Piria a las acciones desvalorizadas. Y no era para menos.
En la época referida las sociedades anónimas se sucedían vertiginosamente, apareciendo y
desapareciendo como por encanto. En la Bolsa de Valores la propiedad territorial subía,
inflándose y desinflándose como un globo, tanto que en una oportunidad se edificaron en un
año 1.800 casas; produciéndose, ese mismo año, una crisis donde cayó el Banco Mauá y
Montevideo, que arrastraron a la Sociedad Territorial, cuyas acciones bajaron, de la noche a la
mañana de 200 a 4 pesos.

Por eso Piria consideraba un engaño esa clase de sociedades, y más adelante agregaba:

¡A nosotros se nos tachó de locos!
¡Y solamente nosotros arrancamos la venda de los ojos al pueblo
sumergido en esa borrachera de progreso!

Se refería Piria a su sistema de venta y sus beneficios, así como a la seguridad de
inversión en las compras de terrenos a La Industrial. Esa era una de las finalidades del folleto,
y lo exponía con ejemplos dignos de su psicología y sociología aplicada a la propaganda de
sus ventas a plazos. Y si atacaba ácidamente a las sociedades anónimas, que en juegos

sospechosos de bolsa hacía subir y bajar los precios para dejar en la miseria a los incautos, era porque, desde su punto de vista, ese juego era perjudicial para las clases modestas, sus mejores clientes.

Al mismo tiempo publicaba Piria este aviso en “La Nación”:

LA INDUSTRIAL – Empresa particular fundada en 1873.
Capital efectivo 3.000.000 de pesos.
Compra y vende terrenos en la capital y sus contornos,
ya sea solares, chacras, quintas o huertas.
Para tratar concúrrase a la oficina de La Industrial (que sin ser banco,
hace muchas más operaciones que muchos titulados Bancos reunidos),
calle Treinta y Tres N° 160.

Es importante notar de qué modo insistía Piria en el asunto de los Bancos, diciendo que su casa hacía más operaciones que muchos titulados Bancos, frase que reforzaba su propaganda y aseguraba a los inversores de la solvencia de su negocio, el que ofrecía más garantías que las operaciones bancarias.

En un folleto posterior echaba mano de otro de sus fuertes slogans, el que era sostener el engaño que significaba la lotería para la economía del pobre, ilusionado en enriquecerse de la noche a la mañana. Decía que era un vicio pernicioso, al igual que las pulperías.

La lotería y la pulpería –según él-, no dejaban nada más que engaños al pueblo, que gastaba sus ahorros en algo que no conseguirían nunca. En cambio, la compra de sus terrenos era una inversión segura y eficaz, el mejor ahorro para la seguridad en la vejez.

El folleto estaba redactado con un jugoso lenguaje nada académico y muy especial, dirigido –con habilidad, en sentido publicitario- a convencer a la gente sencilla, aunque por eso no dejara de “hacer el papel de Genzo del Capitolio, dando el grito de alarma”, como decía él. Es posible, sin embargo, que también especulara con el “crack” que aún a principios del siglo XX tenía a la gente en ascuas.

De cualquier modo, era una llamada sensata a la cordura, y si bien hizo su negocio, también realizó obra constructiva y derrochó el bien, proporcionando a millares de personas modestas hogares con su sistema de crédito.

NACE UNA CIUDAD

En la vida de todo hombre de empresa existe un momento que puede decidir su futuro. La ambición de riqueza coloca todos los impulsos y toda la experiencia en una mira concreta: el negocio más brillante aún. Los años traen cautela y aguzan el sentido de oportunidad y el criterio. Pero también puede ocurrir que ese hombre de empresa se mueva con ideales, lo cual no está reñido con los negocios. Es preciso entonces agregar al criterio una gran fe y una visión certera proyectada en el porvenir. Así surgió la ciudad balnearia de Piriápolis, y así su fundador desdeñó la millonaria prosperidad de un barrio porteño.

Moría 1890 y entre otros negocios que se le abrían a Piria, estaba la compra de todo el área del famoso barrio Caballito. ¿Piriápolis o Caballito? Al filo del nuevo siglo la duda no

cabía. Buenos Aires asomaba a ser la gran ciudad. Constitución, Retiro, Congreso, La Boca, Caballito... eran sus firmes realidades. Piriápolis era todavía arena desierta y una inversión allí significaba la ruina segura. Piria sabía que dar vuelta a la compra de Caballito no muy tarde significaría calificarlo por él mismo el gran error de su vida. Y le dio vuelta la cara: el 5 de noviembre de 1891 corrió la aventura comprando 2700 cuadras, desde la falda del Pan de Azúcar hasta el mar.

Ese mismo año había realizado un viaje a Europa, visitando Ostende, Biarritz, San Sebastián, El Lido, Trouville, El Bósforo, Rusia y Río de Janeiro. Este viaje, luego de contemplar tanta belleza, le hizo ver las posibilidades turísticas en la explotación de las costas uruguayas. Piria se decidió, pues, a explorar nuestras costas.

Realizó una gira en breack, pernoctando muchas veces incómodamente, en el breack y otras en hoteles donde por cama tenía un catre, por luz una vela sobre un destartalado cajón y por lavabo una lata de kerosene que ya había perdido la forma por la abolladuras y la ausencia de limpieza, como le sucedió en el “Hotel del Gato”, en San Carlos.

Piria visitó Punta del Este, pero no le gustó por considerarlo demasiado pequeño para sus proyectos. Se prendó, en cambio de la zona que es hoy Piriápolis. El deslumbrante telón de paisajes despertó en Piria una visión irresistible. Años más tarde explicaba: “Yo sentí todo el calor ardiente de una pasión de enamorado, y desde ese momento surgió en mi imaginación la ciudad balnearia”. Y agregaba: “El campo era un desierto, una tapera desplomada única población y algunos alambrados caídos cuando lo adquirí. Poco después hice el trazado de la futura Piriápolis, y cuando el agrimensor Alfredo Lerena vio mi proyecto exclamó: “Hermano, tú estás loco.”. Un año más tarde vio Lerena cuarenta mil pozos de un metro cúbico abiertos en todas las calles, boulevares, avenidas y plazas. Volvió un año más tarde y vio cuarenta mil árboles de más de dos metros de alto”.

Piria se entregó al balneario realmente con pasión de enamorado, y en el mismo año de la compra, como ya vimos, inició la titánica empresa de extender la plantación de miles de árboles de diversas variedades, que cubren toda la extensión del declive entre el cerro Pan de Azúcar, el cerro del Toro, el cerro San Antonio y el mar. Es una obra que le puso a la cabeza de los plantadores del país y que le valió la concesión de una medalla de oro en 1910, y un premio de 10 mil pesos que él destinó para la construcción de la escuela de Piriápolis.

La primera construcción de Piriápolis fue el ciclópeo castillo de Piria, su residencia inicial, obra del ingeniero Aquiles Monzani, el que se compone de tres pisos superpuestos, franqueados de torreones y almenas.

Plantó 250 hectáreas de viñas y 200 olivos traídos de Italia. Importó 50 mil castaños injertados, de dos metros de alto. Al llegar éstos al puerto de Montevideo solicitó transportarlos a Piriápolis por vía marítima. Se le negó caprichosamente el permiso, y se vio obligado a llevarlos en carretas. Sólo llegaron dos castaños en condiciones de plantarse, los otros se estropearon.

-Estos cerros debían ser bosques de castaños, en cambio están cubiertos por árboles salvajes por la incompreensión de los gobernantes. —decía Piria con amargura.

No fue ese el único problema: en invierno se tardaba tres días en llegar en diligencia, y como era peligroso enviar dinero para pagar a la gente que estaba trabajando en la construcción de Piriápolis, Piria mandó imprimir unos billetes en forma de vale, con los valores de cincuenta centésimos, un peso y cinco pesos. Pero el Municipio de Maldonado, que estaba contra la obra de Piria, puso el grito en el cielo y el gobierno de Julio Herrera y Obes, por intermedio de su ministro Francisco Bauzá, ordenó a Piria retirar los vales, a pesar del visto bueno del Fiscal del Gobierno que estaba de acuerdo con este procedimiento.

Lo mismo sucedió cuando Piria dio su nombre a la zona balnearia. Maldonado protestó, especialmente sobre el puerto, que llevaba el primitivo nombre de “Puerto del Inglés”. El asunto se llevó a la Cámara, pero Piria triunfó. Poco después decía al respecto:

-¡Habrased visto! Los pelucones retrógrados de entonces, que no concebían tanta audacia! Habrased visto mayor atrevimiento de ese porvenir de Piria. ¡Pero yo no cejaba! Anunciaba mientras en los diarios la Ciudad Balnearia de Piriápolis”.

Ya entonces funcionaba la bodega, cuyos toneles procedían de la prestigiosa casa Guilly Hermanos, de Nimes, Francia, cultivando 250 hectáreas con un millón doscientos mil cepas europeas injertadas sobre pie americano. Estas cepas pertenecían a 137 variedades diferentes, llegando a elaborar medio millón de litros de vino.

A la par que Piria había hallado una nueva industrialización, la que sus copiosas canteras de granitos diversos, pórfidos y mármoles en el Cerro Pan de Azúcar, contruía “La Central”, con cuatro grandes edificios para alojamiento de 150 obreros que en ciertos años llegarían a muchos cientos.

La playa fue parcelada y subastada, como las loteadas en sus barrios montevideanos. Luego surgieron los primeros hoteles. El primer hotel fue un barracón de madera que había servido de sede a una exposición de la época en la actual Plazoleta del Gaucho, en Montevideo. Piria lo compró, lo hizo desarmar y trasladar a Piriápolis, donde lo hizo armar otra vez y lo habilitó como hotel en 1900 –adelantándose cincuenta años casia las viviendas prefabricadas.

El Gran Hotel Piriápolis (actual sede de la Colonia Vacacional) se inauguró en 1908, con capacidad para 300 personas, contando con 140 habitaciones, despensas, bodegas, depósitos, halls, salones, espejos de Santi Gobain, pinturas de Benzo, plantas tropicales y un plantel de pasteleros y cocineros de gran categoría. Así comenzó la época social de Piriápolis.

Piria efectuó allí obras como jamás realizó en el país ningún particular. Después de 1910 construyó el puerto de Piriápolis, a donde llevó enseguida los vapores de Buenos Aires, con billetes integrales de turismo, adelantándose a todos los industriales en el tema, y creando verdadera escuela de excursionismo; la Rambla de los Argentinos, de 7 kilómetros de extensión, toda amurallada, macadamizada y arbolada, el ferrocarril, que cubría los 15 kilómetros que separaban Piriápolis de la estación de Pan de Azúcar, en contacto directo con Montevideo; una usina generadora de energía eléctrica que alumbró toda la ciudad; la Iglesia y variadas construcciones de ornamentación y de recreo, como el Parque de las Rosas – plantando 30 mil rosales-, la Cascada, la Fuente del Toro, la Fuente de Venus, el templete de San Antonio, etc.

Muchos millones invirtió Piria en sus “sueños de balnearios”. Luchó denodadamente contra las inclemencias del tiempo, contra la gente que le destruía los árboles, contra el mar que destruía los murallones que afirmaban su puerto, contra los políticos que querían hundirlo, pero decía:

“-Yo no pertenezco a la raza de los que aflojan, ni siquiera de los que se detienen, porque detenerse en el curso de una obra es quedarse atrás. ¡Cuánto hay que luchar para hacer el bien! –agregaba.

Piria seguía, como toda su vida usando la publicidad. El, que debía todo en gran parte a la ayuda poderosa de la publicidad, en los momentos difíciles, cuando estaban contra él anunciaba, para defenderse y mostrar al pueblo su pasión y su obra gigantesca e injustamente incomprendida. Decía:

“-Muchos tragaron saliva amarga, pero Piriápolis triunfó e hizo brecha... quince años más tarde empezaron a surgir los imitadores, a los que soy el primero en aplaudir. Surgieron pues la fundación de los balnearios en un país donde los que se bañan en el mar, son una excepción, y es por esto que nosotros hacemos la gran propaganda en la Argentina, que es donde gastamos de 12 a 15 mil pesos oro anualmente en publicidad.”

La propaganda, como se ve, era de gran peso: Piria invertía 15 mil pesos oro, que para aquella época significaba un rubro considerable para publicidad. Piria fomentaba e intensificaba el turismo hacia Uruguay con la propaganda. Hoy en día el turismo es fuente de grandes recursos para el país, deja millones de dólares, y ese dinero llega, en su gran mayoría,

de Argentina. Es justicia, pues, decir que esto es fruto de la propaganda que Piria realizó constantemente en pro de nuestro turismo.

En 1918, en un folleto destinado a la Argentina, Piria decía:

“Los encantos de Piriápolis no los tiene ningún balneario del mundo y no es esto una botarada quijotesca, sino una palpitable y tangible realidad. Nosotros hemos recorrido el mundo entero, visitando todas las playas más famosas, y no hemos encontrado ninguna tan completa como esta.

Playa mansa, suave, cubierta de fina arena cuarzosa, agua salada, en pleno océano, montañas que besan el borde del mar, bosques sombríos colosales, al lado de la misma playa: se sale del agua y se encuentra en el bosque, o se sale de la playa y se entra al hotel.

Aguas minerales de gran éxito e inestimable valor, que no se explotan porque falta tiempo, pues en Piriápolis el tiempo falta para todo.

Hay de novecientos a mil hombres que trabajan día a día todo el año y la obra no lleva miras de terminar, ni terminará, mientras tengan aliento y vida, pues allí, la evolución creadora avanza y se desdobra multiplicando de día en día los encantos de ese verdadero paraíso terrenal.

Todo allí es encanto, vida exuberante y sonriente. Piriápolis es el regenerador de las naturalezas débiles, de los anémicos, de los cloróticos, de los cansados de la vida, de los que quieren descanso, de los que sufren de insomnio, de nervios, de ‘soumenaje’, que es la enfermedad del siglo”.

A pesar de la obra hercúlea que estaba realizando Piria para bien del país, no dejaba de ser cuestionado. Y no sólo los elementos naturales conspiraban contra la obra de Piriápolis. El Gobierno también decidió dar por caducado el plazo concedido para la terminación del puerto y su pequeño ferrocarril, publicando en el diario oficial esta resolución:

“...no habiendo Piria terminado la construcción de la escollera dentro del plazo concedido, el Gobierno ha resuelto caducar la concesión, apoderarse del puerto y trenes adyacentes, de todas las máquinas, vagones y material”.

Pero poco más tarde se rectificó esa decisión quedando todo sin efecto. Piria, enérgico y herido en su amor propio, refiriéndose a esta resolución, manifestaba:

“¡Un puerto y un ferrocarril regalado al Estado!

¡¿Es justo que, como excepción, se me haya castigado?!”

La frialdad oficial y la apatía con la que los poderes públicos trataban los esfuerzos de este trabajador, que no pedía apoyo financiero sino facilidades y tranquilidad en la realización de su obra, eran injustas.

A pesar de esta desidia gubernamental, no siempre lo trataron así. Llegó el momento de los halagos y aplausos de hombres significativos en la administración pública, como en el caso de Baltazar Brum, entonces Presidente de la República, quien cuando visitó Piriápolis dejó escrito, de su puño y letra, este pensamiento terminante:

“Entre nosotros, hasta ahora, sólo se agradecen los servicios prestados por los héroes. Pero cuando la consciencia pública amplíe su concepto sobre la gratitud, los hombres que, como Piria, han consagrado toda su vida en crear una obra de alta civilización, figurarán con justo título, en la galería de los grandes bienhechores del país”.

La oposición de Piria al oficialismo fue una lucha sin cuartel. Aún al filo de su vida escribía contra esa intromisión y falta de colaboración con la industria nacional.

En 1926 publicaba un artículo en “La Tribuna Popular” (fue copropietario de ese periódico), en los momentos que se construía el edificio de Correos para el cual se empleaba granito importado. Decía Piria:

“No defiendo mis intereses. No defiendo mis canteras de Piriápolis, las más ricas del mundo, en donde hay más de 70 variedades de granito, labradorita y pórfidos. Yo no necesito la ayuda de los clientes del Uruguay. Abro mi mercado a la Argentina, que allí tengo amplio campo”.

Después, en ese mismo artículo se detenía a considerar el estándar de vida de los obreros uruguayos con los extranjeros, aduciendo que el uruguayo vivía mal y comía peor.

La verdad es que Piria sentía una entrañable admiración por las riquezas minerales de esta tierra. Sería con vistas a su negocio, pero lo cierto es que contribuía a difundir por el extranjero esas riquezas, llevando en sus frecuentes viajes a Europa una valija cargada de piedras y mármoles uruguayos, sosteniendo que eran tan buenos o mejores que los de Carrara.

Cada vez más emprendedor, Piria construyó finalmente uno de los hoteles más gigantescos de Sud América: el Argentino Hotel, cuya piedra fundamental colocada en 1920 por el entonces Presidente Baltazar Brum, e inaugurado en 1930, a un costo descomunal para la época de 5 millones de pesos.

Esta colosal obra tiene 120 metros de frente, por 70 de fondo y 6 plantas, albergando 1200 personas. Originalmente la cocina del hotel, rotisería, fábrica de helados y dependencias, ocupaban una superficie de 2.000 metros.

En la cocina, los hornos de panadería que hizo instalar Piria, podían abastecer toda la ciudad de Montevideo. Se contaba además allí con cámaras frigoríficas para 2 millones de huevos con temperatura uniforme, cocinas con 40 hornallas y 40 hornos y ollas a presión que cocinaban tres bolsas de papas en tres minutos.

En el piso bajo estaba instalada la usina hidroeléctrica, baño caliente y frío de agua salada, sección gimnástica eléctrico-sueca, salones para billares, salones de peluquería, salón manicura, etc.

Independiente del hotel estaba el edificio para maquinarias, fábrica de hielo, más cámaras frigoríficas y generadores de vapor para cocinas, lavandería y planchado. El garage tenía capacidad para 200 coches. Piria, además, trajo la lencería de hilo de Italia, la vajilla de Alemania, la cristalería de Checoslovaquia y el mobiliario de Austria.

Indudablemente la obra de Piriápolis pertenece a la historia: en la actualidad resultaría casi imposible llevarla a cabo.

Como complemento de este capítulo ofrecemos tres textos que bien vale la pena citar casi en totalidad. El primero pertenece al periodista Héctor Vollo, y fue publicado en forma de folleto en el año 1899. Es el único relato completo, de primera mano, que existe sobre los primeros años de Piriápolis. Los siguientes textos son del propio Piria, escrito uno en 1927 y que muestra la otra cara de la moneda: lo mucho que tuvo que soportar Piria para llevar su obra adelante. El otro es un fragmento de su libro “El Socialismo Triunfante”, una novela de anticipación publicada en 1898.

PIRIÁPOLIS EN 1899

Relato del periodista Héctor Vollo.

“Cuando desemboqué en el andén de la Estación, con la maleta colgando de la mano derecha y en pleno cabeceo, los lentes resbalados hasta la punta de las narices, el sombrero echado para atrás y el bastón bajo el brazo izquierdo amagando a cuanto transeúnte caía a su alcance, los más fidedignos relojes de Montevideo acababan de dar las 6 y media de la mañana y sin embargo el primer tren de Minas que, según el horario, debía haberse marchado a las 6 y 20, todavía estaba allí.

Mi silueta, discretamente grotesca bajo las sacudidas de aquella carrera, fue enseguida avistada, de entre la muchedumbre viajera de Semana Santa que poblaba el andén, por el ojo vigilante del jefe de nuestra expedición, don Francisco Piria, quien, abriendo los brazos con un

ademán de reproche y de satisfacción a la vez, me condujo al vagón adonde nos habían ya precedido los demás compañeros.

Ya en el vagón y mientras la locomotora se ponía en marcha, de una rápida ojeada abarqué a los compañeros de la expedición.

El sexo gentil estaba representado por una señorita, pariente de nuestro anfitrión; el comercio, por el señor Juan Antonio Piria, hermano de don Francisco; las ciencias exactas, por el ingeniero Carlos Honoré, del Ministerio de Guerra y Marina; y el arte, por el joven pintor español Emilio Mas.

En cambio, las personas que se hallaban en ese mismo tren y que se dirigían a diferentes puntos de la línea de Minas y de La Sierra para pasar alegremente los días de Semana Santa eran legión. De ahí que enseguida chisporrotearon muy animados los fuegos de la conversación en toda la línea.

En nuestra rueda se habló en grande y de todo. Don Francisco Piria, cuando metió baza, dio rienda suelta a su espíritu de observación, haciendo una crítica aguda y sarcástica a nuestro sistema tributario, que para los efectos del impuesto afora del mismo modo los campos flor, que gozan los beneficios del ferrocarril, y los bañados que dormitan en la inacción, lejos de todo camino nacional y departamental y de toda línea de ferrocarriles.

En la estación de Pando el ya numeroso grupo de cazadores que iba en nuestro tren recibió el refuerzo de otro buen contingente. Luego empezó el desgrane, bajando varios grupos en Olmos, en Las Toscas, en Mosquitos, en Piedra de Afilar y otros parajes.

Ese desgrane no obstó, sin embargo, que el contingente que se dirigía a La Sierra nos obligara a esperar casi una hora para sentarnos a la mesa en el restaurant de aquella estación, donde almorzamos antes de subir al breack que debía conducirnos a Piriápolis, meta de nuestro viaje.

II

Hace apenas cinco años que este nombre de Piriápolis ha empezado a sonar, primero tímidamente, debido quizá a sus vibraciones fonéticas de marcada etimología griega y por lo tanto exóticas en un todo para los oídos criollos, después con extraordinaria resonancia que, ante una mirada perspicaz, bastaría de por sí sola para revelar el poco común caudal de actividad que sabe desplegar su fundador.

En su génesis campea lo inesperado.

Allá por el año 91, don Francisco Piria experimentó algo así como el antojo de hacerse de unas cuantas cuadras de campo para descansar periódicamente en ellas de sus tumultuosas tareas diarias. Pudo entonces creerse que este repentino asomo de tan marcada tendencia quietista en un temperamento incansable y batallador como el suyo fuera síntoma de decadencia. Pero los hechos inmediatos demostraron que era sencillamente el preludio de un nuevo, más vigoroso y más ancho período de actividad.

Apenas experimentado ese deseo, apresurose a convidar a algunos de sus amigos para una gira de placer, cuyo objeto era precisamente el hallazgo del rincón apetecido, y el día después se puso en camino hacia la zona del este.

Aquellos descansados Argonautas recorrieron varias leguas vichando infructuosamente el vellocino de oro, hasta que una tarde fueron a parar a una pulpería sita en las proximidades de Pan de Azúcar, cuyo paisaje delicioso acababa de hacer profunda mella en el encumbrado y reacio gusto estético de la comitiva.

Casualmente, a la misma mesa se sentaron el dueño del campo, quien, por un conjunto de razones, quería vender su propiedad, y el jefe de los Argonautas, que estaba ya resuelto a comprar por cualquier precio. Como era natural, al poco rato entre aquellos dos polos opuestos funcionó la vieja fuerza de atracción y, antes de que se apurara la última copa, el trato estaba arreglado en perfecta forma.

Así don Francisco Piria se hizo de 2700 cuadras, situadas desde la falda de Pan de Azúcar hasta el mar, en la zona que perteneció a don Leonardo Olivera, uno de los patriotas que en la región del Este más contribuyeron a la independencia de la República, el mismo que personalmente tomó la fortaleza de Santa Teresa, entonces ocupada por fuerzas brasileras.

Enseguida, persiguiendo la realización completa de su deseo –un rincón para descansar en él periódicamente- abordó la transformación de esas 2700 cuadras, que acababa de recibir en un estado absolutamente primitivo, levantando, para vivienda de los primeros pobladores encargados de los trabajos rurales, los ranchos que se ven en las proximidades de la playa y que fueron bautizados con la denominación de Puesto Viejo.

Sucesivamente plantó una cuadra de viña, otra de hortalizas, otra de maíz, etc., etc., únicamente para las necesidades locales, sin vislumbrar aún ni siquiera un rasgo del vasto plan agronómico, balneario e industrial que está rápidamente tomado en la actualidad.

Profano todavía en la agricultura, pagó su aprendizaje a costa de su bolsillo y en razón directa de la ineptitud de sus primeros coadyudantes, cayendo, entre otros, en el error de plantar tabaco antes de efectuar las indispensables obras de riego –todo lo cual don Francisco Piria relatará, para enseñanza de los futuros pichones de agricultores, en una obrita que está escribiendo en los ratos perdidos y que se titulará ‘Mis barbaridades agrícolas’.

Por su parte, las autoridades de los tiempos afortunadamente pasados, consecuentes con su programa de liquidar al país a la mayor brevedad, lo aporrearón con un encarnizamiento sin ejemplo. Primero desviaron el trazado ferrocarrilero del Este, cuya línea debía pasar por su campo; luego, dándose cuenta de que ese golpe, que hubiera partido por el eje toda otra empresa, dejó a Piriápolis vivo y coleando como antes, le buscaron camorra con el asunto de los vales, en los que la miopía de cierto funcionario creyó descubrir nada menos que todo un stock de papel moneda y que el Fiscal definió de lícitísimo y legalísimo mecanismo para las necesidades internas del personal; y por fin poniendo trabas a la introducción de veinte mil castaños que así se perdieron antes de llegar a destino.

Esa guerra desleal, mezquina y antipatriótica no puede extrañar a nadie, si se tiene en cuenta que las iniciativas valientes como la de Piriápolis, que a más de beneficiar a toda una zona, honran al país en el exterior, constituyen el más severo reproche contra las malas autoridades que, disponiendo de los poderosos resortes inherentes al mando, se encierran en la esterilidad más escuálida, cuando no hacen el mal por ignorancia o perversidad, mientras un solo hombre bien intencionado, activo e inteligente de cima a una obra que, sin sombra de exageración puede calificarse de colosal.

III

Serían las dos de la tarde cuando, los invitados en un breack y nuestro anfitrión en una volanta, propiedad ambos del establecimiento de Piriápolis, dejamos la Estación de La Sierra.

Recién entonces comenzamos a fijarnos en el paisaje que, a esa altura, es uno de los más pintorescos de la República, pues a las líneas rectas y monótonas de la llanura ya subentran las anfractuosidades de la montaña.

En primer término se divisa e Betete, flanqueado por otros cerros menores; más allá La Sierra de la Ánimas delimita el horizonte hasta empalmarse con el sistema orográfico del departamento de Minas.

Y no menos interesante es el terreno ondulado que estábamos recorriendo, cubierto de maleza agreste, entre cuyo verde asoman a intervalos blanqueando los blocks graníticos que anuncian la proximidad de la montaña.

Pero Piriápolis no aparecía.

Recogido dentro de una gran cuenca rodeada por una sierra que se encorva en forma de herradura y cuyas cumbres principales se denominan Cerro del Inglés, de los Toros, de Pan de

Azúcar y de los Burros, permanece oculto a la mirada del viajero, y recién se revela de golpe, como un escenario en el acto de levantarse el telón, cuando aquel franquea sus límites.

El panorama que entonces se abre dilatadamente, arranca una exclamación de asombro, pues la transición entre la campaña casi virgen y la apoteosis de la agricultura científica y moderna no podría ser más brusca y repentina.

La zona exclusivamente agronómica de Piriápolis es una gran extensión de viñedo, repartido en cuadras lozanas, cuyo conjunto ofrece el aspecto de un gigante damero, circunvaladas de zanjas que aseguran el drenaje permanente y garantizan a las cepas ese terreno seco que es condición indispensable para conseguir cosechas sumamente aptas para la vinificación.

Todos los postes, así de los alambrados que soportan las parras, como de los que demarcan las varias fracciones del viñedo, son de granito procedente de las canteras del establecimiento, y el número de los colocados hasta la fecha alcanza la cantidad imponente de cuarenta mil.

Una esbelta red de sendas anchas, llanas y sólidas, pone en rápida comunicación las varias secciones del establecimiento, desembocando en los dos caminos principales que cruzan Piriápolis, uno de Norte a Sur y otro de Este a Oeste, y casi todo ese sistema de vialidad está flanqueado por hileras de hermosas coníferas que confieren al elegante conjunto el aspecto de un vasto jardín.

Numerosas construcciones blanquean sobre aquel fondo verde.

Pero la nota más vigorosa rompe de las aéreas almenas del gran castillo, habitual residencia de la familia del propietario, situado en una loma que domina señorialmente toda la cuenca, al pie de los cerros que rodean el costado Nord-Este de Piriápolis.

Cuando se piensa que, hace apenas siete años, aquellos campos estaban sumidos en la misma áspera y primitiva soledad que vio a los charrúas aborígenes labrando piedras en los montículos de la contigua playa para armar sus flechas de punta de pedernal, y que donde ahora prospera la vid se enroscaban al sol las víboras de cascabel y de la cruz, y donde se levantaban las actuales cómodas viviendas cruzaban libremente los pumas y los gatos monteses que bajaban de la sierra minuana, entonces se experimenta un sentimiento de legítima admiración por el hombre que ha efectuado con sus solos recursos y contra viento y marea esa asombrosa transformación, y se calcula la suma de progreso que podría realizar este país si la caterva de los inútiles fuera contrabalanceada por un núcleo de ciudadanos de la misma talla que la del fundador de Piriápolis.

IV

En el castillo se nos esperaba desde el mediodía, pero, debido primero al atraso de hora y media con que el tren llegó a La Sierra, y luego a la larga vigilia que nos costó el almuerzo, nuestros vehículos se detuvieron frente al portalón de entrada recién después de las cuatro.

Fuimos recibidos por la señora de la casa, una hermana de ésta y la hija del señor Prospero Renaux, mayordomo del establecimiento, muy competente enólogo venido expresamente de Francia hace dos años y medio.

La señora nos instaló en un departamento de piso bajo, una serie de aposentos corridos, especialmente destinados a los huéspedes y, dejándonos apenas el tiempo necesario para quitarnos el polvo de encima para refrescarnos las manos y la cara, nuestro anfitrión, que, como todos los hombres de acción, es el mismísimo movimiento perpetuo, nos llevó enseguida a dar una vuelta por el parque en formación y a visitar la bodega que acaba de construirse.

Se levanta el castillo, bonita obra arquitectónica del ingeniero Aquiles Monzani, en una loma, que le sirve de adecuado basamento y que confiere mayor esbeltez a sus tres pisos superpuestos, franqueados de torreones y almenas. A su frente se abre un ancho camino en declive que empalma con la arteria longitudinal de Piriápolis, en cuya confluencia están plantadas las primeras obras de defensa del castillo, las que consisten en unas torrecitas con grandes verjas simulando el puente levadizo.

Todo ese perímetro, así como una regular zona que se extiende a los lados y detrás de la residencia señorial de Piria, están dedicados al parque que se viene formando bajo la dirección de dos jardineros traídos de Montevideo.

Las estatuas de bronce y de terracota, un verdadero pueblo de estatuas, los jarrones y los demás adornos, importados directamente de Europa, se hayan ya colocados en los varios canteros.

Está también colocado un múltiple sistema de cañerías de hierro galvanizado para el riego del parque, las que se alimentan en una gran pileta-depósito, adonde llega el agua extraída de un manantial sito a 750 metros de distancia por un poderoso molino a viento que eleva una columna de dos pulgadas y media de espesor a 40 metros de altura.

En el costado Este del parque se planteará en los comienzos del mes entrante un bosquecillo destinado a encuadrar en su verde marco el perfil del castillo.

Visitamos también en nuestra gira la caballería, imponente edificio que se está construyendo en la falda de un cerro bautizado por Piria con la denominación de Cerro de los Gigantes, atento a los grandes blocks de Sienita que coronan su cumbre; la quinta, cuya extensión abarca dos cuadras y en la cual se cultivan varios frutales y hortalizas; el palomar y el gallinero, construidos por la carpintería y por la herrería del establecimiento.

Hay que advertir que tanto el hermoso camino que se abre frente al castillo, como el parque, representan una muy considerable suma de trabajo, pues, por lo que se refiere al primero, hubo que acometer grandes movimientos de tierra, cientos de miles de carradas, para darle el actual declive uniforme, en cambio de las bruscas ondulaciones que presentaba en su estado primitivo. Y por lo que se refiere al segundo, fue necesario extraer grandes masas de pedregullo y reemplazarlas con humos traído de bastante lejos.

Por fin nos dirigimos a la bodega, que se encuentra en la cuesta meridional del cerro Pan de Azúcar, haciendo pendant con el castillo.

Pero esta importantísima dependencia del castillo merece capítulo aparte.

V

La bodega es otra vigorosa manifestación de la actividad de don Francisco Piria, cuya idiosincrasia despreciadora de los obstáculos merecería un lugarcito en el libro de Lessona 'Volere e potere'.

En efecto, hasta principios de diciembre pasado, en el paraje donde aquel edificio extiende sus macizas paredes, ni las excavaciones para echar los cimientos se habían empezado aún. Las reducidas cosechas de los años anteriores –reducidas especialmente porque sobre el viñedo, todavía en formación, habían caído las siete plagas de Egipto bajo forma de filoxera, de langosta, etc., y, sobre todo, bajo forma de la ineptitud de los mayordomos anteriores, de los que uno llegó hasta quemar un sinnúmero de cepas con una solución antiparasitaria de proporciones sencillamente reventadoras.

Los primeros golpes de pico sonaron la mañana del día 20 de dicho mes y, desde entonces, de 80 a 100 hombres trabajaron incesantemente en la obra, porque el período de la vendimia se aproximaba rápidamente y Piria había dicho: Cueste lo que cueste, este año vinificaremos en la nueva bodega.

El mismo ingeniero, fundándose en su larga práctica, sostenía que aquello no podía ser, atento también a la circunstancia de que los materiales debían arrancarse de la contigua cantera y que toda construcción en piedra demanda mucho más tiempo que las de ladrillos.

Pero el fundador de Piriápolis se salió con la suya, pues el 28 de febrero, es decir, 70 días después, no solamente la bodega estaba concluida, sino que además los grandes toneles traídos de Francia estaban armados y perfectamente instalados.

Este edificio, que se puede citar como ejemplo de solidez, está incrustado en la falda del cerro que flanquea el Pan de Azúcar, entrando en un corte de tres metros y medio. Sus cimientos miden tres metros, su luz sesenta por once, sus costados nueve de alto y sus paredes ochenta y cinco centímetros de espesor.

En toda su longitud corren dos series de ventiladores, de las que una inspira y la otra expira, manteniendo, toda vez que se precise, una aereación constante y poderosa.

Los grandes toneles instalados hasta ahora, algunos de ellos de proporciones verdaderamente mastodónicas, proceden de la casa Gilly Hermanos, de Nimes, una de las más acreditadas de Francia, y son de una fabricación especial, extraordinariamente sólida.

Para armarlos, ha venido expresamente el miembro de dicha razón social, señor Francisco Gilly, un joven muy inteligente que ha sabido valerse para su trabajo de elementos criollos pertenecientes al personal de Piriápolis, entre los que, según me dijo, ha logrado formar dos discípulos que prestarán buenos servicios a las instalaciones ulteriores del establecimiento.

Los toneles montados son : cuatro de 30.000 litros, diez de 15.000, dos de 10.000 y dos de 6.000, los que, conjuntamente con otros dos de 5.000 que se han traído de la cave del castillo, forman, así para empezar, la pequeñez de 312.000 litros.

Digo para empezar, porque enseguida se instalarán 15 toneles más, de 15.000 cada uno, alcanzándose aproximadamente el medio millón de litros.

Sin embargo, don Francisco Piria ha bautizado todo aquello con el modesto título de “primera sección de la bodega”, y para ello ha tenido el pequeño motivo de que en los comienzos de la primavera próxima construirá, a continuación, la segunda, de idénticas dimensiones, y, detrás del actual edificio, en las entrañas del cerro ya mencionado, la tercera, toda abovedada, para la conservación de vinos finos.

Como se ve, el motivo, aunque pequeño, es de algún peso.

Pero hay algo más: a la izquierda de la primera sección y sobre una elevación soberbiamente panorámica, se está construyendo un chalet de dos pisos, de material y con líneas de palacete, para vivienda del mayordomo del establecimiento, y a su costado se levantará enseguida, durante el invierno próximo, la “sección lagares”, de 80 metros longitudinales, adonde los carros vendimiadores llevarán las uvas que pasarán de inmediato a la trituradora movida a vapor y de pisón continuo.

Complementará esta grandiosa bodega, única en Sud-América, un sistema de cañerías especiales, por las que el vino, una vez fermentado, pasará al gran filtro y a los toneles por simple presión natural.

Todas estas instalaciones se están efectuando de estricta conformidad con los más modernos y mejores sistemas de vinificación, bajo las órdenes directas del mayordomo, señor Prosper Renaux, que es un inteligente especialista de la materia, pues hace más de veinticinco años que se dedica con entusiasmo a la viticultura y a la enología.

En Avignon, lugar de su nacimiento, el señor Renaux posee un establecimiento congénere que no desmerece al parangón de los mejores existentes en la tierra clásica de la vinificación.

Ya de noche, regresamos al castillo trayendo en la cabeza toda una colección de agradables impresiones y en el estómago un vacío casi neumático, pues los aires de Piriápolis reúnen las virtudes digestivas y tónicas de todos los aperitivos habidos y por haber.

Como un tropel de estudiantes hicimos irrupción en nuestros aposentos para reparar con un poco de toilette los desperfectos acarreados a nuestra mise por el reciente paseo.

En esta tarea nos sorprendió el anuncio, traído muy correctamente por un garçon de la casa, de que la comida estaba en la mesa.

Hay que advertir, de una vez por todas, que don Francisco Piria, encarnando munificentemente ha concentrado en su castillo todo el confort deseable, resolviendo triunfalmente el problema de vivir en el campo con todas las más refinadas comodidades de la capital.

Por de pronto, su mansión, que está amueblada regamente, posee una selecta colección de cuadros y de estatuas, como para proporcionar los goces elevados y serenos del arte; una escogida panoplia, en la cual las armas de caza están anchamente representadas; una buena biblioteca; los más conocidos juegos de sociedad, inclusive un excelente billar, etc., etc.

Luego hay un servicio irreprochable, empezando por el de la cocina, cuya alta dirección está a cargo de un cordon bleu que es todo un especialista, de la escuela francesa, y que ejerce su misión con la dignidad de un apostolado.

Así, toda vez que don Francisco Piria, demorado por los quehaceres del establecimiento, llega a almorzar o a comer con algún retardo, invariablemente le sale al paso su cordon bleu quien, con cara severa y desolada al mismo tiempo, le dice: ¿Pero son estas, don Francisco, las horas de venir a comer?... ¡Y su estómago!... ¡Y su salud!...

Complementa ese servicio una cave repleta de los más exquisitos vinos de Europa, que ya empiezan a tener relaciones de buena vecindad con los cosechados en Piriápolis.

Además, el alumbrado es a gas, a la espera de que se instale la luz eléctrica, lo cual, según todas las probabilidades, se llevará a cabo en el invierno entrante. Una red telefónica pone en comunicación el castillo con todas las dependencias del establecimiento, inclusive la casilla del guardacosta que vigila el puerto.

Cuando entramos en el comedor, lujoso salón amueblado al estilo medieval, con grandes trofeos de armas colgando de las paredes; los dueños de casa y los demás comensales estaban ya reunidos, de manera que en el acto tomamos asiento alrededor de la mesa.

Conjuntamente con otros vinos, se nos sirvió el de Piriápolis, tipo Chianti, que se pondrá en venta en Montevideo a mediados de este mes y que yo no vacilo en proclamar desde ya como uno de los mejores vinos nacionales, así por el bouquet muy agradable, como por el grado alcohólico y por sus demás cualidades.

Al finalizar la comida, don Francisco Piria mandó destapar una botella de la cosecha de hace cinco años su degustación causó verdadero entusiasmo. Es un rubí muy diáfano, cuyo sabor oscila entre el Gattinara y el Bordeaux. Puede exhibirse como victorioso echantillon de la superioridad geológica y climática de Piriápolis para el cultivo de la vid.

VII

La mañana siguiente, día de viernes santo, en el departamento destinado a los huéspedes hubo algarabía desde muy temprano, a pesar de que en la noche anterior la sobremesa se había prolongado en amena conversación hasta horas bastante avanzadas.

Después de tomar café, que, dicho sea de paso en el castillo Piriápolis se sirve con un cortejo muy apetitoso de salchichón, queso, manteca, dulces y miel de abejas, procedente de las colmenas que se encuentran en los cerros de los alrededores, don Francisco Piria nos condujo a recorrer el viñedo y a visitar La Central, conjunto de sólidos edificios de piedra, donde está instalado el núcleo principal de la peonada del establecimiento. Pero previamente

nos armó para que los aficionados a la caza pudieran hacer algún tiro, dado que se presentase la oportunidad.

Consta el viñedo, actualmente en plena producción, de 250 cuadras, cuyo número en el invierno entrante será elevado considerablemente. Representan estas 250 cuadras un millón doscientas mil cepas europeas, aproximadamente, de las cuales más de la mitad está injertada sobre pie americano.

Es en un todo soberbio el golpe de vista que ofrece el gran viñedo, seccionado y cultivado con un esmero que le confiere el aspecto de un jardín, y es asombrosa la fecundidad de la mayor parte de las variedades que posee el establecimiento, pues en muchas parras, todavía muy jóvenes, hemos contado hasta cincuenta racimos de uva.

Del viñedo pasamos a La Central que, debido al día feriado, pues el reglamento interno a más de los domingos, considera días de descanso también año nuevo, viernes santo y navidad, se hallaba a esa hora en plena animación.

Los peones iban y venían, ocupados en sus quehaceres particulares, conversaban reunidos en grupitos, fumaban casi todos cigarros italianos, aunque su mayoría se compone de elementos criollos que, bien organizados y despojados de sus costumbres materas y contemplativas, resultan muy buenos labradores.

La Central se compone de cuatro edificios que rodean un gran patio y en los que se alojan, entre capataces y peones, ciento veinte personas. A éstas hay que agregar las familias instaladas en las varias casitas que blanquean de trecho en trecho todo alrededor, de manera que el personal del establecimiento no baja de ciento cincuenta hombres.

Esta gente está organizada en la siguiente forma: un grupo para la vendimia, otro para la bodega, otro de carreros, otro de aradores, otro de peones de albañil, y otro que trabaja en la cantera.

El de vendimiadores se compone de cincuenta hombres, repartidos en cinco cuadrillas: cuarenta y dos de ellos cortan las uvas, los demás la recogen en grandes canastos y la llevan a las tinas de los carros que las transportan a la bodega. Hay cinco carros que trabajan en esa faena.

La cosecha del corriente año empezó el 16 de marzo y sigue todavía mientras escribo estas líneas, oscilando entre 15 y 22 mil kilos diarios. Una vez concluida, el personal actualmente ocupado en ella se dedicará a la plantación, a la poda y demás trabajos campestres.

Son admirables el orden que reina entre aquellos ciento cincuenta obreros del campo y el casi isocronismo con que todo procede en el establecimiento, pudiendo citarse como rasgo muy significativo la particularidad de que jamás ha ocurrido allá una riña que trascendiera a vías de hecho.

Don Francisco Piria trata a su gente con verdadera cordialidad democrática, sin salir nunca, ni cuando parecería que hubiese motivo del clásico 'ridendo castigat mores', que se encuadra a las mil maravillas en su temperamento sarcástico. Piria se mezcla de muy buena gana en sus reuniones festivas, haciendo esgrima de ocurrencias chistosas y de ese esprit criollo que, bajo el sabor agreste, tiene toda la elegancia esbelta y elástica del florete europeo; escucha personalmente sus quejas; jamás rechaza a los que golpean a la tranquera de su propiedad pidiendo trabajo –pero es inflexible en exigir la estricta observancia del reglamento interno, redactado por él y pegado en las puerta de La Central como uno de esos edictos que los feudarios de la edad media bandían a sus vasallos.

Consta dicho reglamento de cincuenta y ocho artículos y de una especie de lema que pinta a don Francisco Piria de cuerpo entero y que dice textualmente así:

'El patrón da su dinero para que el peón le devuelva el equivalente en trabajo. Así como, vencido el mes, el patrón debe pagar, es justo que, durante el mes, el peón trabaje. Aquel que no cumple con su deber y que, debiendo trabajar, hace sebo, roba a su patrón. El peón que roba a su patrón será despedido del Establecimiento.'

Las disposiciones contenidas en él son fruto de larga experiencia y de inteligente observación practicadas sobre el trabajador en general y sobre el elemento criollo en particular, y a más de marcar las funciones de cada unidad en la economía de aquella vida colectiva, abarca también el terreno de la urbanidad y la moral. Como muestra muy expresiva, he aquí algunos de sus artículos:

- 17- Cuando los encargados de cuadrilla o de La Central deben hacer una amonestación a algún peón, lo llamarán aparte, observándole lo que crean necesario y con buenas maneras.
- 28- Están absolutamente prohibidas las discusiones políticas sobre los partidos blanco y colorado. El que contravenga esta disposición será despedido en el acto.
- 36- Queda prohibido todo juego de lucro en el Establecimiento. Si alguno contraviniera esta disposición, será denunciado a las autoridades para que le apliquen el castigo.
- 41- Todo peón que se presente ebrio será despedido en el acto del Establecimiento.
- 42- Es absolutamente prohibido proferir palabras soeces y aquel que, una vez amonestado reincida, será despedido.
- 51- A todo peón que entre en el Establecimiento se le leerá este reglamento, significando con su ingreso que se compromete a cumplirlo en un todo.'

Las tareas del personal de Piriápolis reconocen como reguladores la campana y la bandera de La Central. A la primera campanada la gente se levanta, a la segunda sale a trabajar y al izarse la bandera interrumpe sus faenas.

En La Central está el escritorio del establecimiento, el depósito de los comestibles, el horno donde se cocina pan todos los días, y un almacén que expende vino, bebidas, cigarros, tabaco, papel y fósforos. De los demás artículos la gente se surte ya en el cercano pueblito de Pan de Azúcar, ya a la llegada de los mercachifles que concurren a Piriápolis todos los domingos.

Finalmente, en las inmediaciones está la herrería y la carpintería del establecimiento, ésta última a cargo de un vasco muy trabajador y muy ingenioso, cuyas habilidades enciclopédicas abarcan simultáneamente la construcción de muebles y la compostura de guitarras y acordeones, inclusive toda la múltiple serie de obras que caven entre estos dos extremos...

En la recorrida se nos fue toda la mañana sin que a ninguno de los expedicionarios se le presentara la oportunidad de disparar un solo tiro. En cambio cazamos, y en grande, en el viñedo, catando sus múltiples variedades de uva, y hasta probando, en el almacén de La Central, la grappa elaborada por el establecimiento.

VIII

Después del almuerzo, y mientras todavía estábamos saboreando una copita de coñac elaborado en el propio castillo, don Francisco Piria puso en discusión la forma en que debíamos pasar la tarde.

Como en toda asamblea democrática, hubo en un principio discordancia de ideas: Sainz Rosas propuso que fuéramos a pescar, utilizando el bote y los aparejos del guarda costa; Juan Antonio Piria insinuó con mucha sorna que convenía salir a cazar torcazas, fundándose primero en que hubiera sido deprimente volver a Montevideo con el morral vacío, y luego en que por la tardecita las palomas bajan a los cardales; el ingeniero Honoré mocionó para que diéramos un paseíto a caballo por los alrededores; y yo opté por una ascensión al cerro Pan de Azúcar.

Sin embargo don Francisco Piria logro uniformar esos diferentes pareceres decretando que fuéramos a caballo y armados de escopetas al Pan de Azúcar, en cuya falda unos se entrenderían cazando y otros darían rienda suelta a sus aficiones alpinistas.

Un cuarto de hora más tarde la comitiva emprendía muy alegremente el camino rumbo al Pan de Azúcar, cuya masa esfumada los habitantes de Punta Carretas suelen divisar, durante los días muy diáfanos, en las del Este.

El Pan de Azúcar (420 metros de altura), está situado al Norte de Piriápolis y se levanta en forma de cono de vertiente muy abrupta en sus costados meridional y occidental. Su aspecto es imponente y ceñudo por los grandes blocks de granito, desnudos de toda vegetación, que asoman de trecho en trecho en sus cuestas, y que coronan su cacumen.

Es de este cerro que proceden las espléndidas muestras de granito que don Francisco Piria ha traído a Montevideo y que han despertado la admiración de profanos y entendidos, por su grano compacto y por la hermosura del color y de la contextura que se revela a la pulimentación. Allá hay una mina susceptible de abastecer de materiales nobles la construcción del puerto de Montevideo y de cuanto edificio se levante en las dos orillas del Plata durante muchos años.

El ingeniero Honoré, que cabalgaba a mi lado, me venía suministrando durante el trayecto sus opiniones científicas acerca de la constitución geológica de dicho cerro, cuya falda estábamos ya pisando.

La disertación del ingeniero Honoré coincidió con el alto dado por don Francisco Piria, advirtiéndonos que a esa altura debíamos apearnos para comenzar la ascensión con rumbo a unas grutas situadas a unos cincuenta metros arriba de nuestras cabezas.

Nuestra comitiva subió muy descansadamente y así llegamos al pie de una gran piedra que en su parte inferior, a la altura de la cabeza de un hombre, parece labrada, o cuando menos, ofrece vestigios de frotamiento y también manchas de ocre, el color preferido de los charrúas para pintarse la cara antes de entrar en pelea.

Después de una corta etapa, reanudamos la ascensión hasta dar con las grutas arriba mencionadas, donde encontramos una variada colección de helechos y de claveles del aire, cuyas hojas puntiagudas y rizadas formaban en algunos puntos verdaderos festones colgantes de la bóveda granítica.

Iniciamos luego la bajada, contemplando el hermoso panorama que se abría hasta el océano ante nuestra mirada, mientras don Francisco Piria nos bosquejaba los proyectos que está madurando para la explotación de su soberbio granito.

Ya a caballo, nos dirigimos a La Central para llenar el número de nuestro programa relativo al paseo, y caímos en plena reunión de pueblo piriapolense. El almacén estaba atestado de vendimiadores, de carreros, de aradores, de albañiles y de picapedreros, formando un conjunto cosmopolita, donde se oían el idioma español al lado de los idiomas francés y alemán, la chanza criolla cruzándose con la cuchufleta piamontesa y lombarda.

Nuestra llegada no suspendió ni estorbó la parranda; por lo contrario, ésta subió de punto por el contingente de chascarrillos y de salidas humorísticas con que don Francisco Piria se mezcló a la festiva reunión de sus trabajadores, quienes, en nada cortados por su carácter de patrón, le rodeaban, en esa justa espiritual de ocurrencias, intentando inútilmente rendirlo con la superioridad numérica, pues encontraban siempre la punta de su florete sarcástico, que muy flemáticamente paraba y andaba a fondo con una elástica rapidez que le hubiera envidiado un maestro de esgrima.

IX

El día después, fue tomando café que confeccionamos el programa de la nueva jornada y quedó resuelto que dedicaríamos la mañana a la ascensión del Calvario, cerro situado al Este de Piriápolis, y a la tarde un paseo a la playa, con baño respectivo.

Acto continuo nos pusimos en marcha, y de paso dimos una ojeada al molino a viento que sirve para triturar huesos para abono, cortar leña, moler maíz y que, al mismo tiempo, extrae del contiguo manantial y eleva a cuarenta metros de altura la columna de agua de dos pulgadas y media de espesor que alimenta el gran depósito para los gastos del castillo, la irrigación del parque y la de la cercana quinta.

Hay además en Piriápolis otros dos grandes molinos del mismo sistema, aunque de menor potencia, uno de los que abastece de agua a La Central.

Nos metimos después entre las grandes hileras de los olivares, imponente plantío que constituye otro factor de prosperidad futura pero infalible y de largas proyecciones para el establecimiento, pues en cuanto estos miles de arbolitos alcancen el tiempo de la fructificación, don Francisco Piria instalará un gran molino con los aparatos más modernos para moler las aceitunas y para suministrar aceite a todo el país.

Tan es así que en el invierno entrante seguirá el plantío de esta misma especie y en escala siempre mayor, disponiendo el establecimiento al efecto de un vivero que contiene grandes cantidades de olivos injertados.

Por fin empezamos la proyectada ascensión del Calvario, un cerro sumamente pintoresco, de poca elevación y de declive suave. El fundador de Piriápolis ha bautizado ese cerro con la denominación de Calvario, en primer término por su aspecto hosco y en segundo lugar porque ha resuelto colocar en su cumbre una estatua de Cristo.

La estatua de que hablo se encuentra ya en el punto designado, todavía encerrada en el cajón dentro del cual fue traída de Europa, y en estos días se levantará el gran basamento que le debe servir de soporte para que pueda ser divisada desde gran distancia.

Un rasgo excéntrico de don Francisco Piria:

Cuando recorre los cerros de su dominio semi-feudal, Piria marca invariablemente su paso con una serie de pequeñas hogueras, en prender las cuales gasta todos los fósforos que lleva en el bolsillo y después los de sus acompañantes. La cosa había llamado mi atención durante el paseo del día anterior al Pan de Azúcar, pero no me fijé mucho en ello suponiendo que se trataba de una pura casualidad incidental. Tuve empero que modificar mi criterio cuando la constante repetición del acto también durante la ascensión del Calvario me hizo comprender que se trataba de un verdadero sistema. Y así es.

En cuanto descubre un puñado de pasto árido o un manojo de ramas secas se apresura a juntar todo el combustible que encuentra a su alcance y le pega fuego. Después se aparta tres o cuatro pasos y se regocija con el espectáculo, primero de la columna de humo denso y turquí, y después con las llamaradas y con el chisporrotear de la hoguera. Viendo aquello una rendija de luz cruzó por fin mi cerebro y me apresuré a preguntarle:

-Dígame, don Francisco, ¿de dónde es usted oriundo?

-Mis padres eran genoveses.

-¿Y sus abuelos o tatarabuelos?

-Griegos.

-¡Ah!, caramba, ahora comprendo perfectamente.

-¿Qué es lo que comprende usted?

-Una de dos: o que su apellido originalmente era Pira claro y redondo, o que deriva en línea recta del vocablo pir-pirós, el cual en griego significa fuego. Y en ambos casos queda perfectamente explicada la tendencia que tiene usted por las fogatas.

Don Francisco Piria, como buen descendiente de griegos, sonrióse áticamente y luego me dijo:

-Está muy bien; pero usted no pone en la cuenta mi herencia genovesa, en virtud de la cual, si yo quemo la maleza, es para que del terreno abonado por la potasa broten esos pastos tiernos que engordan más pronto al ganado que se destina a las carneadas del establecimiento. Así, mi clasicismo griego, se armoniza perfectamente con mi positivismo ligure.

Todavía más interesante resultó la segunda parte del programa adoptado para ese día y que abarcaba un paseo al puerto de Piriápolis y un baño en aquella playa. Salimos a caballo, apenas concluido el almuerzo, dirigiéndonos hacia el Sur, atravesando la zona oriental de Piriápolis, para recorrer al propio tiempo las grandes plantaciones de eucaliptus, acacias, pino, etc., realizadas con el doble objetivo de resguardar el viñedo del pampero, que es el único viento dominante de la región, y de constituir un importante núcleo forestal para las necesidades del establecimiento de la futura ciudad balnearia.

Al poco rato nuestra comitiva estaba en marcha, encabezada como siempre, por el infatigable don Francisco Piria.

Desde el camino que acabábamos de tomar, nuestra mirada abarcaba con mucha nitidez todo el gran viñedo hasta sus más pequeños detalles y entonces nos dimos cuenta, con mayor exactitud de los días anteriores, de la importancia que tiene, tanto en la esencia de su magnitud, como en su utilidad práctica, el sistema de zanjas cavadas en los costados de los varios cuadros de aquel gigantesco damero.

Antes que se efectuara esa obra, las copiosas lluvias, al bajar de los cerros circundantes con extraordinaria violencia, determinaban grandes arrastres de tierra causando verdaderos destrozos en las primitivas plantaciones del establecimiento.

Aquello costó más de diez mil pesos, pero el serio inconveniente quedó eliminado por completo, y además, actuando las zanjas como un eficaz drenaje permanente, el terreno del viñedo adquirió ese estado de sequedad que aumenta las buenas cualidades de la cosecha para la vinificación.

Observamos también que todas las secciones del establecimiento están perfectamente alambradas y munidas de tranqueras, las que se cierran cuidadosamente por el personal, de conformidad con lo dispuesto por el artículo 50 del reglamento interno, que conmina con una multa de veinte centésimos a todo empleado que deje abierta una portera. Las que dan a los caminos principales tienen además su respectivo candado, cuyas llaves están confiadas a los capataces. Como se ve, el orden y la buena organización reinan soberanamente hasta en los pormenores más secundarios en aquel establecimiento modelo.

Al cabo de media hora de trote, entramos en la región forestal, donde verdea la imponente masa de más de dos millones de plantas, entre eucaliptus, acacias, pinos, etc.

Las sendas que recorrimos por entre el espesor de aquella vegetación lozana son muy variadas, y todas ellas sumamente pintorescas. Hay trechos donde la sombra se torna casi penumbra permanente, y donde la luz del día orilla muy lejos, como si ojeara por las rendijas de una vasta gruta.

La región forestal, que abarca una extensión de diez cuerdas por treinta, llega hasta la playa, donde se han hecho también plantaciones de pinos marítimos. Para el transplante de este invierno, don Francisco Piria tiene en sus viveros cien mil árboles más, debiendo los trabajos respectivos comenzar a fines del mes entrante.

En un rincón del bosque que acabo de mencionar, y en las proximidades de la playa, está situado el Puesto Viejo, conjunto de ranchos que don Francisco Piria levantó, enseguida de tomar posesión de su propiedad, para vivienda de sus primeros trabajadores.

El Puesto Viejo está ocupado en la actualidad por un italiano que tiene el encargo de cuidar las recientes plantaciones, desempeñando a la vez las funciones de guardabosque.

Del Puesto Viejo enderezamos la marcha a la playa, cuya proximidad se anunció poco después por la naturaleza más arenosa del terreno y por las agudas exhalaciones salitrosas que comenzaban a flotar en el aire.

A esa altura nos metimos en el camino que atraviesa longitudinalmente todo Piriápolis, de Norte a Sur, y que empalma en el que conduce al pueblito de Pan de Azúcar: camino que en

ese punto tiene forma de sólida calzada, pues anteriormente aquello era un peligroso tembladeral, seco y firme ahora merced al sistema de zanjas ya mencionado.

Por este camino, el día en que tomen impulso adecuado la ciudad balnearia, la explotación del granito y el comercio de los vinos de Piriápolis, podrá construirse, con gastos muy reducidos, un ferrocarril que pondrá en rápida y directa comunicación con el muelle la ciudad susodicha, las canteras del cerro Pan de Azúcar y la bodega a la vez.

Entre tanto, mientras no llegue ese día, don Francisco Piria organizará desde el verano próximo, un servicio de ómnibus a lo largo de ese mismo camino, para la locomoción barata y cómoda de los bañistas.

Sigue nuestra marcha, y ya en las inmediaciones de la playa, divisamos a nuestra derecha y a nuestra izquierda una serie de montículos artificiales, con todas las características de los análogos que se encuentran a intervalos en la costa de los departamentos de Maldonado y de Rocha y que han atraído vivamente la atención de los viajeros entendidos de paleontología indígena.

Como es notorio, hay motivos para sospechar fundadamente que se trate de montículos tumulares, bajo los cuales los charrúas enterraban a sus deudos. Y parece también fuera de duda que al mismo tiempo esos montículos eran algo así como talleres donde los charrúas labraban puntas de pedernal para sus flechas, globos de granito para sus boleadoras, morteros para moler ocre, etc.

XI

El puerto de Piriápolis, que desde esos montículos se abarca en toda su extensión, tiene exactamente la forma de una media luna, en cuyos cuernos occidental y oriental se levantan los cerros del Inglés y de los Burros, que dan nombre a las puntas respectivas. Dichos cerros, conjuntamente con el de los Toros y con una altiplanicie en la cual está delineada la ciudad balnearia, constituyen un gran marco que encierra dentro de un ambiente de profunda quietud toda la playa, confiriéndole el aspecto de un enorme anfiteatro abocado al imponente escenario del océano.

No creo que ningún punto de la costa del Este pueda competir con la ensenada que allí puede apreciarse, puesto que el paisaje tiene un encanto delicioso, fruto de la combinación de lo agreste, multicolorde y festivo de la montaña con la vasta y sublime sinfonía del mar.

Esta ensenada, que es la playa limpia, se conocía hasta hace poco bajo la denominación de puerto del Inglés, desde que los buques ingleses, que se dedicaban exclusivamente al tráfico de negros con Buenos Aires, en su viaje de retorno hacían escalada en ella para cargar cueros, a cuyo efecto se había construido allá un pequeño muelle, que nada tiene que ver con el actual.

Como se ve, Piriápolis posee un puerto natural de los mejores que, a no dudarlo, será un poderoso factor de su rápido desenvolvimiento y de su prosperidad.

También el muelle de Piriápolis, o mejor dicho su crónica, lleva el sello de las contrariedades que azotaron despiadadamente los comienzos de la obra de don Francisco Piria y que, sin embargo, fueron dominadas por su temple indomable y por su firme constancia.

El buque que traía el material necesario para la construcción, sorprendido por una violenta tempestad antes de llegar a su destino, tuvo que embicar en la costa perdiendo toda su carga... Hubo, pues, que apelar a la santa paciencia y comenzar todo de nuevo.

Este invierno don Francisco Piria levantará un establecimiento balneario, el cual se inaugurará a principios del verano entrante, conjuntamente con los grandes remates de terrenos en la ciudad balnearia.

No hay por qué agregar que el proyecto, dirigido por un hombre tan práctico, tan activo y que no ha escollado en la realización de ninguna de sus iniciativas, se llevará a la práctica con gran amplitud y será coronado de éxito completo.

Entra en el plan también la construcción de dos hoteles, uno frente al establecimiento de baños y otro situado en la misma ciudad balnearia, dejando a los bañistas la elección del que más le guste y mejor le convenga.

Y de más está decir que los vapores de la carrera llegarán entonces hasta el puerto de Piriápolis.

XIII

La mañana del domingo de Pascua don Francisco Piria nos hizo recorrer la zona occidental de Piriápolis, con el objeto de que viéramos, antes de llegar a la ciudad balnearia, una abundante mina de carbonato de cal, que se halla ubicada en un costado del viñedo y que ha sido descubierta hace apenas algunos meses.

De la mina pasamos a la ciudad balnearia, que yo conceptúo el resorte capital de la prosperidad de Piriápolis, resorte que va a funcionar espontáneamente apenas el señor Piria le de el impulso inicial.

Para ubicarla, se ha elegido la altiplanicie que se extiende en la parte meridional del establecimiento, a una altura de sesenta metros sobre el nivel del mar y en las proximidades de la playa. Ocupa un área de seiscientas manzanas (treinta cuadra por veinte) y ha sido delinada con la misma orientación higiénica de La Plata y con estricta sujeción a las normas de edificación.

Posee 16 grandes plazas, diez espaciosas avenidas diagonales, 56 calles y un gran bulevar que cruza la planta urbana de un extremo a otro, en una extensión de cuarenta cuadras, y va a empalmar en los principales caminos de los departamentos de Este. A los costados de ese ágil y grandioso sistema de vialidad se ha plantado desde el invierno anterior cuarenta mil eucaliptus, así como suena.

El área deslindada y perfectamente amojonada para construcciones alcanza a quinientas manzanas, divididas en solares de mil metros cuadrados, o sea 1.355 varas cada uno. Y el remate de dichos solares comenzará en la próxima estación balnearia, en condiciones al alcance hasta de los bolsillos más modestos, merced a esa forma de pago por cuotas mensuales casi imponderables que, manejada por don Francisco Piria, ha revolucionado en Montevideo la propiedad territorial, fraccionándola y colocándola en las manos de la clase trabajadora.

El remate de los solares empezará en la próxima estación balnearia y no es difícil prever que no habrá en ambas márgenes del Río de la Plata persona atinada y de buen gusto que pierda la oportunidad de adquirir, con el simple ahorro diario de un fósforo y de un cigarrillo, según la gráfica expresión de don Francisco Piria, un terrenito en el futuro centro veraniego y balneario, que promete resultar, para los rioplatenses, lo que eran Ercolano y Pompeya para los romanos antiguos, sin la molesta y peligrosa vecindad del Vesubio.

Cada uno de esos solares de mil metros cuadrados se venderá a pagar en mensualidades de cincuenta centésimos, de manera que, con una cuota de sólo 6 pesos

al año cualquier quidam podrá hacerse del terreno necesario como para edificar toda una quinta digna de Luculo.

En el mismo centro de la ciudad y en la primavera entrante, se dará comienzo a la construcción del gran edificio destinado a hotel balneario para los turistas que prefieran la altiplanicie a la playa, donde, como he consignado anteriormente, se levantará otro hotel, rodeado de pinos y eucaliptus.

Para la concurrencia que se traslade de Montevideo a Piriápolis por tierra, el señor Piria ha obtenido de la empresa del Ferrocarril que expendan al efecto billetes especiales con una fuerte rebaja sobre los precios ordinarios, y además organizará un servicio de breacks desde la

Estación de La Sierra hasta la ciudad balnearia y viceversa, para toda llegada y salida de trenes.

Por fin, habrá una línea de pequeños ómnibus que pondrá en rápida comunicación el hotel situado en la altiplanicie con el establecimiento balneario –mientras no se construya la línea Decauville que el señor Piria tiene proyectada para ligar entre sí las varias dependencias de su propiedad y con los fines comerciales anteriormente aludidos- así como un servicio de vehículos para comodidad especialmente de las señoras, de los niños y de los ancianos que quieran efectuar descansadas excursiones campestres.

Un detalle importante y muy significativo: simultáneamente a la construcción de los dos edificios susodichos, el señor Piria emprenderá esta primavera también la de un tercero, dentro de la misma planta urbana, para escuela pública, cuyo primer plantel estudiantil será formado por los hijos de los actuales trabajadores del establecimiento. Una vez concluido el edificio, el señor Piria hará donación de él al Municipio de Maldonado.

XIII

Próximo ya a concluir mis pobres Reisebilder, clavo aquí, en un alto de este capítulo final, una breve advertencia a los que se preparen o aspiran visitar Piriápolis: ‘Si no dispones de suficiente fortaleza de ánimo y teneis vuestro tiempo limitado por los quehaceres montevideanos, huid de toda invitación a pasar algún día de esparcimiento en aquel castillo. Allá la exquisita y regia hospitalidad de los dueños de casa conspira con el delicioso paisaje, con los atractivos de la gran bodega y con las distracciones de toda especie para prolongar irremesiblemente vuestra estadía.’

Yo mismo tuve un momento de flojedad y reaccioné sólo ante la austera visión del deber, que se me apareció la mañana del lunes. No hubo más, hice mi maleta y quedé resuelto que a las once Juan Antonio Piria y yo saldríamos en el breack con un rumbo a la Estación de La Sierra.

No obstante la hora temprana, accediendo a la cortés insistencia de nuestro anfitrión, antes de subir al breack Juan Antonio Piria y yo almorzamos, de manera que, nos hallamos abundantemente forrados contra toda emoción.

Don Francisco Piria nos quiso acompañar hasta La Central. AL estrecharle efusivamente la mano y al darle las gracias por las muchas y delicadas cortesías que me había prodigado, le dije, en italiano, porque es su idioma predilecto: ‘Le mio piu calde felicitazioni, augurandole che il suo esempio abbia molti imitato i fra i suoi compatrioti.’

Montevideo, Abril de 1899.”

PIRIA SE DEFIENDE CONTRA LOS QUE LE QUIEREN HACER DAÑO. (Folleto, 1927)

“Cuando, hace cuarenta años, adquirí la propiedad que hoy se conoce por Piriápolis, se llegaba a ella por una senda que, apartándose del camino que de Pan de Azúcar conduce hasta

Punta Ballena, pasaba por el campo del señor Yrasusta, entrándose a Piriápolis por lo que se llamaba la Senda Colorada, es decir entre los cerros de la labradorita roja y la labradorita clara.

El campo no tenía otra vía de acceso más fácil. Los límites naturales eran el mar al Sur, campos de Olivera en la línea del Este, cerro Pan de Azúcar al Norte y por el Oeste, como lindero, a la Sucesión Larrosa sobre la costa.

Allí sólo pasaba el guarda costa, el que desde tiempo inmemorial tenía la llave del candado de la portera. Como los temporales suelen ser bravíos, mis alambrados en la playa no resistían. Fue entonces que coloqué un alambrado asegurado en rieles de vía clavados sobre la playa. Entre los temporales y el mal vecindario, que rompían los alambrados para invadir la playa en busca de lo que el mar arrojaba a la costa después de los temporales, mis alambrados no duraban.

Años después construí un alambrado de mayor resistencia para impedir la entrada a mi campo –¡vana tarea!- El avance no se podía dominar, rompían todo, se llevaban cuanto encontraban y hasta desaparecieron los pilotes de hierro que, a guisa de poste, había clavado en la terminación de mi línea divisoria sobre el mar, no poniéndolos en la misma línea, porque allí hay una cañada que, cuando las lluvias son fuertes, se vuelve un torrente. Asimismo, yo había construido un gran Rond-point, hacía varios años, sobre la misma playa, punto terminal de la Rambla.

Un sólo riel queda allí como testimonio mudo, entre la marea y el rond-point, protestando contra las continuas invasiones a mi predio; invasiones de rapiña que arreaban con todo lo que encontraban a la mano, hasta que, al fin, a principios del año actual, resolvía construir una restringa de piedra dentro de la línea divisoria, para evitar las invasiones a mi propiedad.

El último temporal de hace varios meses la barrió como un montón de paja. Volvió la gente intrusa a invadir mi playa, a caballo, y echar en ella durante la noche bueyes, vacas y caballos. Fue entonces que resolví hacer una obra de hormigón que resistiera el feroz empuje de las olas: barrera que evitaría de una vez tantos abusos.

Como las variaciones del cause del arroyo, que limita mi rond-point con la cañada, y cuando las crecientes ampliaban la barra impidiendo el tránsito del guarda costa, resolví hacer una portera más adentro, para el guarda y la policía, y que al pasar entraran derechamente a la gran Rambla y pudieran hacer el trayecto libre de los fuertes oleajes, poniéndolos a la vez al abrigo de los temporales y grandes crecientes.

Pero el bandidaje no cejaba en las incursiones y avances a mi propiedad: los alambrados eran cortados de continuo, como siempre.

¿Y la policía, se dirá? ¿Podría contener a los invasores de mi propiedad?

Es el caso que en Piriápolis nunca hemos tenido más que dos vigilantes, donde trabajan, desde hace muchos años, más de ochocientos a mil hombres diariamente, y no es sólo eso, sino que esos vigilantes deben cuidar y atender desde Solís Grande hasta el Portezuelo, una extensión de cuarenta a cincuenta kilómetros por diez a doce de ancho!

¡Piriápolis ha sido siempre la Cenicienta y abandonada de toda la vida! Nunca hemos pedido nada. Sabe Dios y yo, la lucha sostenida contra los amigos de lo ajeno!

El día que yo escriba mis cuarenta años de hercúleos trabajos realizados para llevar a cabo esta obra gigantesca, a más de uno se le pondrán los pelos de punta. Y, sin embargo, he tenido que luchar a brazo partido contra la ratería que me rodeaba sin poderme defender. Hoy, creo, tenemos a tres policías y el personal de Piriápolis es enorme, la población excede de cuatro mil habitantes y en verano son decenas de miles de forasteros que frecuentan la localidad. ¡Yo no me he quejado nunca!

Las invasiones nocturnas por el pequeño espacio que no era posible cerrar por las causas que dejo expuestas, eran enormes. Todo el que podía penetrar furtivamente en la playa, no sólo a caballo, sino subiendo a la Rambla con carretas en algunos puntos donde la arena se amontonaba y daba acceso, rompiendo pilares, escalinatas y baranda!

¡Qué vecindario progresista!

Desde hace siete años he tenido que poner serenos alrededor del Hotel en construcción, pues el bandidaje que irrumpía del Oeste, por el boquete de mi límite sobre la costa de mi propiedad, arreaba con todo lo que podía. A la mañana se veían los rastros de tablas, tablones y postes, carretillas de mano, etc.; todo les venía bien, todo se lo llevaban de arrastro a la cincha del caballo.

Hacer nuevamente los alambrados era perder el tiempo. Los rompían, y la invasión a mi propiedad no cesaba. Era imposible defenderse, desde que a la policía le faltaban elementos. ¡Había que concluir con el abuso permanente de los sablazos a mi predio!

Un día, hace tiempo, uno de esos vecinos linderos fue llevado preso por mi denuncia, pues no teniendo madera para hacer una población, atravesó mis alambrados, cortó una cantidad de eucaliptus de seis a ocho metros de largo. Denunciado el hecho a la policía, arrió con él a la cárcel.

Otro de esos vecinos, lindero mío del Oeste, un buen día salió de su rancho con dos carretas de bueyes por el camino de Las Flores, cruzó por la avenida Artigas, abrió las porteras de mi campo al pie del Pan de Azúcar, donde yo tenía grandes cantidades de leña en astillas, cargó las carretas y las llevaba lo más tranquilo a su casa. El capataz del campo hizo la denuncia a la policía y el vecino honesto, con carretas y leña fue llevado a la cárcel.

Me robaban la uva que vendían clandestinamente; otros arriaban con mis cosechas; hasta las plantas se llevaban!

¡Qué monada de vecinos!

Si no se hubieran muerto algunos de ellos de seguro firmarían la petición presentada al Honorable Consejo, conjuntamente con los que tienen la ridícula pretensión de que yo deje expedito el tránsito en una propiedad que es mía y poseo con buen título y pleno dominio.

En esta lista presentada al H. Consejo, figuran tantos peones que han sido despedidos de mi establecimiento y que ejercen una ridícula venganza, instrumentos de ciertos individuos que sueñan con aprovecharse de las mejoras que para el público en general he realizado en mi propiedad. ¡Vano empeño!

El mismo Luis Curbelo Baez, que encabeza la ridícula solicitud presentada al H. Consejo, no hace muchos meses que, a mano armada, y con varios desgraciados a sus órdenes, atropellaron mis alambrados tierra adentro, volcando una larga extensión, disparando cobardemente después. Curbelo Baez presenciaba a prudente distancia el hecho vandálico por él ordenado y dirigido. Seguramente que en la solicitud ordenada no han de faltar esos desgraciados entre los firmantes... a dedo.

¡Los que hacen fechorías tales, bien pueden firmar solicitudes y encabezarlas también!

Levanté con testigos un acta haciendo constar el hecho vandálico, inicié el juicio contra el asaltante, quien ya ha sido condenado en costas, costos, daños y perjuicios como corresponde en los juicios de amparo de posesión.

El señor Curbelo Baez ha apelado, pero va sin decir que no escapará a la sanción penal. Es el mismo héroe Curbelo Baez el que tiene ya dividido en solares sus desiertos médanos de la playa Larrosa, alambrado de por medio con mi propiedad; en cuyos planos impresos por su orde se lee lo siguiente: 'Estos terrenos lindan con la Rambla de los Argentinos y a un paso del Hotel Piriápolis'.

¡Indudablemente le ha salido largo el 'paso' a ese mentiroso!

Bastantes caminos de acceso tienen a la mano los predios de toda esa falange, incluso el último carretero macadamizado que recientemente le ha construido el Estado y el camino de Las Flores a la puerta.

No necesitan atropellar mi propiedad en el extremo lejano para entrar y salir libremente todos ellos en sus propiedades.

Mi campo en ese costado de los Larrosa es como si no fuera mío: mis alambrados son derrumbados, los hilos de los alambrados desaparecen, mi capataz debe recorrer diariamente esa línea divisoria y sacar los animales que me echan furtivamente en el campo.

Años atrás, habían construido un corral de cerdos contra mi alambrado y allí se recreaban los cochinos, en mi campo!

¡Verdaderas cochinadas!

Continuamente por ese boquete de la playa, donde los alambrados eran destruidos, había invasiones nocturnas de vacas, terneros, caballos y bueyes que entraban por la playa y a la mañana amanecían en la Rambla, donde destrozaban los arbolitos ornamentales que con tanto cuidado he atendido su desarrollo.

Me han roto centenares y la audacia del proceder canallesco llegaba últimamente al punto de que los caballos que entraban por las escalinatas a la playa amanecían en el nuevo parque frente al Hotel e construcción.

Allí está a la vista una magnífica Sica regoluta frente al Argentino Hotel, pisoteada por uno de los tantos caballos que entraban a mi propiedad por el punto indicado.

¡Cuántas mañanas amanecía la Rambla invadida por cantidades de animales que más tarde venían a recoger los vecinos, como si la Rambla de Piriápolis fuera un pastoreo!

¡Era imposible sufrir más! Tenía que tomar una resolución extrema contra el bandidaje. Entonces resolví cerrar el límite de mi campo, ejerciendo el derecho que me da mi título de propietario. Construí una restringa de piedra dentro de mi predio, y no en el límite lindero, como faltando a la verdad se dice por los firmantes que quieren aprovecharse de lo ajeno. Y no lo hice en el límite porque la corriente del arroyo de la divisa me lo estorbaba. Con la pequeña restringa quedó cerrada la playa de mi propiedad para evitar la entrada de los animales, de las carretas de bueyes y de la gente a caballo.

Todo el mundo puede entrar a la Rambla de Piriápolis, ya sea a pie o a caballo o con vehículos. Todos pueden recorrer la playa a pie, todos pueden bañarse en la playa sin pagar ni un centésimo: pero yo no permito que entre a la playa gente a caballo, que no sólo la ensucian, sino que estorban y mortifican a las señoras, señoritas, niños y caballeros que van a la playa a bañarse y sentarse en la arena o pasearse en ella y tomar baños de sol y no exponerse a que los animales los atropellen y causen daños y sucedan desgracias.

A qué el famoso empeño de esos señores de entrar a mi playa a caballo, cuando una vez allí no hay salida, desde que está todo rodeado por un muro de un metro sesenta de altura que es el de la retención de la Rambla.

A no ser que suban por las escaleras, como abusivamente lo han hecho siempre que han podido, atropellando mi propiedad y causando destrozos.

¿No tienen acaso ellos sus playas donde nadie los incomoda? Las de Larrosa, Zolezzi, Lamas y la Playa de los Burros?

¿A qué ese empeño en querer invadir mi propiedad y entrar a caballo en una playa cubierta de público civilizado, cuando tienen sus desiertas playas hasta para correr carretas? ¿O es que creen que el derecho de propiedad no existe?

Se invoca como argumento el Código Rural. No lo han leído o lo han leído mal. El Código Rural y todos los Códigos del mundo enseñan que la propiedad es sagrada, que sólo puede ser expropiada por el Estado y por utilidad pública.

El Código Rural dice, que el propietario del campo está obligado a dejar paso a la policía y a los guarda costas.

En mi propiedad eso se ha hecho desde el día en que compré el campo, o sea, desde que empezaron los rateros a robarme los candados.

El Código Rural prescribe que debe tener libre paso en un ancho de veinte metros para los salvatajes sobre la costa.

Yo he dejado una Rambla de cuarenta metros de ancho sobre la misma playa y con amplio acceso a la misma. En caso de salvataje la playa está libre.

Yo he abierto un carretero que conduce de todas partes a la Rambla, y por consecuencia a la playa, macadamizado como una mesa de billar que, aunque librada al servicio público, lo mantengo bien conservado y con mi dinero.

Se menciona que los niños no pueden ir a la Escuela. Otro argumento como la carabina de Ambrosio que no da chispa.

Cuando hace diez y siete años yo doné diez mil pesos y una hectárea de terreno en el más pintoresco punto de Piriápolis y con la carretera macadamizada, esos vecinos enviaban a sus chicos a un casucho medio derrumbado en el Camino de Las Flores, con piso de barro, que dragoneaba de Escuela y que regenteaba la muy meritoria señorita Luiza Vásquez. Terminada la soberbia Escuela de Piriápolis, que yo he donado, la señorita dejó el inmundo casucho que se derrumbó poco después y se instaló en la nueva Escuela. ¡Cosa inaudita! Todos los progresistas vecinos que hasta la víspera enviaban sus hijos a la pocilga, se resistieron durante mucho tiempo a permitir que sus niños concurrieran a la nueva y muy cómoda Escuela de Piriápolis!

Ahí está la señorita maestra, que aún sigue al frente de la Escuela de Piriápolis, la que podrá decir si es o no cierto lo que afirmo.

Durante años, como no hubiera Escuela en la Playa, yo facilitaba el local durante el período en que el hotel grande no funcionaba, para que la señorita día a día se constituyera en la playa y diera en ella las lecciones a los hijos de los vecinos de la rinconada, no al vecindario del Oeste.

Los vecinos del costado Larrosa que tanto empeño hacen para invadir mi propiedad, que yo sabré hacer respetar, tienen la Escuela magnífica de su sección respectiva; tienen caminos múltiples para llegar al camino de Las Flores y su Escuela, y hasta tienen una espléndida carretera que les ha hecho el Estado, macadamizada y que va hasta la playa de todos ellos, incluso la de Lamas.

A qué tanto empeño de pretender entrar en mi casa por la ventana, cuando tienen amplio acceso por la puerta, es decir la Avenida Artigas, libre para todo el que quiera ir a la playa y a la Escuela también.

Yo, con haber derramado tanto dinero en obras públicas y en beneficio de todos, no he conseguido nada, y si no fuera por el doctor don Gabriel Terra, Piriápolis tendría aún como vía de acceso un miserable sendero de barro apisonado: ¡Vergüenza! ¿Y se blasona de turismo?

¡Qué perspectiva para el extranjero que visite la localidad!

A don Gabriel Terra le debo el agradecimiento y se lo deben conmigo los vecinos de Piriápolis, por haberme concedido dos kilómetros de carretera que, partiendo de la principal, une ésta con la carretera Artigas, que yo construí a mi costa y a mi costa conservo desde hace veinte años.

Se ha dicho que pronto vendrá la Rambla Wilson a Piriápolis y Punta del Este. Sueños del porvenir... pero, si algún día esa utopía se realizara, esa rambla podrá empalmar triunfalmente en mi Rambla en toda su extensión, desde que se trataría de una verdadera obra de progreso nacional. Allí encontraría ya hecho siete kilómetros de vía disponibles gratuitamente!

Las playas de algunos de esos vecinos, están divididas en solares hace tiempo y sólo esperan entrar por mi Rambla para escamotear mis trabajos millonarios. ¡Desgraciados! Mientras yo llevo invertidos más de veinte millones de pesos en esa obra colosal, verdaderamente nacional y en beneficio de todos, esos pobres de espíritu que han estado agazapados con los planos prontos en los que se lee: 'Solares tales o cuales, remate próximo a los terrenos de Piriápolis y lindando con la Rambla de Piriápolis.' ¡No pasarán!

Ya que hay que arrancar caretas es bueno sacarlas sin piedad.

¡Estos son los hechos! Esos son los interesados en el atropello premeditado!

Se ha dicho en el H. Consejo que otros ciudadanos han hecho como yo obras de progreso. Mi amigo Lussich y el señor Anchorena.

Indudablemente, don Antonio Lussich en Punta del Este, en una localidad árida y cubierta de médanos, hizo surgir la flora más variada del Uruguay y hasta de países extranjeros. Un pedazo de Paraíso Terrenal. Es esfuerzo patriótico, digno de ser cantado por los poetas; puso allí el lirismo de su alma.

A su vez, el señor Anchorena, propietario de un vastísimo predio en el departamento de Colonia y sobre el Uruguay, ha creado allí otra mansión áurea, con bosques, jardines y hasta praderas con ciervos.

Pero esos señores eminentemente progresistas han disfrutado y disfrutan sus predios particulares, han gozado las bellezas creadas por ellos. Pero sus propiedades las conservan bajo alambradas, como están en su derecho, y no hay nadie que vaya a pretender invadir sus dominios ni a inculcar sus derechos, ni se presentan ante las autoridades pidiendo les ayuden a cometer atentados. ¡Sería el colmo de la audacia!

¡Ecce Homo! Yo soy una víctima expiatoria de mi generosidad, de mis ideas altruistas. A mí, Piriápolis no ha servido ni sirve sino para mortificarse. Yo no gozo del fruto de una vida entera consagrada al trabajo, con un altruismo sin ejemplo.

¡Hace sesenta y nueve años que trabajo y aún me siento con tantas energías, que espero seguir luchando hasta que deje este mísero planeta, en cuyo más allá encontraré más aliento estimulante!

¡No todo empieza ni termina aquí!

Mi obra no es mía, es la obra de todos y para todos. Todos disfrutan de los múltiples placeres y amenidades de Piriápolis surgidos a mi iniciativa, menos yo. Mi playa no es mi playa, es la playa de todos y para todos; mi Rambla es de todo el que quiera disfrutarla, lo único que hago es conservarla y mantenerla en buen estado.

Últimamente el gran temporal Sudoeste que duró cuarenta y seis horas, me hizo daño por más de cincuenta mil pesos; una parte está rehecha, el resto se terminará pronto.

Silencié la desgracia por no procurar placeres a algún malvado y a mis vecinos del Oeste.

Conservación de la pavimentación de la Rambla, es Piria quien corre con ella. Todos la disfrutan. El alumbrado eléctrico para todos es Piria quien lo paga. La carretera que tiene nueve kilómetros y cuya conservación todos saben lo que cuesta, es Piria quien corre con ella.

He construido un puerto en el que invertí más de seiscientos mil pesos y pasará gratuitamente a poder del Estado. He construido un ferrocarril de quince kilómetros de extensión, sin pedir nada y que, como el puerto, pasará gratuitamente a poder del Estado. Obras millonarias.

Actualmente estoy cambiando la vía de catorce kilos por la de treinta y dos kilos, para atender el gran tráfico que se establecerá una vez que se prolonguen treinta y ocho kilómetros más mi vía, para que toda la región de Pan de Azúcar al Norte pueda exportar por vía fluvial los mármoles, las calizas y otras riquezas de la región.

Todas las mejoras de Piriápolis no son mías: son del público y sobre todo, eso ahí está, ahí queda, son obra pública. He donado dos campamentos, para niñas uno, para niños el otro: cada uno de veinte mil metros, en locales especiales.

Las Sociedades de Jóvenes Cristianos tienen también otra hectárea en pleno bosque, que les hemos donado, donde han construido su edificio.

Estamos construyendo la hermosa Catedral de puro estilo gótico, la que, terminada y ornamentada se escriturará a la Curia Uruguaya.

Para propender al fomento local hemos conseguido hacer venir de Buenos Aires a Piriápolis, directamente, el vapor Ciudad de Montevideo, al que no cobramos ni un centavo por derecho de puerto y hasta le facilitamos personal gratuitamente.

Nuestra obra es puro altruismo, y por último terminaremos, dentro de breve tiempo, ese monumento colosal para mil doscientas personas, "El Argentino Hotel", en cuya obra llevamos invertidos dos millones setecientos mil pesos, suma que, colocada en títulos, nos daría la renta anual de ciento sesenta y dos mil pesos.

A nuestra edad, no es el interés el que puede guiarnos y tenemos el derecho de que se nos crea al afirmar que sólo el amor al terruño es el que nos entusiasma!

¿No es una iniquidad el que se nos venga a amargar la vida, ha hacernos desesperar del progreso, a vejarnos con la solicitud que se presentó al H. Consejo pretendiendo que se nos humille y se atropelle nuestra propiedad?

Desde hace algunos años se viene cometiendo toda clase de desmanes, que sólo pueden ser inspirados por gentes ruines. Piriápolis tiene sus enemigos, todos aquellos que han sido despedidos del establecimiento... y los envidiosos.

En la Fuente de Venus, la estatua, un Capo Laboro de un artista milanés, fue deshecha a balazos.

La Gruta de la Fuente, sitio ameno, de descanso de los turistas, fue invadida por gente maligna, y no hay forma de tener aquello limpio.

¡Se substituyó la imagen por otra de hierro. Ni las vírgenes se escapan a las furias irruptivas!

Sobre el cerro del Inglés, en la misma cumbre, mandé construir un templo que me costó una suma crecida. Traje de Europa una estatua de San Antonio. La localidad era frecuentada por todas las señoras y señoritas que iban a Piriápolis. Un buen día, digo, una mala noche, sin ni siquiera presentar solicitud, pero que está allí patente, el odio contra la civilización, la irrupción hizo crisis, rompieron los cristales, abrieron la puerta, robaron el candado, picanearon la imagen, aquello fue un acto cruel de barbarie. Allí está el pobre San Antonio, poco menos que hecho trizas!

¿¡Qué mal les ha hecho a los que cometieron fieramente el acto vandálico!? No hace mucho hubo una reunión política en la Fuente de Venus, espléndido parque que todos conocen, local ameno construido y conservado para solaz del público. Al día siguiente las estatuas que proveen de agua fresca al público, aparecieron rotas, les habían sacado las piezas principales golpeándolas con piedras. Una estatuilla de bronce de arte que está en el medio del agua, fue rota a pedradas. La Venus no se escapó, aunque resistió el ataque. El Templete fue apedreado y el lago amaneció lleno de piedras e inmundicias...

A la mitad del Cerro del Toro, he gastado un dineral para descubrir una fuente y obtenida ésta, hice la obra que allí está. Coloqué un Toro de bronce de arte tamaño natural; la barbarie llegó allí también, bajo el velo nocturno. Le serrucharon una guampa al toro, arrancaron la puerta de la verja que lo circunda, sirviéndose de ella para hacer una parrilla, destrozaron la canilla que surte de agua fresca al que allí llega sediento y allí estaban los montones de piedras arrojadas al Toro y a las estalactitas por las que caen las aguas a la Fuente que está al pie del Toro.

Daño por placer, por maldad, por odio a la civilización y por falta de respeto a quien hace estas cosas para solaz del público.

Las canillas de la Fuente del Toro y de la Virgen, debo comprarlas por docenas. Vivimos poco menos que abandonados, hasta que al fin la irrupción se ha puesto de manifiesto.

Voy a terminar, señor Presidente con esta exposición de hechos y espero se me perdone si he sido un poco extenso. He visto muchos Balnearios de Europa en mis veintidós viajes al viejo mundo. He visto muchas playas, la de Shevanin, amplia y hermosa, en Holanda, las de Biarritz, San Sebastián, Deauvil, el Lido de Venecia, Livorno, Ostende, en fin, innumerables. En ninguna de ellas he visto carretas de bueyes, ni vacas, ni insolentes que se atrevieran a recorrerlas a caballo con evidente peligro de los bañistas y falta de respeto a la Sociedad. He visitado la aristocrática playa de Mar del Plata. ¡Ni caballos de madera!

Sin ir más lejos, en Pocitos, en Ramirez, no habrá ningún mal educado que se atreviera a inferir a la culta sociedad en que vivimos con semejante afrenta.

Para la conmemoración de nuestro Centenario, se abrirá el Argentino Hotel, en la playa más espléndida de Sur América. ¡Qué espectáculo nos haría presentar la irrupción de los bárbaros si pudieran ver realizados sus ideales invadiendo la playa, trepando a la grande y hermosa Rambla por las escalinatas que dan acceso a ella, atando a las barandas, pilares y arboledas ornamentales sus cabalgaduras. ¡El triunfo de Atila!

“LO QUE SERÁ MI PAÍS DENTRO DE 200 AÑOS”

Fragmentos de su libro “El Socialismo Triunfante”, escrito en 1898.

Expiraba el año 1897 cuando, después de un año de estadía en la India, donde un fakir me inició en los misterios de su preciosa ciencia, regresaba á mi patria, la República Oriental del Uruguay.

¡Cuánto había aprendido! ¡Qué revelaciones se me habían hecho! ¡Qué ciencia! ¡Y qué hombre! ¡Cuánta sabiduría! Y sobre todo, ¡qué profundos conocimientos había adquirido sobre las cosas que en mi país se juzgaban sobrenaturales, excuso decirlo.

Mi carácter, de suyo alegre, después de los misterios que había penetrado, me había abandonado: atravesaba por entre la humanidad con la misma indiferencia con que cruzaría por triste y solitario bosque; -los hombres para mí no existen, los hechos más notables de mi época y que en torno mío se desarrollaban, no me llamaban la atención, estaba completamente absorto en mis ideas sobrenaturales, y mi sola y dominante preocupación era llevar á cabo el experimento que había presenciado en la India, y deseaba realizar *in anima vile*, como decían antaño los discípulos de Hipócrates.

Preparé, al efecto, una caja de cristal herméticamente cerrada, con triple pared del mismo material, ordené todos mis asuntos, y después de haber arreglado mis disposiciones testamentarias bajo una reunión de sabios, -si es que así puede llamársele á los rutineros del siglo XIX á que me refiero,- procedí a la operación.

No faltaron amigos que se opusieran á mi intento, ni médicos que reputaran una utopía la mía, pues éstos siempre calificaban así lo que no alcanzaban á comprender; y hubo hasta quien me tachó de desequilibrado. ¡En ese siglo! Y hasta no faltó quien dijera que las autoridades debían oponerse á mi resolución; -recuerdo que alguien se atrevió á calificarme de suicida!

Mi resolución estaba tomada; yo era dueño de mí mismo, y nadie tenía el derecho de prohibirme lo que no me podía conceder: el derecho de transportarme á fines del siglo XXI.

Procediendo, pues, con libre albedrío, entré en mi triple cuarto, destapé el frasquito de néctar que me dio el fakir, tomé su contenido y me acosté tranquilamente. Los movimientos de mi corazón fueron paralizándose gradualmente; la vida concentrada en este último baluarte, comenzó paulatinamente su marcha lenta y descendiente, hasta llegar al punto indicado por los fakires, es decir, el de cinco pulsaciones por minuto, que es el momento en que se produce el sueño cataléptico, del que debía despertar dos siglos más tarde.

La Comisión de sabios cerró herméticamente las tres puertas, una después de la otra, haciendo todo de manera como de antemano ya lo había dispuesto; cuando la temperatura llegó a 25 grados bajo cero, en el pequeño tubo de comunicación, cerróse herméticamente, y yo quedé completamente inmóvil.

En el contenido del frasquito que bebí, había alimento para dos siglos!

Todos se retiraron, creyendo que había pasado á mejor vida.

La gran caja de cristal fue depositada en una pieza de antemano dispuesta y...”

A los doscientos años cuando despierta es llevado por sus amigos Fonty, Rosalba y Orestes a la ciudad de Piriápolis:

“-Acabábamos de descender del hipogrifo aéreo tomado en el lago de las Camelias.

-Hemos llegado, díjome Fonty.

-¿A dónde? pregunté.

-A la ciudad de Piriápolis, que prometí hacerte visitar.

En efecto, ya anteriormente, al oír citar ese nombre, habíale preguntado á Horacio si tenía algo que ver con una localidad á la que un fomentista de mi época había bautizado con ese nombre, algo petulante, pues pretendía con ello perpetuar su memoria.

-¿Y dónde nos encontramos?

-En la falda Norte del Cerro de Pan de Azúcar, contestó dulcemente Rosalba.

-Y la ciudad de Piriápolis, que acabas de nombrar, pregunté a Fonty, ¿dónde se encuentra?

-Al Sud, entre el cerro y el mar, respondió Horacio.

-Entonces no hay duda: el ideal del fomentista del siglo XIX llegó a realizarse, se hizo carne la sublime utopía del soñador.

-Efectivamente, respondiíme mi amigo.

Yo creía soñar. Aquella ciudad Piriápolis, que había oído mencionar en distintas ocasiones, era efectivamente fruto de mi siglo, carne de mi carne, idea de mis ideas!

Recordé las acerbas críticas que se hacían al hombre atrevido, cuando en medio del mayor de los decaimientos el país tendía más á despoblarse que á poblarse; en aquella época desgraciada en que toda iniciativa era acribillada por la malevolente atmósfera de los inútiles y pequeños, que no sólo no concebían, pero ni siquiera comprendían los ideales de los que atrevidamente y sin más punto de apoyo que su fe, ni más fuerza que su voluntad, sin más aliento que su indomable perseverancia, se lanzaban á la ejecución de atrevidas empresas en un país en donde faltaba todo: capitales, crédito, confianza en el porvenir, estabilidad política, gente dispuesta al trabajo, y para colmo, sin población: ¡un desierto!. Así mismo, los muy contados que osaban marchar adelante, abrirse paso combatiendo la glacial indiferencia, era á su vez combatidos por el indiferentismo imperante y el pesimismo petulante que reinaba en plena decadencia de iniciativas, sin que ello obstara para que dejaran de seguir adelante, firmes en sus convicciones arraigadas en cálculos positivos, que no comprendían aquellos que, por espíritu de la época, los combatían, socavándoles el terreno para poder un día compadecerlos después de realizado el ideal fracaso; que, si no lo deseaban, á lo menos lo presentían y esperaban, raciocinando con el criterio con que se juzgaban entonces los hombre y sus obras.

¡Piriápolis! ¿Entonces no era aquello el sueño de una mente enferma, desvanecido como la *nebia al sole*, como se creyó en mi época?

Aquella ciudad, que los que más benévolamente hablaban de ella calificábanla de ciudad ilusoria, una quimera, pronosticando que no pasaría de un villorrio, estaba allí ante mi vista, extendida voluptuosamente en el espléndido valle, llena de movimiento, llena de vida, y rebosando progreso!

¡Oh justicia humana! tardas en llegar, pero al fin, como los rayos solares, tú penetras en el fondo de las tinieblas; siguiendo la progresiva y rítmica evolución te abres paso, y á tu vivificante luz resplandece la verdad, germinando á su influjo benéfico las ideas, como en el seno de la tierra el astro soberano hace germinar la débil simiente; y los ideales de los hombres que piensan, obran y sienten, se abren camino, avanzando siempre, sobreponiéndose á todas las barreras del eufemismo, y al fin vencen; cediendo ante la majestuosa é imponente marcha la idea triunfante de todos los prejuicios que un pasado de ignorancia ha levantado como infranqueable barrera al progreso humano!

El hipogrifo alado de aluminio nos conducía suavemente a la cumbre.

Inmensos bosques rodeaban la imponente montaña de Pan de Azúcar, cuyas faldas y laderas estaban matizadas de espléndidos palacios, chalets y casas veraniegas. Allí, en lontananza, surcaban por doquiera innumerables convoyes de ferrocarriles movidos por aire

comprimido, arrastrando con la velocidad del rayo interminables filas de wagones cargados de toda clase de productos, todos y de todas partes convergían á la gran ciudad.

-Estos ferrocarriles de poderosa resistencia y livianísimo peso, díjome Orestes, son contruidos con “alumiantino”, que es un metal diez veces más liviano que el fierro y veinte veces de más resistencia que el acero. De este mineral son contruidas las *univías*, es decir, el riel sobre el cual recorre la máquina impulsora y sus wagones, cuyo riel único tiene apenas 20 centímetros de espesor; de manera que el planteamiento de una vía en estos tiempo y por este sistema, apenas cuesta la vigésima parte del precio de antaño, máxime si se tiene en cuenta que la univía permite la pendiente hasta el 25 %. Resulta, pues, que después del descubrimiento del “alumiantino”, que se debe al sabio Leonardo Latorre, una *línea férrea* cuesta una bicoca y su movimiento una insignificancia, gracias al “acumulador de aire comprimido”. Los trenes acumulan las fuerzas que van desarrollando para impulsar la marcha, salvo una insignificante pérdida; de manera que, puede decirse, si realmente no se ha llegado al movimiento continuo, á lo menos se está *ad portas!* El acumulador de aire comprimido fue inventado por Alcibiades Mitre, ingeniero de la facultad de Chubut, en 1937.

De pronto se detuvo el hipogrifo alado y descendimos.

Estábamos en la cumbre de la montaña.

¡Gran Dios! ¡cómo podré transportar al papel cuanto vi en aquel momento! Mi pluma se resiste, es torpe; mi mano no alcanza á trazar débilmente el grandioso panorama que embargaba mi mente atónita ante tanta maravilla!

Yo caí de rodillas, dando gracias al Ser Supremo por el triunfo alcanzado por la idea del hombre, idea que el Creador le inculcó, y que el hombre, mísero átomo, accionando hizo carne!

Rosalba tendióme su blanca mano, ayudándome a levantar.

Fonty y Orestes dirígíame sus afables y bondadosas miradas, emocionados al ver mi justa turbación.

-Vamos, amigo mío, díjome Horacio, ten ánimo; comprendemos tu emoción y ella es justificada. Tú también, como los hombres de tu época, contagiado por el ambiente, dudaste que algún día esto fuera lo que es, y ese pensamiento turba tu espíritu al ver tanta magnificencia.

-¡No! Respondí; no, amigos míos, yo nunca dudé del porvenir, aunque llegué a dudar, ¿a qué negarlo, del presente: digo, de aquel presente!

-No era para menos, exclamó Orestes.

Estábamos en la misma cumbre de la montaña, en medio de una explanada de más de cuarenta mil metros de superficie, toda cubierta de espléndido parque. En un costado destacábase el “Gran Observatorio Astronómico Nacional”, alrededor del cual había imponentes y bellos edificios diseminados.

En el centro del espacioso parque surgía majestuoso un templo de forma octogonal, rodeado por grandiosas estatuas de pórfido, las que sostenían, haciendo las veces de columnas, el techado que lo circundaba, cuyos arquivadas eran de dorado metal y los plafones de rico mármol esculpado, de inconcebible filigrana:

representaban personajes y hechos históricos para mí desconocidos completamente, pues eran posteriores á mi época. El cornisón, todo de pórfido pulido, era algo tan majestuoso, que no alcanza á concebir humana mente; la cúpula estaba cubierta de lapizlázuli, malaquita y ónix rojo, y en el centro destacábase imponente la estatua de la Fraternidad, toda de plata maciza, ricamente cincelada y de quince metros de alto.

Yo quedé atónito ante tanta maravilla.

Avanzábamos lentamente en dirección al Sud, y poco habíamos andado, cuando estuvimos en la parte que mira á ese viento, en donde el monte surge poco menos que perpendicularmente sobre el valle en cuya ladera nace la ciudad.

¡Aquello no era un sueño! ¡No!

-¡Oh, amigos míos! Dejad que estreche vuestras manos y me convenza de que esto que veo es realidad! ¡No! ¡no! ¡yo no puedo creer! ¡estoy soñando! exclamé a gritos, como un hombre sobrecogido por maravilloso terror.

Mis buenos amigos comprendieron mi estado de exaltación en aquel momento y me rodearon, estrechando mis manos y prodigándome las más dulces y amistosas frases.

Fonty, que ya preveía el caso de antemano, había traído un frasquito de un líquido del que me suministró algunas gotas, y al poco rato mis nervios sobreexcitados se calmaron completamente y pudo el cuerpo volver la calma á mi espíritu.

El semicírculo en forma de herradura con que rodean las montañas al pintoresco valle, que presenta su parte abierta al mar y abarca una extensión de una legua de ancho por una y media de largo, hoy convertido en populosa ciudad, y que en mi época conocí desierta y agreste campaña, y algunos años más tarde alcancé á ver cubierto de viñedos y olivares la falda del cerro y fondo del valle; siendo destinada á ciudad balnearia la parte que mira al mar besada por las tranquilas aguas; ciudad balnearia, trazada entonces por el agrimensor oriental Alfredo Lerena cubierta de frondosos árboles la vasta playa, y plantadas con espléndidas arboledas sus amplias calles, avenidas, plazas y paseos; los bosques que formaban cuadro ó marco á la proyectada ciudad: de todo eso que había visto, ya poco ó casi nada existe. La acción civilizadora del tiempo lo ha ido cambiando todo. Á nuestros pies se extienden los viñedos añosos; numerosos chalets rodean las faldas de los cerros: palacetes encantadores, circundados de espléndidos jardines, cuyas fragantes flores perfuman el ambiente que arrulla y nos trae el céfiro suave.

Allá lejos, al fondo de la maciza población, las mansas y tranquilas aguas del grandioso puerto reflejan como plancha de metal bruñido los millares de naves de todas dimensiones en él estacionadas.

El bullicio en las calles y avenidas es inmenso. ¡Cuánta vitalidad!

El movimiento de pueblo y vehículos es extraordinario.

-Aquel edificio que tú ves allí en el cerrito de la derecha, díjome Orestes, es el museo. Construcción majestuosa, de forma elíptica, surge imponente sobre un orden de veinticinco escalones que lo circundan: es la escalinata más majestuosa del mundo, una verdadera maravilla. Todos los escalones son de granito amarillo, pulido, material único en su género y que se encuentra en las ricas canteras del Departamento de Maldonado. Su valor es incalculable. La construcción abarca una superficie de veinte mil metros cuadrados y está formada con bloques de mármol blanco, pulidos de ambos lados, interior y exteriormente sobrepuestos los unos á los otros sin ninguna clase de liga, trabajo ejecutado con tanta maestría, que apenas, mirando los majestuosos muros muy de cerca, pueden percibirse las juntas entre unos y otros bloques. Rodeándolo externamente ochenta cariátides de mármol negro pulido, de colosales dimensiones. Esa construcción puede decirse una creación artística, nueva en su estilo, severa, imponente, y de una esbeltez incomparable: es obra del eminente genio cisplatino Venancio Flores, de la Academia de esta ciudad, á la que ha rendido justo tributo concibiendo y llevando á la práctica una verdadera maravilla.

Mide setenta metros de alto, y las cariátides que lo circundan tienen 35 metros cada una y fueron ejecutadas por el escultor nacional Lucas Moreno.

Un cornisón de siete metros de ancho remata este monumento: es de bronce dorado, obra del artista Demetrio Aguirre, y están representados en los bajos relieves los episodios de las dos grandes defensas nacionales: la epopeya de la Guerra Grande contra los seides del tirano Rosas; y Paysandú indómito contra el enemigo invasor!

Aquel otro edificio que tú ves allí, agregó indicándome con la diestra una colosal construcción, es el Politécnico, todo revestido de mosaico y sostenido por 240 columnas de

pórfido pulido; el salón central tiene ciento cincuenta metros de largo y alcanza á 1721 el número de estatuas con que interiormente está, puede decirse, revestido. Representan á los hombres de más ingenio de la humanidad que se han destacado en todas las ramas del saber humano.

-Y esa estatua que veo allí en la cumbre, en medio de las encrucijadas de todas las calles y avenidas, que surge imponente en el punto en donde parece ser el centro de la ciudad, ¿qué representa? Pregunté.

-Es un monumento levantado por una posteridad justiciera y patriótica, muy distinta de la maledicente generación de tu época, -en la que hasta se le buscaban manchas al sol-, erigido á la memoria del generador indómito de la nacionalidad cisplatina: representa al General Artigas en la batalla de las Piedras.

El monumento tiene 58 metros de alto; la base es de pórfido negro y rojo, el caballo de bronce, y la estatua de plata maciza. La gratitud nacional, por iniciativa espontánea y popular, la inauguró en 2048. Es obra del eminente escultor nacional Fulgencio Bauzá. El inmenso grupo de estatuas que lo circunda en su base, representa los generales, jefes y ciudadanos que con su espada, con su saber y con sacrificios concurren eficazmente á la obra de la independencia nacional.

El colosal edificio que tú ves en el costado izquierdo del monumento, prosiguió diciendo, es el gran templo de la ciudad, erigido al Ser Supremo, el año 2039, por el ingeniero uruguayo Leandro Gómez. Abarca una extensión de treinta mil metros cuadrados y está sostenido por 220 columnas de granito, cada una de las cuales mide 73 metros de alto, y fueron extraídas de las canteras de Pan de Azúcar. La inmensa cúpula es de cobre dorado y de gran valor artístico, pues en la parte interior está toda cubierta de bajos relieves.

El otro edificio, más allá en lontananza, revestido de cristales de mil colores, son las termas, y junto á estas, aquel otro más alto y rodeado de grandes jardines y espléndidos parques, es el palacio municipal.

-Al pie del Cerro del Toro, aquel edificio cuadrado y macizo, díjome Fonty, es la escuela agronómica nacional. Esa construcción extensa que tú ves sobre aquel cerró, á la izquierda, y en medio de una floresta de olivares, es el horfanotrofio.

Piriápolis tiene además una Academia de Bellas Artes, que es la segunda del Estado cisplatino; doce grandes institutos de educación, una Facultad científica, veintitrés teatros; y, dirigiendo la derecha hacia la falda de la montaña, indicóme el denominado “Teatro Cómico Piriapolitense”, el único en su género en todo el país: espléndida construcción de moles sillares, completamente abierto, construido en forma de herradura, circundado por un orden de veintisiete escalinatas, todas con asientos de mármol y con capacidad para veinticinco mil espectadores.

-¿Y aquel edificio que se destaca en el pequeño cerro, en frente al “Teatro Cómico”? pregunté.

-Es el “Pasatiempo Ameno”, en donde en las tardes de estío se reúne el pueblo. Ochenta mil palmeras lo circundan. Eso que tú ves en el centro es el “Teatro Alegre”, en donde, sin salirse de los límites del buen gusto, sin recurrir al decadente realismo que en tu edad solía suministrarse á las mentes estragadas, nuestro pueblo, que rinde ferviente culto á la estética y es admirador de lo bello y de lo bueno y agradable, encuentra amenidades para recrear su espíritu, nutriéndolo cada vez más en las fuentes de la verdad y buen gusto, perfeccionándolo de día en día, alcanzando de esta manera el verdadero sentimiento ideal de la perfectibilidad humana.

La ciudad tiene, como todas las del Estado cisplatino, un “Tesoro Edificio”, que invierte en premios y mejoras públicas, y anualmente destina veinticuatro mil Artigas para premiar las doce obras mejores de las que se presenten á concurso anual, y destinadas exclusivamente á ser representadas en el “Teatro Alegre”.

En ese momento, por la amplia garganta que divide en su base el cerro en que nos encontrábamos, y el de los “Gigantes”, que está enfrente, entraban al espléndido valle, y con

dirección al puerto, interminables convoyes de wagones. Aquello, si se me permite la frase, era un vomitar trenes sin acabar nunca: cientos y miles, y todos repletos de carga.

-Son los productos minerales del Departamento y del de Minas, díjome Orestes, contestando á la pregunta que adivinó iba á hacerle; unos conducen oro y plata, cobre, plomo y otros minerales.

Las minas del Departamento son inagotables, prosiguió, y ya eran conocidas en tu época, si bien nadie se preocupaba por ellas.

Otros convoyes llevan pórfido, mármoles, alabastro, y no pocos van cargados de grandes bloques de “ágata blanca”, cuyas minas no distan mucho de aquí y son de gran valor. Cientos y cientos de wagones van cargados de frutos del país, vinos, aceites, castañas, etc., y no pocos conducen cargamentos de ricas maderas, producto de nuestros inmensos bosques. Cientos de wagones van repletos de ganado.

Yo estaba atónito ante tanta vitalidad.

-Aquel arco colosal que tú ves al frente, y que puede decirse da entrada por el Norte á Piriápolis, es el “Arco de la Paz”, levantado en honor al General Marcos Lavalleja, vencedor de la batalla de Ibicuí en 1945. Tiene cuarenta y cinco metros de ancho y 76 de alto; en él están esculpidos en bajos relieves todas las figuras de los insignes guerreros que tomaron parte en tan heroica acción.

-Pero, ¿cómo puede haber surgido toda esta inmensa maravilla? exclamé lleno de asombro; ¿y á qué se debe esta vitalidad? ¿qué causa la fomentó? ¿por qué razón y debido a cuál poderosa acción se formó aquí esta gran ciudad?

Á lo que respondió Fonty, diciendo:

-Los grandes guerreros, como los grandes genios; los populosos centros, como el triunfo de las grandes ideas y coronamiento de los colosales progresos que han hecho avanzar al linaje humano, dependieron siempre de las circunstancias y sólo han surgido á la vida real cuando el medio ambiente les ha sido propicio. Una batalla revela un genio militar. En un período histórico surgen de manera asombrosa eminentes estadistas y sabios, mientras en el período subsiguiente la esterilidad intelectual suele ser completa!

El triunfo de una idea, que ha sido atrevidamente lanzada, algunas veces con un siglo de anticipación, germina en un segundo, irradiando al mundo, que atónito contempla el éxito. El tránsito continuado de una caravana por un sitio determinado, desierto hasta la víspera, hace surgir un villorrio; y de la misma manera la abundancia de productos de una rica zona concurren todos á un punto determinado, forman una ciudad. Ahí tienes explicada la razón del inmenso centro que tú ves extenderse á nuestras plantas.

En tu época, Piriápolis fue un mito; pero al fundarla, su iniciador, vislumbrando el porvenir, dióle vida. Su ideal no fue un sueño quimérico, como se le juzgó en un principio, no: fue la clarividencia del hombre, que en el arcano del porvenir descubre la razón lógica de las cosas, y por eso fue que, adelantándose á la acción del tiempo, predijo que de *aquello* surgiría esto!

La iniciativa benéfica de sus inmensos plantíos fue desarrollando en el Departamento el amor á la agricultura; sus viñedos y olivares y bosques de castaños, que abarcaban ya miles de hectáreas, bien pronto se expanden en todo el Departamento, vistos sus benéficos resultados.

El espléndido puerto de Piriápolis fue el punto obligado para la salida de toda la producción de esta inmensa zona.

La construcción del puerto de Montevideo se llevó á cabo con el granito de las canteras de “Pan de Azúcar”, cuyo costo apenas montaba á la quinta parte del que importaba el mismo material en otros puntos, su extracción era fácil y facilísima su elaboración. Un bloque de granito, cuyo costo en cualquiera otra parte era de *veinte*, en las canteras de Piriápolis apenas alcanzaba á *cuatro*! Y no es eso sólo, sino que las canteras de Piriápolis tenían la vía fluvial, lo que abarataba aún más el precio del material, pudiendo suministrar bloques de dimensiones colosales, columnas de 68 y 80 metros de altura, verdaderas maravillas.

El cerro de los Tigres, inmensa mole de pórfido, ha hecho la fortuna de muchas sociedades anónimas; y una vez construido el primer puerto de Montevideo con el granito de Piriápolis, fue una verdadera revolución la que produjo este material en la construcción moderna de aquella época; y desde entonces miles de obreros se instalan en la rica comarca.

Hoy, todas las ciudades del Río de la Plata y sus afluentes se proveen del granito de Piriápolis, y las más notables construcciones han sido hechas con ese material.

La espléndida playa balnearia, cubierta de bosques inmensos plantados por el fundador, y desconocida hasta fines del siglo XIX, -en un país en donde todos los habitantes se bañaban en aguas salobres y sucias,- entra en plena vitalidad en ese mismo período, debido á la continuación del ferrocarril del Este, que prolongando su vía, coloca una estación en la entrada del majestuoso valle; y miles de personas afluyen á tan amena localidad, en donde surgen como por encanto grandiosos hoteles y centenares de hermosos chalets.

Aire puro, baños espléndidos en pleno océano; caza y pesca abundante; montañas cubiertas de frondosos bosques; excursiones y ascensiones soberbias y encantadoras todo lo había en la localidad, y á ese se debe en gran parte su rápido incremento.

El movimiento engendra vida, y á su impulso los horizontes se dilatan.

El puerto empieza á verse cubierto de buques, y las minas del Departamento comienzan á ser explotadas; al mismo tiempo los bañistas afluyen por millares de ambas márgenes del Plata.

Carreras especiales de espléndidos paquetes establecen directamente su servicio entre Buenos Aires y Piriápolis, conduciendo miles y más miles de *touristas*.

Las grandes canteras entran en plena explotación, en gran producción las minas; mientras que la viticultura y demás ramas de la agricultura están en pleno apogeo.

La ciudad surge como por encanto.

Ahí tienes explicado el génesis de esta maravilla.

Aquel punto rojo que ves allí en medio de un espeso parque, es lo único que queda de su fundación; es el primer edificio construido, el antiguo castillo de su propietario, convertido por su mandato en escuela pública, la primera escuela agronómica del Departamento.

Íbamos bajando de la montaña Rosalba y yo juntos; Orestes y Fonty nos precedían.

El cansancio invadía mi cuerpo á medida que descendíamos lentamente. Estrechaba en mi diestra la mano de mi gentil compañera. Bellos, esbeltos y numeroso chalets poblaban la ladera encantadora y umbría; descendíamos entre fuentes, parques y jardines; en medio del perfumado ambiente nos sentíamos voluptuosamente transportados á una de esas regiones ideales que el alma sueña en los momentos de dulce éxtasis.

Lagos de cristalinas aguas, poblados por aves de extraordinaria belleza; bosques frondosos se extendían en la inmediata llanura, y miles de vehículos cruzaban allá en lontananza por la majestuosa ciudad, á la que un público inmenso daba vida y alegría. El canal que la atraviesa de uno a otro extremo, estaba cubierto de blancas góndolas metálicas con cortinas de mil colores, y el eco lejano del cántico de sus tripulantes llegaba hasta nosotros, confundido con las melodías que la leve brisa produce al rozar las verdes hojas.

¡Cuántas y cuán dulce melancolía arrullaba nuestros seres en ese bello instante!

El sol se hundía en el horizonte, envuelto entre gasas de coloreadas y fantásticas nubes, despedido por los melodiosos trinos que entonaban los alados pobladores del bosque.

La noche avanzaba lentamente.

El cansancio invadía mi cuerpo de tal manera, que sentía necesidad de un breve descanso.

FINAL

Francisco Piria murió el 10 de diciembre de 1933, a los 86 años de edad. Murió en el suntuoso palacio de la calle Ibicuí, el cual había construido y habitaba desde 1928.

“La Tribuna Popular”, bajo el titular “PIRIA HA MUERTO”, decía “Desaparece un ciudadano ejemplar y un hombre de excepcional actividad creadora”. Y agregaba:

“Don Francisco Piria ha sido un hombre-acción. Toda su larga vida es una incesante expresión de trabajo, de realización, de marcha adelante. Incansable. Tenaz. Soñador y práctico. Un caudal enorme de tarea, orientada siempre con un nobilísimo propósito de progreso, de engrandecimiento colectivo, de estímulo al ahorro. Pensaba Piria que al propender a la felicidad de los que nos rodean, se labra la propia felicidad. De ahí el fundamento idealista de su gran obra pobladora, de su estupenda acción de urbanista, de creador de barrios, de incansable ‘agrandador’ de la ciudad.”

“Cuando Montevideo ya no le ofreció campo a sus estupendas actividades, Piria tendió su mirada hacia el interior de la República. Y entonces surgió Piriápolis. En el comienzo fue esta empresa una verdadera obra de poeta. Piriápolis mereció la burla de las personas ‘prácticas’. La calificaron de obra de loco. Pero su creador no se amilanó por eso. Y continuó entregado a su ciudad de futuro todo lo mejor de sus afanes, de sus sacrificios pecuniarios.

Luego, incansable, impulsado por un dinamismo que no conocía la fatiga y no teniendo ya en su patria espacio para desarrollar sus afanes progresistas, tendió la vista más allá de las fronteras. Y en Punta Lara (Provincia de Buenos Aires), estaba actualmente realizando otra de sus maravillosas creaciones. Una ciudad, un balneario a un paso de la Capital Federal: caminos, línea férrea, hotel, obras edilicias en la población que surge...

Esta su última creación de fantasía: este su nuevo verdadero poema de progreso, no pudo verlo concluido. La muerte lo sorprendió en medio de la gran jornada creadora.”

Y refiriéndose a la muerte en sí, el mismo diario dice:

“La lucha que mantuvo la medicina para salvar esta preciosa vida fue intensa, pues había de lucharse con una fuerte complicación, combatiéndose simultáneamente la congestión pulmonar, la diabetes, la uremia y la debilidad del corazón. El organismo ya sentido del enfermo no ayudaba en esta lucha.

A la cabecera del paciente se instaló una junta de médicos constituida por los doctores Landeira, Quagliotti, Anaya y Delguer, secundados por algunos practicantes.

Sin apartarse de su lecho, estaban su segunda esposa, doña Emilia Franz de Piria y sus cuatro hijos, Adela, Francisco, Arturo y Lorenzo.

Los médicos, a pesar de la gravedad del colapso, no desesperaban de hacer reaccionar al paciente, el que pasó las últimas horas de la mañana en un delirio constante, pronunciando frases incoherentes.

Los últimos momentos de Don Francisco tuvieron la grandeza de la de los viejos patriarcas bíblicos: murió como si se acostara a dormir, dulcemente, no como el trance fatal y doloroso.

El practicante que mantenía la observación, a las 12 y 30, notó que el pulso del enfermo se debilitaba rápidamente, llamando a los médicos que en ese momento se disponían a retirarse, luego de hacer las indicaciones para la tarde. Pero cuando los médicos se disponían a auxiliarlo, Don Francisco, como entregándose al sueño, vencía su cabeza.

El creador de Piriápolis había muerto naturalmente, como una luz que se apaga.”

PIRIA POR PIRIA
fragmentos de sus principales escritos

“Trabajemos, que el trabajo es el mejor contra-veneno del dolor, una ocupación útil y provechosa, fuente de salud y riqueza para los individuos, y trabajando se contribuye al engrandecimiento de la patria, a su prosperidad; en el trabajo se unen los elementos sanos, para que llegado el día, que no está lejano, poder oponerse al vicio triunfante.

Los más grandes genios han sido, sin excepción, los más grandes trabajadores, y han descendido hasta las ocupaciones más detalladas. No solamente han trabajado más laboriosamente que los hombres comunes, sino que han llevado a su trabajo facultades más poderosas y un espíritu más ardiente. Nada de grande ni durable ha sido jamás improvisado. Es tan solo por un noble espíritu y una noble labor, que las obras de genio han podido ser ejecutadas.”

*

“Para hacer buena administración es necesario que el Gobierno gobierne con el pueblo y para el pueblo; nada de falaces promesas: ya nadie traga píldoras, pues aquí estamos indigestados de farsas.

Toda comandita que en lo sucesivo tome por asalto los Poderes Públicos, y se quiera constituir en gobierno, formando un armazón constitucional, no cuela; ya estamos curados de espantos.

Mientras al pueblo no se le de la participación que debe tener en el mecanismo de nuestras instituciones, nada podrá hacerse de sólido y duradero. Y sin ser profetas, podemos asegurar, que no está lejano el día en que los orientales despertemos de este ya demasiado prolongado letargo, y recordemos que Artigas, Lavalleja y los Treinta y Tres, nos legaron esta patria libre e independiente, y que nosotros actualmente parece lo hemos olvidado.

La Patria nos da primero la vida que respiramos y la luz que vemos, el amor de nuestros padres; cuando somos hombres el de la familia; el cariño de nuestros nietos y después nos abre su seno para el descanso eterno en este valle de miserias y sufrimientos.

Nuestro deber es propender a su felicidad y engrandecimiento, y ninguna satisfacción mayor que la de dejar a los que nos sucedan el ejemplo del bien que hemos practicado, para que nos imiten y recuerden con cariño: así la honraremos mientras la virtud tenga un altar en el corazón de los hombres.”

*

“El hombre trabajador y honrado es apreciado de todos y distinguido. La única jerarquía es la del talento y la virtud... y esta última está al alcance de todos.

Sed estudioso en vuestra profesión y sereis sabio; sed económico y laborioso y sereis rico; sed sobrio y moderado y sereis sano; sed, en fin, virtuoso y sereis feliz. Conduciéndoos de esa manera, cuanto menos, tendreis asegurados los medios para conseguir tales resultados.”

*

“Yo soy un creyente, y de los de buena fe. Si se ha de creer a última hora, por el miedo, como les pasa a muchos que hacen gala de negarlo todo, me parece más natural creer por convicción, con calma y meditación.

Creo en tantas cosas de las que los hombres se ríen... Creo en el acaso, en la fatalidad y hasta en el destino.

Veo asomar la sonrisa a los labios, pero ¿quién está en lo cierto? Lógicamente nosotros, los que creemos que no todo empieza y concluye aquí y que el alma humana marcha lentamente a su perfección.

No faltará quien diga que todo marcha a la destrucción, al aniquilamiento, al desgaste de la fuerza y al imperio de la materia supersistente, inmoral, eterna.

¿Y el espíritu? Ese como no se ve, se niega. Yo creo, y me siento feliz creyendo.

La felicidad de la humanidad consiste en creer en todo lo que la mente concibe y en mucho, pero en muchísimo más que no alcanza ni a concebir, pero que su intuición le hace entrever así, como el instinto de conservación hace detener al niño al borde del precipicio.

Yo tengo mis razones para creer, y permítaseme que me las guarde, pues nada se adelantaría exponiéndolas. Pero me voy por los Cerros de Ubeda y en el sendero en que me he metido habría para disertar meses y años, sin esbozar siquiera el gran dilema.”

*

“Es indudable, y de ello me convenzo, de que hay hombres para los que el peor de los castigos sería el descanso y la peor de las penas, la vida de molición.

No hay duda de que la vida, en toda su majestuosidad es la lucha!

¡Qué lindo es vivir luchando! No comprenden los placeres inmensos que el batallar nos proporciona, los que no saben luchar, los que no han luchado nunca, los que han vivido, desgraciadamente, en medio de los placeres, que concluyen por producir náuseas, desesperación y aburrimiento.

No conozco a ningún luchador triunfante que se haya suicidado...

En cambio he conocido muchos sibaritas que de aburrimiento se han suprimido, en medio de toda clase de abundancias.

¡Hay gentes que creen que los goces de la vida consisten en el abuso de los placeres! Los hombres de lucha, los tomamos en general como se toman los venenos, en pequeñas dosis, que es como vigoriza al organismo y lo satisface.

Todo placer, en abundancia prodigado, produce náuseas, como la leve cosquilla que hace reír, si se prolonga, nos causaría dolor.”

*

“Durante cuarenta años ha pasado riéndose de mí una pléyade inmensa de incrédulos, mientras yo resolvía una obra ciclópea en nuestro medio, haciendo más de cien mil propietarios por medio del ahorro y durante más de medio siglo, predicándolo en todas las formas.

Todos esos afortunados que oyeron mi prédica regeneradora son hoy ricos; han centuplicado sus economías y hay que convencerse del hecho de que no se va a repetir, porque los plagiadores de mi operación la han bastardeado poniendo los precios fuera del alcance del propietario y ligándolo inicualemente por medio del plazo ‘infinito’ y sin solución, dentro de un descuento legal.

Terrenos que en las afueras de Montevideo se venden a 6 y 8 pesos el metro, en París, la capital de Francia, a igual distancia se adquieren a 6 y 8 reales, es decir a 3 y 4 francos!

Aquí no hay autobombo, sino autoverdad, y cuando un hombre vale y tiene de ello la conciencia, al empequeñecerse denota estrechez de espíritu y cobardía de alma.

La verdad, a la que debemos rendir culto venerado, debe ser la que inspire todos nuestros actos y guíe nuestras acciones.

¡Que lo revientan a uno la maledicencia, la calumnia, la envidia!
¡No se puede perder el tiempo cuando se está en marcha!”

*

“¡La patria del porvenir es el mundo! A medida que ese eterno demoledor, que crea y derrumba, mejorando, al que llamamos progreso, avance en su camino, y los medios de comunicación, acortando las distancias, aproximan a los hombres, el sentimiento de la patria se irá dilatando, mientras el alma humana se aproxima. La patria de las generaciones futuras será más dilatada, más extensa y sin límites.”

*

“El estado de progreso y civilización de los pueblos se manifiesta por el cultivo real del árbol, y no ‘platónicos’ como se hace en algunos países sudamericanos, en donde anualmente se dedica un día a la ‘Fiesta del árbol’, se plantan algunos desgraciados en algunos pocitos estrechos de mala muerte, donde quedan abandonados y librada su suerte a las secas periódicas y a las hormigas. Al año siguiente, cuando se acuerdan del árbol, no queda ni la leña!

El amor al árbol se demuestra no sólo haciendo propaganda en el papel, no sólo plantado por la galería, sino cuidándolo después, ayudándolo en su período de desarrollo.

Nosotros debemos plantar mucho para que las generaciones que vengan sobrepujen nuestra iniciativa y planten más.”

*

“No se lucha toda la vida por el dinero. El dinero es necesario como medio; obtenido, hay que ennoblecer las aspiraciones haciendo obras de gran aliento.

Tal vez alguien diga que yo soy un chiflado. ¡No me extrañaría! ¡Me lo han dicho tantas veces! ¡¡Y si fuera sólo eso!!

Ese Piriápolis que ha provocado tanta desconfianza, tanta burla, tanto desdén, tanta censura y críticas mordaces por los que no sólo no hacen nada, sino que critican maldiciendo todo; ese Piriápolis empieza a triunfar... Irá lejos!

Lástima grande que a mí me queda poca cuerda para seguirlo. Me contentaré con triunfar... como el Cid!

Después de todo ¿qué es la vida?
Nada.”

*

“Hay algo que satisface más las nobles ambiciones del hombre trabajador y progresista que, con los medios a su alcance, con su inteligencia y con su ardua, constante y férrea labor, llega a conquistar al fin: el Éxito!

El éxito, para los que sienten la necesidad de luchar, no lo constituye el dinero. El dinero no es más que un medio: es sólo necesario para conseguir la victoria, y la victoria la constituye ampliamente el coronamiento al fin, después de dura labor en la obra emprendida y realizada con la perseverancia.”

*

“En mis ráfagas de duda atea me pregunto: ¿será posible que la humanidad haya llegado hasta aquí, hasta tanto perfeccionamiento, para que la nada lo cubra todo al final con un oscuro velo?”

¡No! ¡No puede ser! El hombre debe cumplir una gran misión en esta infinitísima parte del Universo, en este mísero mundo, y hay algo que desde el fondo del alma le dice: ‘Sigue, que este es el prólogo de la gran jornada; estudia, perfeccionate, sé bueno, ama a tu prójimo y ten fe en el porvenir...’”

*

(Piría en la Exposición Mundial de París, 1899)

“Visité el Pabellón Oriental, que es bastante bonito y de mucho gusto. En él permanecí dos horas, tiempo más que suficiente para ver lo que hay expuesto. Creo que, dado nuestro adelanto ¡podríamos haber expuesto algo más!

He notado demasiados cuadros al óleo, que supongo han sido hechos en Montevideo. Me extrañó sobremanera no ver ninguno de nuestro eximio Blanes, pues aunque aquí en Europa lo que sobran son cuadros y buenos y en abundancia, creo que los de él se destacarían y llamarían la atención de los inteligentes. Me parece que podríamos haber expuesto algo más de lo que hay, sí, mucho más!

En un ángulo vi un montón de quesos, que indudablemente salieron buenos de Montevideo, pero de lo que no cabe duda es que llegaron apolillados y podridos a París, los que despedían un olor bastante desagradable: había que aguantar la respiración y taparse las narices al pasar junto a ellos!

El charque, nuestro gran producto, estaba arrinconado en algo que parecía una vidriera, debajo de la escalera. ¡Un colmo!

En mi opinión humilde, creo que se podría haber hecho algo más.

Esa es nuestra desgracia: creemos saberlo todo, hacerlo todo bien, y lo que ignoramos es que nada sabemos hacer, ni a medias!

La persona encargada del pabellón es un francés...

Cualquiera diría que no hay ni criollos en nuestra tierra, pues nada más sencillo que haber puesto un uruguayo encargado de dar explicaciones.

Cuando salí la luz eléctrica iluminaba todo el lugar. La gran torre Eiffel estaba toda iluminada. Infinitos acordes de las numerosas bandas de música deleitaban a los millares de visitantes. Las fuentes despedían chorros de agua de distintos colores alumbrados por la luz eléctrica.”

¿PIRIA ALQUIMISTA?

Como si sus múltiples actividades no hubieran sido suficientes, Piria tuvo tiempo también para cultivar su espíritu. Una minuciosa investigación realizada por uno de sus descendientes condujo a la posibilidad de que Piria conociera y practicara la antigua ciencia de la Alquimia. En las siguientes páginas veremos cómo su obra física refleja esa faceta desconocida del visionario.

Se supone que este conocimiento le fue transmitido por su tío, el monje jesuíta, dado que los Jesuítas fueron los herederos del conocimiento que manejaban los Templarios, entre los cuales estaba el de la Alquimia.

No se intenta aquí convencer a nadie, ni hacer un tratado sobre el tema, sino, simplemente, exponer los elementos y dejar a cada cual las conclusiones.

La ciudad del Sol

La primera vinculación con la alquimia en Piriápolis es el nombre que Piria quería darle originalmente a la ciudad: Heliópolis, “la ciudad del Sol”.

De hecho, el nombre de Piriápolis fue un invento de los periodistas que le tomaban el pelo ante el planteo de Piria de construir una ciudad, en lo que entonces eran sólo arenales. Por otro lado, una cosa era crear un barrio y otra, muy diferente, una ciudad completa. Nadie se lo creía y así, irónicamente, bautizaron a la planeada ciudad Piriápolis, la ciudad de Piria, y finalmente ese nombre le quedó.

Mitológicamente Heliópolis es la ciudad donde renace el Ave Fénix, símbolo emblemático de la regeneración por el fuego, tema central en la alquimia, a la cual también se la llama “labor solis”, la Obra del Sol.

El sol está asociado al oro, tanto al material como al oro -o sol interior- que debe ser extraído de entre la escoria.

Llama la atención también que las dos obras alquímicas fundamentales del Siglo XX, “El misterio de las catedrales” y “Las moradas filosofales”, de Fulcanelli, estén ambas dedicadas a “los hermanos de Heliópolis”.

Con respecto a estos libros, quien siga el mismo método de Fulcanelli y “lea” a Piriápolis como aquél hizo con las catedrales y mansiones francesas se sorprenderá de lo que desvela esa “lectura”.

La era de Acuario

Piriápolis también podría ser llamada con justicia “la ciudad de Acuario”, porque son varias las alusiones a este signo y, sobre todo, a la era astrológica en que estamos viviendo.

El planeta regente de Acuario es Urano y el símbolo de este planeta es una H, con un pequeño redondel en el travesaño de la misma. Viendo una foto aérea del Argentino Hotel veremos que su planta tiene precisamente esa forma.

El redondel aludido corresponde en el hotel al lugar donde está la escalera que une las distintas plantas y allá se encuentra un vitral con delfines, otro símbolo comúnmente usado para aludir a Acuario.

Por otro lado, en los jardines que adornan el frente del hotel, vemos la representación más frecuente de este signo: la muchacha con el cántaro.

Símbolos Templarios

En la fachada del hotel Piriápolis que da hacia el Argentino, aún se encuentran vestigios de la vereda original, y en ella vemos varios diseños, entre los cuales se destaca la cruz templaria. Estos diseños están realizados con piedras negras, blancas y rojas, los colores fundamentales de la obra alquímica, colores por los cuales pasa la “piedra de los filósofos” hasta convertirse en la “piedra filosofal”.- La cruz de los Templarios es un recordatorio de los orígenes del conocimiento alquímico de Piria, recibido de su tío, monje jesuita, en Dianomarino.

También es una alusión a la fuente de la Plaza Matriz, en Montevideo, cuyos caminos de acceso, vistos desde arriba tienen el diseño de esta cruz. Piria fue el principal promotor para que esta fuente estuviera allí.

¿Un próximo cataclismo mundial?

A lo largo de toda la rambla vemos, cada tantos metros, unas columnas rematadas por una esfera. Esta esfera es en realidad un mapamundi. Aunque la erosión ha hecho su trabajo a lo largo de los años, en algunas aún se aprecia el relieve con el contorno de los continentes, pero si se mira con atención, notaremos algo llamativo: no se trata de la forma de los continentes en la actualidad... ¿Error o llamado de atención?

El nieto de Piria que durante décadas estudió el simbolismo dejado por su abuelo, llegó a la conclusión de que en esas esferas están representados los continentes tal cual se verán luego de la catástrofe que sufrirá la Tierra, al cambiar nuestro sistema solar su posición relativa dentro de la Galaxia, hecho que se repite aproximadamente cada 12.000 años.

En uno de sus libros Piria dice: “No basta ver, hay que ser vidente”. En “Lo que será mi país dentro de 200 años”, escrito por él en 1898, Piria menciona varios elementos que en su época no existían y que hoy son comunes: la música funcional, el aire acondicionado, el hovercraft y hasta el fax. Algunas anécdotas contadas a este autor, confirman la capacidad de Piria de ver más allá.

Por esto vale la pena tomar en cuenta lo relativo a la futura (¿inminente?) catástrofe, pues no sólo nos alerta de ella, sino que también nos indica la zona propicia para no ser afectado. En su investigación, el nieto de Piria descubrió que en el departamento de Rivera, al norte del Uruguay, existía un pequeño obelisco de unos cinco metros de altura que en su base tenía sólo una inscripción: PIRIA. Se preguntó qué hacía allí, en medio del campo. Años después, en unos papeles de Piria, encontró la solución. Este obelisco marcaba el vértice superior de un triángulo cuyo ángulo derecho estaba en Piriápolis y el izquierdo en la Fuente de la Plaza Matriz de Montevideo.

Según Piria esta zona es la más segura, por su firmeza, lo que garantiza mínimos efectos ante los movimientos telúricos que se producirán en su momento.

Los grifos

Delante del Argentino Hotel se encuentran dos figuras conocidas comúnmente como los “leones”. Técnicamente, se trata de grifos, figura emblemática mezcla de león y águila, que simboliza el combate entre ambos seres, que finalmente se fusionan en uno solo: el león alado.

El león es un símbolo de lo terrenal, lo corporal, lo material, mientras que el águila representa lo espiritual, lo elevado. Todo en la alquimia apunta al ser humano, por lo tanto este combate materia-espíritu tiene lugar en el hombre mismo, entre sus planos aparentemente irreconciliables. Pero si luego de esa lucha logra el equilibrio accede a un tercer estado de conciencia. Luego de ello, el león pierde la melena, pero gana alas. Esto nos indica que sin

perder ni desdeñar el estado físico ahora puede volar por los planos superiores de la conciencia y la realidad.

Si bien la representación de este combate es entre un león y un águila, otros autores, como Cyrano de Bergerac, lo muestran como la lucha entre la rémora y la salamandra, pero el significado es el mismo.

El vitral

El vitral que se encuentra en el Argentino Hotel, tiene, más allá de su belleza estética, símbolos con un mensaje definido en cuanto a la vida personal de cada uno. Vemos allí una fuente en cuyo pilar central hay delfines. El delfín es un símbolo del ser humano. A pesar de vivir en el agua, no es un pez, sino un mamífero, y por lo tanto, debe subir a la superficie para respirar, de lo contrario se ahoga.

El ser humano es igual: si bien vive en un entorno físico y material debe, periódicamente, subir al plano espiritual, para “respirar” de su esencia, de lo contrario también se ahoga. Se trata de equilibrar lo físico y lo espiritual, y en ningún caso negar un plano en función del otro. Es tan negativo ser totalmente materialista como totalmente espiritual. El equilibrio es la clave de la sabiduría.

También se ve en este vitral una cascada de rosas. La rosa, tal cual la conocemos hoy, fue la creación de un alquimista sufi a partir del escoromujo, o rosa silvestre, y se convirtió en símbolo de la piedra filosofal y de cómo el alquimista puede perfeccionar a la Naturaleza. Es, además, símbolo de los deseos, y aquí, al estar encadenadas, Piria nos recuerda que tenemos que saber encadenar nuestros deseos. Nadie logra una meta de buenas a primeras y generalmente nos ponemos sub-metas en camino a la meta principal. Pero no solamente debemos encadenar y organizar nuestros deseos, sino que también debemos desechar todos aquellos que no sean compatibles con la meta y nos puedan desviar de ella. Una buena lección que Piria sin duda supo llevar a la práctica en todo lo que hizo.

Las fuentes del toro y de Venus

La estatua del toro, ubicada en el cerro del mismo nombre, es un símbolo de la primera operación de la alquimia: “extraer el agua de la piedra”, operación que desconcertó a muchos estudiosos a lo largo del tiempo.

Si bien tiene implicancias concretas en la alquimia química, en el aspecto personal significa la extracción del cuerpo astral - o cuerpo sutil - que se halla encerrado en el cuerpo físico. A este cuerpo se lo simboliza como el “agua” y es con esta agua que luego hay que lavar y blanquear la “piedra”, para purificarlo. El toro es un símbolo del cuerpo físico y al echar agua por la boca alude a la operación mencionada.

Pero: ¿cuándo es el momento más propicio para realizar esta operación? ¿En qué momento la propia naturaleza nos ayuda a ello? La clave se encuentra en la fuente de Venus, que Piria colocó no lejos de la del Toro.

Venus es el símbolo de la primavera, la época en que la tierra reverdece y se regenera. Los textos dicen ante esta primera operación alquímica: “Que los astros y Venus y la Diana creciente te sean propicios”: refiriéndose a la estación primaveral y a la luna creciente. Siendo éste entonces el mejor momento para extraer el agua de la piedra.

La iglesia

La Iglesia de Piriópolis, ubicada en la ruta que une el balneario con la ciudad de Pan de Azúcar, fue diseñada por el propio Piria, financiada por él y donada a la Curia... pero ésta nunca la aceptó, por lo cual jamás funcionó como iglesia y tuvo, a lo largo de los años, usos diversos y nada religiosos. Hoy está casi en ruinas.

La razón por la cual la Curia no quiso aceptarla, fue que Piria la diseñó según las antiguas “Leyes de Indias”, y por lo tanto se orientaba al Este, a la salida del sol, además de tener varios símbolos alquímicos en su diseño original. Si bien la Iglesia como institución conoce muy bien - sobre todo en las altas esferas - lo que es la alquimia, no lo reconoce abiertamente y aceptar la iglesia tal cual estaba era una forma de reconocimiento que no se podía permitir.

Según sus papeles personales, Piria la había diseñado de tal forma que, el día del equinoccio de primavera, un rayo de sol atravesaría determinado punto del vitral que adornaría el rosetón frontal y el rayo de luz iluminaría un punto del altar donde él dejaría un poco de “polvo de proyección” - la sustancia final que permite hacer las transmutaciones - para que quien la descubriera, pudiese comprobar la realidad de la alquimia.

Esto coincide con la tradición mencionada por Fulcanelli en “El misterio de las catedrales”: dejar una prueba material de que el alquimista logró su propósito. Finalmente Piria dejó la prueba en su escritorio de La Industrial... como un pisapapeles, el que tiempo después fue descubierto por su nieto.

El castillo

El castillo fue construido en 1897 por el ingeniero Aquiles Monzani, sobre diseño del propio Piria. Verdadera “mansión filosofal” al decir de Fulcanelli, hoy es un pálido reflejo del esplendor que tuvo en su época.

Buena parte de los símbolos han desaparecido. La avenida de acceso estaba flanqueada por estatuas de deidades griegas que representaban a los planetas y los metales de la alquimia. La fuente consagrada a Neptuno con su estatua correspondiente, fue destruida: aquí se mostraba la vía utilizada por Piria en sus trabajos alquímicos: la llamada “vía húmeda”, la cual dura exactamente un año, el tiempo que vivió Piria permanentemente en el castillo: una vez lograda su meta no volvió más a él y se alojaba en alguno de sus hoteles. El subsuelo, donde se encontraba su laboratorio fue tapiado.

La habitación superior del castillo era utilizada como lugar de meditación y para sus proyecciones astrales en el tiempo y en el espacio.

En el interior del castillo llama la atención una puerta puesta sobre la pared: aparentemente no conduce a ninguna parte, pero en realidad es un recordatorio de que las puertas a otros mundos están en éste y que hay que tener la suficiente atención para “verlas”. Los perros ubicados frente a la puerta principal son lebreles, perros de caza, y entre sus patas tienen el morral y una liebre muerta. La liebre, en alquimia, es el símbolo de la “materia prima”, también conocida como “mercurio”.

Ambos nombres denotan algo difícil de agarrar, algo evasivo. Sin embargo, los perros lograron darle caza, lograron “fijar la materia”. Y la clave de esto está en la que fuera la

ubicación original de estos perros: en la puerta de las caballerizas del castillo, pues es allí donde se encuentra el material necesario para la fijación mencionada...

Otro símbolo importante son las figuras que coronan las columnas de la entrada. Dos dragones entrelazados formando una X. La equis es el símbolo del fuego, elemento fundamental en la consecución de la Gran Obra. Estas figuras surgen de entre hojas de acanto al extremo de las columnas.

La columna representa el tubo de ensayo. Cuando se pone la materia prima al fuego en el tubo de ensayo, ésta cristaliza y sus cristales, vistos al microscopio, se asemejan a las hojas de dicha planta.

Aquí hablamos de alquimia de laboratorio, y a quien tenga conocimientos profundos de química le resultará sencillo identificar esta materia, mencionada en los textos con infinidad de nombres pero jamás con el verdadero.

En lo que fueran los jardines del castillo, aún se conservan varios copones en los que aparece una figura que parece ser la del “diablo”, sin embargo se trata de Bafonet, figura emblemática de los Templarios que, malinterpretada, dió pie a la acusación de que adoraban a Satanás y por lo cual terminaran injustamente en la hoguera.

Sobre la derecha del castillo, Piria plantó varias yucas africanas, que solamente crecen allí. Intentos de transplantarlas a otro lugar han fracasado. La razón es que no se trata de yucas comunes, pues Piria las trató con la llamada “piedra vegetal” -otro de los productos derivados de la piedra filosofal- que permite la perfección de toda especie vegetal.

El palacio

En 1915 Piria adquirió en Montevideo, el terreno donde levantaría su Palacio, diseñado por él y encargado al arquitecto Camilo Gardelle, egresado de la Escuela de Bellas Artes de París.

A diferencia de la austeridad de su castillo, el palacio rebosa arte por todos los costados, además de ser también un libro abierto en cuanto a la simbología alquímica.

Sede de la Suprema Corte de Justicia desde 1954, en que lo adquiere el Estado, el edificio fue declarado, en 1975, Monumento Histórico Nacional, lo que ha garantizado su perfecta conservación.

Ya en la entrada del palacio encontramos un símbolo importante en los dos vasos que flanquean la puerta: son los llamados por Fulcanelli “vaso natural” y “vaso del Arte”. Es una alusión al cuerpo físico, tal cual lo crea la Naturaleza, y al cuerpo perfeccionado tal cual lo crea el Arte alquímico.

Sobre la fachada que da a la Plaza Cagancha, las ventanas del sótano están adornadas con rosas, dando a entender que la base, el fundamento de todo lo que hizo Piria fue la alquimia, sobre todo en el aspecto filosófico y vivencial.

La verja que rodea al palacio está coronada en cada uno de sus pilares por una rosa, pero esta vez en capullo. Es un símbolo de la esperanza y del hecho de que siempre lo mejor está por venir, a pesar de las apariencias.

Poca gente sabe que el momento más oscuro de la noche no es a las tres de la madrugada ni en la medianoche misma, sino un momento antes de empezar a clarear. La naturaleza nos indica así que no hay que desesperar, y que cuando estamos en la oscuridad más oscura (llamada la “noche del alma”), en realidad la luz está cerca.

Paciencia y esperanza, pues, van de la mano y así lo positivo no se hará esperar.

El autor desea expresar su agradecimiento a:

Arturo Piria, Dr. Ricardo Piria, Arq. Albérico Isola Piria, Mendez Requena, historiadores Juan Carlos Pedemonte y Aníbal Barrios Pintos, Arq, Mariano Arana, Mario Benedetti, Julio Moses (librería Oriente-Occidente), Jorge Abelar, el personal de la Biblioteca Nacional y a todos los colaboradores anónimos que con datos y anécdotas enriquecieron este trabajo.

*

Algunos pasajes de este libro han sido compuestos utilizando la técnica de “cut up method” de Brion Gazin. Son, por lo tanto un compendio de autores vivos y muertos, y en ciertos casos se respetó la grafía original.